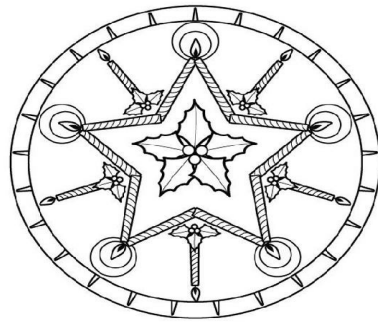


# *France*



N.Q. PALM

France



N.Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm

Obra Registrada Safe Creative: 1811299187827

Diseño y portada: N.Q. Palm

Primera Edición: Diciembre 2018

Correo electrónico: [nqpalmescritora@gmail.com](mailto:nqpalmescritora@gmail.com)

Twitter: @NQPalm

[www.facebook.com/NQPalm](http://www.facebook.com/NQPalm)

Instagram: @NQPalm\_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella, no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

*Y a veces me he guardado mis sentimientos, porque no pude encontrar un lenguaje para describirlos.*

**Jane Austen.**

## Índice:

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos.](#)

[\*\*Biografía\*\*](#)

# Capítulo 1

France miraba a su hijo mientras jugaba en el arroyo, hacía frío pero al pequeño no parecía importarle. Daba saltos y gritaba chapoteando. Ella lo miraba desde su sitio, apoyada en el tronco de un árbol con un tobillo sobre el otro y los brazos cruzados debajo de su pecho. Su loba estaba tumbada a su lado sobre la nieve, alerta en todo momento, vigilaba a Storm Junior.

Un pequeño de su clan podía ser una presa fácil para cualquier carroñero, y con eso se refería tanto a los componentes de los clanes rivales como a humanos. Una pandilla de inconscientes que acabarían matándose unos a otros por la jerarquía y la avaricia.

Cuando, junto a Storm, Wallace y Neoh, decidieron unir sus clanes, se habían vuelto invencibles. Los pozos petrolíferos les daban una gratificación y eso generaba disputas territoriales entre otros clanes. Enemigos acérrimos, ya que ellos, junto a algunos humanos, habían masacrado a los ancianos, mujeres y niños del ahora clan gobernante.

Su olfato captó algo, era un lobezno y se acercaba. Su loba, Hela, se incorporó y, aunque el pelaje de su cuello estaba erizado, buscaba al cachorro con curiosidad. Un diminuto lobo asomó su cabecita entre dos rocas y miró a Junior fijamente. El pequeño ya lo estaba mirando también.

—¿Mamá? —preguntó indeciso.

—Espera, no te muevas. —Cruzó el arroyo metiendo sus botas de tacón en el agua y se acercó al cachorro.

El pelaje del lobezno era negro, solo tenía algo de pelo gris al final de sus

patas y entre los ojos. Lo cogió en brazos y acarició su cabecita. Después sonrió.

—Es tu lobo, Junior. Te ha encontrado.

—¡¿De verdad?! —exclamó el pequeño saliendo del agua a toda prisa—  
¿Es mío? ¿Me lo puedo quedar?

—Todo tuyo, ¿recuerdas lo que te conté sobre los machos del clan?

—Sí, está vinculado a mí, y nunca se marchará de mi lado.

Acarició la cabeza de su hijo.

—Exacto.

Le entregó al cachorro y puso una toalla sobre el pequeño cuerpo de Junior. Se le estaban formando diminutos cristales de hielo en la espalda, pero él ni siquiera debía notarlo, estaba entusiasmado acariciando a su nuevo compañero. Hela olía al cachorro con avidez, asegurándose de que el lobo de Storm Junior fuera auténtico y no uno enviado por alguien.

Cuando Hela se separó y se tumbó de nuevo, France supo que el animal que ahora estaba con su hijo, era el que debía vincularse a él.

—Mamá, es muy guapo.

—Como tú.

Junior lo abrazaba en su regazo, con solo seis años ya había encontrado a su lobo, o su lobo lo había encontrado a él, para ser exactos. Ella ya hacía unos meses que le había explicado cómo funcionaba lo del vínculo. Y su hijo, que era muy inteligente (exactamente como ella), lo había entendido a la primera.

Era el nieto de Storm, el hombre que había amado en secreto años atrás. No es que ahora no lo hiciera, pero él estaba con Susan, una maldita humana

con la que se podía hablar y no era tan idiota como el resto de humanos. Y debía respetar eso. Él quería a Susan, era a ella a la que había encontrado como compañera.

—¡Papá! —Al mismo tiempo que su hijo gritaba ella vio aparecer a Viggo, el hijo de Storm y padre de Junior.

Nadie sabía cuál era el primer nombre de su hijo, ni siquiera Viggo. Sospechaba que no se tomaría muy bien que le hubiera puesto el nombre del abuelo antes que el del padre.

—Hola. —Arrugó la frente—. ¿Ahora eres rubia?

—¿No es obvio?

Viggo entrecerró los ojos, como se le ocurriera dar su opinión lo capaba.

—He seguido al cachorro, algo me decía que era el lobo de Junior, nena.

France apretó los dientes. Viggo se empeñaba en llamarla nena, cualquier día iba a conseguir cabrearla y le daría una eyaculación precoz de por vida. No sería por las amenazas que ya le había hecho. Pero el hombre era tozudo.

Y también era igual que su padre, Storm. Viggo era un magnífico ejemplar que podía rivalizar con su progenitor. Alto, ojos oscuros, melena negra y larga que siempre llevaba recogida en un moño de hombre y cuerpo atlético. Vestido siempre de cuero y lleno de tatuajes tribales, era el sueño húmedo de todas las mujeres de Juneau. Aunque a ella, precisamente, no le atraía en absoluto.

Tenía que reconocer que ella hizo que Susan tuviera hijos, nadie entendía por qué una humana había podido tener hijos con Storm, y más de uno. Pues sí, la gran France, reina de todas las reinas, había obrado el milagro. Básicamente podía hacer lo que le diera la gana y eso hacía. Pero, lo cierto, es que lo hizo en su propio beneficio, quería un hijo de la estirpe de Storm



(aunque a él le hiciera creer que no), y después de estudiar la situación se había decantado por Viggo, ella solo quería un pedazo de Storm, era así de patética. Él padre de su hijo había caído enamorado de ella, pero pronto le quitó la tontería con un chasquido de dedos. No eran compañeros y además ya le había servido para su cometido. Viggo tenía mucha vida por delante y ella no quería pertenecer a ningún hombre.

—*Como me vuelvas a llamar «nena, dejo que Hela te haga una vasectomía con los colmillos* —le soltó mentalmente para que su hijo no lo oyera.

El hombre siseó mientras acariciaba al cachorro.

—*Me pone cachondo que me hables así, nen... France* —contestó de la misma manera.

Ella sonrió fríamente, en el fondo estaba acojonado ante su amenaza.

—¿Tienes pensado un nombre? —preguntó Viggo a Junior.

—¡Sí! Se llamará Thor.

Ella frunció el ceño, ese era un Dios nórdico, no pintaba nada en Alaska, ni aunque fuera un lobo el que llevase su nombre, pero no dijo nada. Tendía a ser bastante permisiva con su hijo, y era el único macho que podía llevarle la contraria sin acabar con los huevos por corbata.

—Es un nombre adecuado, ¿verdad mamá? —Viggo se estaba divirtiendo a su costa.

—Del todo. Vámonos, Junior, es hora de acostarse.

—¿Puede venir papá?

Mierda.

—Está bien.

Vio sonreír a Viggo. Esa sonrisa lobuna había conseguido llevarse a la cama a media ciudad, y ahora se la estaba brindando a ella.

—*¡No!* —volvió a hablar en su mente.

—*¿Por qué? Hace tiempo que no nos divertimos, nen... France.*

—*No te faltan mujeres, Viggo. Olvídame.*

Él resopló y su hijo lo miró.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, he tropezado.

Su hijo levantó una pequeña ceja. Sabía que su padre nunca tropezaba, todos conocían las montañas palmo a palmo.

El lobo de Viggo, Kane, apareció por un lado del camino y se puso a su lado. Junior y su padre caminaban juntos por delante de ella, Viggo bromeaba siempre con el pequeño y lo quería, ella debía admitir que era un buen padre, atento y cariñoso. Los genes estaban ahí. Aunque Storm era más serio y menos dado a bromear.

—*Voy a terminar por creer lo que me dijiste* —continuó él.

—*Hazlo, nunca te he mentado.*

—*Entonces, me utilizaste solo para tener un hijo* —afirmó.

—*Exacto.*

—*Joder, eso duele.*

—*No lo creo.*

—*Utilízame para el sexo.*

—*Para eso ya tengo a otros.*

Viggo se paró de golpe y se giró a mirarla.

—*Eres malvada, mujer.*

—*Soy práctica.*

Junior se detuvo también cuando vio que su padre no estaba a su lado.

—Papá, hoy estás raro.

—*Deberías explicarle que estás salido.*

—Tengo sueño, hijo.

Para ser sincera, Viggo le daba un sexo fantástico, era bueno en la cama y eso era innegable. Pero no había química entre ellos, y esto nunca lo diría en voz alta, tenía una reputación que mantener.

Cuando su hijo se acostó, ellos tomaron un café sentados en el porche. Donde un humano se quedaría congelado, ellos disfrutaban del frío.

—Sabía que ese cachorro iba buscando a Junior —dijo él después de un rato de silencio.

—Ya tiene seis años, debo suponer que es normal, qué sé yo.

—A mí me encontró con nueve años.

—Siempre has sido un poco lento —dijo cruzando una estilizada pierna.

Viggo soltó una carcajada y se acercó a su oído.

—Hay veces que ir lento tiene su recompensa, aún puedo oír tus gemidos, nena.

Ella lo miró y entrecerró los ojos.

—¡Hela!

—Coño, era una puta broma —dijo sin dejar de mirar a la loba que se acercaba—. Duerme, Hela.

De repente, France se envaró y Hela retorció el cuello para mirar detrás de

su cola.

—Esas humanas... —soltó olisqueando el aire.

—Son tus amigas, France, sé un poquito más social.

—Lo he intentado y no sirve para nada.

—Pues haz algo para disimular, que una de ellas es mi madre. Y podría ser tu suegra.

Sacó su pistola y lo apuntó a la sien.

—Me quieres demasiado. —Viggo no se inmutó.

Las pisadas de las mujeres ya empezaban a oírse.

—¡No le pegues un tiro, aún! ¡Su padre tiene algunos planes para él! —gritó Susan.

—Joder, mamá, ¿es que no te preocupa esta situación?

—Ni un poco —contestó la aludida haciendo que las otras mujeres se rieran.

—¿Ves? Tienes a la suegra a tu favor —dijo mirándola de nuevo.

—Cállate, ¿no tienes nada que hacer? —inquirió France guardando la pistola.

—Pues ahora que lo dices... ¿Tu respuesta sigue siendo la misma? —susurró.

—No vamos a follar —soltó ella en voz alta.

—Joder, France, que está mi madre aquí. Un poco de respeto a los mayores.

Mientras todas se estaban riendo, Susan se plantó delante de ellos dos.

—Esa tensión sexual que hay entre vosotros deberíais solucionarla.

¿En serio?

—Ya lo hacemos, a todas horas. La diferencia es que es con otras personas, algo que tu hijo no entiende —dijo a modo de explicación surrealista mirando a Viggo.

—Hay que joderse. —Viggo se levantó y beso en las mejillas a Lidia, Ariadna, Nora y Aisha—. Me largo.

—Diviértete —dijo Aisha.

—Siempre lo hago —contestó guiñando un ojo y levantando a su madre en un abrazo.

Cuando se fue, Susan ocupó su lugar.

—¿Junior está durmiendo?

—Sí, puedes husmear.

Susan no tardó nada en desaparecer dentro de la casa.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? Viggo es maravilloso. — Aisha se sentó en el balancín que quedaba protegido de la nieve por el porche.

—Su madre debe de opinar lo mismo —contestó pragmática.

—Sigues sin querer liarte, ¿eh?

—¿Liarme? ¿Con quién?

Aisha puso los ojos en blanco.

—Con Viggo, ¿con quién va a ser? —aclaró Lidia.

—Ah, eso. ¿Es que tengo que liarme con alguno? Follo y ya está.

—Muy práctico —convino Ariadna.

Susan salió y volvió a ocupar la silla de su hijo. Ariadna se había sentado

junto a Aisha y Nora en el balancín.

—Se parece mucho a Viggo, pero es clavado a Storm —argumentó Susan pensativa.

France la miró de reojo.

*De eso se trata, pensó, tengo un pedazo de tu hombre.* Pero, con los años y gracias o por culpa de Aisha, se había guardado la contestación. Con Aisha tenía más confianza, seguía siendo una estúpida humana, pero era su amiga. Ella insistía en que fuera más comedida en sus palabras. Para no hacer daño, decía.

Joder, le importaba bien poco.

—No entiendo aún por qué no quieres estar con el padre de tu hijo —comentó Lidia ante la atenta mirada de Susan.

Resopló y se levantó.

—Solo vosotras tenéis esa necesidad, yo solo quería un hijo y lo conseguí.

—Mira, como en la tómbola —se carcajeó Aisha.

—Sí, eso, lo que sea que quieras decir. —Miró a Susan—. ¿Te quedas con Junior?

Para cuando contestó ya se estaba marchando. Pero pudo oír un par de frases de las chicas.

—Parece preocupada —dijo Aisha.

—¿France? No me hagas reír.

Nora, efectivamente se estaba riendo.

Maldita sea, esas mujeres la sacaban de quicio.

## Capítulo 2

France aterrizó en el salón de Storm y se sentó tranquilamente con la cerveza que acababa de robar de su frigorífico.

—¡Joder! —Storm salía desnudo del baño y se disponía a cruzar el salón.

—Estás perdiendo facultades —dijo repasando su cuerpo sin ningún pudor.

—No te esperaba. Voy a vestirme.

—¿Tienes miedo de asustarme? No veo nada que no haya visto antes.

—No, France. Por mí me sentaría a charlar contigo sin problemas, pero sería una explicación difícil si aparece cualquiera de mis hijos o Susan. Estoy evitando una escena innecesaria.

—Viggo está en la ciudad, Susan está con esa pandilla de idiotas en mi casa cuidando de Junior y no sé si debería decirte que Ylva está en plena furia sexual con su compañero.

Storm se la quedó mirando.

—No, no deberías decírmelo —resopló—. Y no hables así de las mujeres, juraría que eran tus amigas.

—Y lo son.

—No tienes remedio.

—Remedio, ¿para qué?

—Déjalo.

Fue a la habitación y volvió vestido con unos pantalones de cuero y una camiseta negra.

—¿A qué debo tu inesperada visita?

—Quería verte el culo.

—France... ¿desde cuándo sabes bromear?

Ella levantó una ceja.

—¿Bromear? Nunca lo he hecho.

Storm se recogió el pelo aún húmedo en una cola baja, ahora lo llevaba largo siempre.

—Perfecto.

—¿El qué?

Soltó el aire. Joder, que mujer más complicada.

—France, céntrate.

—Pues haberte quedado desnudo, estaba centrada hasta entonces.

Maldita sea.

—Si no tienes nada más que decir, lárgate, tengo cosas que hacer.

France se golpeó los labios con el índice rematado por una larga uña roja.

—Tengo una vibración.

¿Debería preguntar?

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé aún.

—Pues tú dirás —dijo ya con voz cansada mientras se servía una cerveza.

—Algo o alguien viene hacia nosotros, son de nuestra especie.



Eso eran problemas.

—¿Amigo o enemigo?

Ella se apoyó en el respaldo y dio un trago a su bebida.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Acabáramos.

—Siempre te jactas de saberlo todo, France.

—Estoy investigando...

—¿El palpito?

—¿Qué palpito?

¡Joder!

—La vibración —gruñó.

—Ah, eso. Sí. Voy a ir hasta nuestra frontera.

Bien, por fin estaba llegando a algo.

—Dile a Viggo que vaya contigo.

France lo miró y estrechó los ojos.

—No lo quiero cerca.

—France, ¿recuerdas en algún momento que es el padre de tu hijo? — preguntó pragmático.

—Oh, claro. Pero que su pene haya estado en mi vagina no le da ningún derecho sobre mí.

Storm se sentó en un taburete.

—Qué gráfica.

—Lo podría ser más.

—Ni se te ocurra. Joder, France, estamos hablando de Viggo, ahórrame los detalles.

—Qué sensible.

—Ve sola, haz lo que te dé la gana —soltó cambiando de tema.

—Siempre lo hago.

—En cuanto sepas algo, informa.

France dejó la cerveza sobre la mesa y desapareció. Podía haber ido a ver a los hermanos del otro clan, pero siempre se había relacionado más con Storm.

Reunió las moléculas de su cuerpo en una montaña alta y nevada, y observó.

\*\*\*

Yrre vio aparecer a la hembra y la miró detenidamente, levantó su puño para que sus hombres y mujeres no movieran ni un dedo, cualquier cambio en el aire y la rubia los descubriría. Era de su misma raza, de eso no había duda. Pero lo que acababa de ver con sus propios ojos, pocas mujeres lo conseguían, ninguna hembra se desmaterializaba sola, necesitaba a un compañero para eso, el solo había visto a una hacer eso y era su madre. Esta, había aparecido delante de sus narices, y él había sido rápido ocultando a su clan con la mente.

Atractiva y alta, tal como a él le gustaban, la hembra olisqueaba el aire y recorría el lugar con sus ojos claros. Estaba a menos de diez metros de ella y la veía de perfil. A su lado había una loba, el animal acababa de llegar y respiraba con dificultad, había corrido para alcanzar a su compañera

vinculada. Un momento, ¿una hembra vinculada a una loba? Eso sí que era nuevo, además de imposible.

Una mano de largas uñas acarició la cabeza de la loba, pero no la miró.

—Está bien, Hela. Volvamos.

Y después de hablar se desmaterializó ante sus ojos, mientras el animal volvía a correr montaña abajo.

—Ya se ha ido, debe tener compañero para poder aparecer así —dijo su hermano Aart.

—Sí. —No podía dejar de observar el lugar por el que se había marchado —. Voy a seguir su aura, necesitamos saber a qué distancia están.

—Deberías presentarte y explicar que eres el jefe de un...

—Aún no. Quiero saber a qué nos enfrentamos. Cuida de los nuestros, no tardaré.

Desapareció sin esperar la respuesta. La hembra lo tenía intrigado, la pose que había adquirido en lo alto de la roca en la que estaba plantada era de altivez y soberbia. Ellos sabían que había un clan en Alaska, pero era difícil dar con ellos, se sabían ocultar. En los tres días que llevaban en el bosque nevado solo habían visto a humanos que se dirigían a trabajar, suponía que a los pozos petrolíferos que estaban repartidos por doquier.

\*\*\*

Había alguien, estaba segura, pero no lograba dar con lo que era. Ni si era uno o más de uno. Fuera quien fuera, tenía una gran habilidad para ocultarse bien.

De repente, alguien le tapó la boca y envolvió una mano en su cintura.

—No te voy a hacer daño —dijo una voz grave en su oído.

Y ese tío tenía que ser muy alto, notaba la clavícula a través de la ropa a la altura de la coronilla, y ella no era precisamente baja.

Intentó convertirse en moléculas, pero no lo consiguió. También intentó entrar en su mente o empujarlo solo con el pensamiento; no hubo suerte. Ni siquiera lo había visto llegar ni había oído nada. Por suerte no había aparecido en casa, podía haber puesto en peligro a Junior... y a las humanas.

Una corriente eléctrica la recorrió por completo ¿Estaba oliendo su cuello?

—Solo quiero hablar —continuó el macho—. Si intentas algo cuando te deje ir, desapareceré y no serás capaz de seguirme.

Ella asintió. En cuanto la soltara le iba a dar una patada en los huevos, era la primera vez en su dilatada existencia que alguien la tocaba sin su permiso.

Y lo hizo, la dejó ir, pero cuando se dio la vuelta no estaba. Al momento lo sintió detrás de nuevo.

—¿Qué haces? —preguntó confundida por su rapidez. No lograba verlo bien, solo era un maldito borrón.

—¿Vas a mantener tu palabra?

—Sí —concedió, le podía la curiosidad.

Se plantó ante ella y la dejó boquiabierta. Era alto, en eso había acertado. Pero lo que no esperaba es que fuese tan atractivo. Sus anchos hombros, cubiertos por una gruesa cazadora negra, estaban relajados, y su porte era elegante, a pesar de la indumentaria. Vestía unos pantalones de cuero negros, botas de motorista en sus pies algo separados en posición de descanso, y sus manos se apoyaban una sobre la otra en una gran espada que hundía la punta en la nieve ante él.

Observó su cabello largo y oscuro, su rostro anguloso bajo una barba de un par de días, sus labios carnosos y sus profundos ojos negros.

Se mantuvo a la defensiva, no se fiaba de él por muy bueno que estuviera.

—¿He superado tus expectativas? —pregunto él con un gruñido.

Joder, sí.

—¿Quién eres? ¿Y qué haces en mis tierras? —preguntó sin responder a su pregunta—. Y lo más importante, ¿me has oído?

—Sí lo he hecho —admitió sin problemas—. He venido a estas tierras porque te estaba buscando, supongo.

—¿Supones?

De repente un gran lobo gris apareció de entre los troncos para rondar a su loba. Imaginó que era el lobo vinculado al pedazo de hombre.

—Dile a tu lobo que deje de olisquear el trasero de Hela.

—¡Track! —ordenó sin mirar al animal.

El lobo se sentó a su lado y la miró con interés.

—Que obediente.

—Como tiene que ser. ¿Puedo saber tu nombre?

—Soy France, ¿y tú eres?

—Yrre, del clan de Canadá.

¿De Canadá? Había oído hablar de ellos a sus mayores, pero nunca los había visto, hasta ahora.

Lo miró de arriba abajo.

—¿Por qué has venido?

—Necesito hablar con la máxima autoridad de tu clan.

Ella se envaró.

—Yo soy la máxima autoridad en mi clan.

Yrre levantó una ceja y después observó su rostro con un deje de fascinación.

—Perfecto, entonces me gustaría reunirme contigo.

—¿Has venido solo?

—No.

¿No? ¿Y ya está?

—Me temo que necesito más información.

—Eso es algo que tendrás que ganarte.

¿Qué?

—No sabes con quién estás hablando, Yrre. Te puedo sacar de mis tierras y de Alaska con solo chasquear los dedos.

—Te gusto demasiado, no lo harás.

Oh, sí.

No se había movido ni un poco, mientras que ella no hacía más que cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Eres siempre tan engreído, o solo conmigo?

La miró en silencio, expectante.

—Tú tampoco sabes con quién estás hablando, así que estamos en paz — dijo al fin.

# Capítulo 3

Yrre no podía apartar los ojos de ella, era rematadamente bonita, tenía unos preciosos ojos en un color entre azul y verde poco definido, pero que conjuntaban a la perfección en su rostro. Sus labios rojos y carnosos parecían llamarlo a gritos. Y su nariz respingona la hacía parecer un duende y dotarla de aristocracia al mismo tiempo.

¿Y ella era la máxima autoridad de su clan? Nunca había conocido a una mujer que llevara sobre sus hombros esa responsabilidad. Normalmente lo dejaban a los hombres, no porque no supieran llevar las riendas de un clan, sino porque ellas eran las encargadas de educar a los pequeños en los rasgos fundamentales de su raza, derechos y obligaciones de los que debían ser responsables. Los humanos dirían que eso era demasiado antiguo, pero en su linaje era algo que todos aceptaban.

—¿Y quién eres? —preguntó ella poniendo los brazos en jarras.

—El jefe de un clan traicionado.

Miró las botas que ella calzaba, llegaban por encima de sus rodillas y con un tacón extremadamente alto, debía tener un buen equilibrio sobre ellas. Por no mencionar el mono negro y apretado que dejaba ver todas sus curvas. Unas curvas que no dudaría en acariciar, mientras la tuviera debajo.

—Cuéntamelo —pidió France con cierta autoridad.

—Buscaba a Neoh, para eso.

—¿Lo conoces?

—Solo me han hablado de él. También me dijeron que era de confianza.

Ella se envaró.

—Yo no confío en ti.

—Lo comprendo, ¿puedo saber por qué lo estás protegiendo?

—¿A quién?

Esta mujer tenía un déficit de atención, estaba claro.

—A Neoh.

—Ese macho no necesita de mi protección, en cualquier caso, él necesita protegerse de mí —declaró France sin titubear.

Eso lo dejó sorprendido.

—¿Eres de un clan rival?

Ella se apartó el pelo del hombro, echándolo hacia su espalda, de un manotazo.

—Antes lo éramos. Pero ya no.

—¿Es tu compañero?

Y eso necesitaba saberlo con urgencia, por una simple razón: estaba sintiéndose demasiado atraído por ella.

—¿Eso importa?

Apartó la espada a un lado y la levantó apoyándola sobre su hombro.

—A mí me importa —dijo acercándose peligrosamente a ella.

Por el simple hecho de ser el jefe de su clan, ocupando el puesto de su padre, él tenía todos sus poderes bien arraigados aún sin tener compañera. Pero eso no era un problema, tenía sexo con mujeres tanto de su clan como humanas, estas últimas un poco delicadas para su gusto, pero que habían sabido llamar su atención, sobre todo Wica.



Notó que France se iba a dividir y a largarse, y lo impidió.

—¿Estás trabajando para anular mis poderes?! —preguntó sorprendida, algo que a él le hizo gracia.

En realidad, le gustaría *trabajar* de otra manera sobre ella, pero se guardó el comentario.

—Y tú, ¿intentas dejarme con la palabra en la boca?

\*\*\*

Y qué boca... esos labios... necesitaban ser mordidos, succionados y besados con urgencia. Los miró embelesada, y vio como él dibujaba una sonrisa lenta.

—Tendría una cita de lo más excitante contigo, pero tengo prioridades.

«Idiota», pensó. No tenía muy claro si ese pensamiento iba dirigido a él o a ella misma.

—¿Una cita?

—No hueles a macho.

Ella dio un paso atrás.

—Gracias, me cabrearía bastante la posibilidad.

Él volvió a sonreír. No parecía ser un hombre de muchas sonrisas y en su apuesto rostro quedaba muy bien. Tanto que tuvo que apretar los muslos. Solo había habido un macho hasta la fecha que había conseguido eso en ella. Storm.

—No tienes compañero —afirmó.

Se acercó a él y puso una mano en su pecho.

—¿Sabes? Te noto un poco obsesionado —dijo alzándose sobre las puntas de sus botas.

Sus labios quedaron a la misma altura y el fijó sus ojos de espesas pestañas en los suyos. France sacó la lengua y se lamió el labio inferior con deliberada lentitud. Se separó lo suficiente para que la cima de sus pechos quedara a la vista y volvió a acercarse.

—Espérame aquí en media hora —soltó a solo unos milímetros de su rostro y después desapareció.

Ahora ya sabía que, si lo distraía lo suficiente, no estaba pendiente de sus poderes ni la podía bloquear. Se echó a reír mientras aparecía en la sala de reuniones.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Storm.

Estaba sentado en uno de los cuatro tronos que presidían el escenario, con un tobillo apoyado en la rodilla de la otra pierna, totalmente relajado y malditamente atractivo. Susan era una humana con suerte. Y demasiado buena para asesinarla, tal como tenía pensado hacer cuando empezó la cosa esa del vínculo con su hombre. Pero si había alguien a quién respetaba por encima de todo, ese era el macho que tenía ante ella.

—Alguien que acabo de conocer. ¿Dónde están los otros? —preguntó restando importancia.

—France, Susan está con nuestro nieto y yo estaba a punto de ir a verlos cuando he recibido tu paranoico grito mental. He podido aparecer inmediatamente, pero te recuerdo que tenemos una vida y que no consiste en correr hacia ti.

Ella se plantó ante él desafiante.

—Pues no entiendo el porqué, soy lo más interesante que conocerás jamás

en tus muchos años, vejestorio.

Storm levantó una ceja.

—¿No deberías estar con tu hijo y dejar a mi compañera en paz de vez en cuando?

—¿Echas de menos a tu humana?

—Más de lo que sospechas. Y ya no es humana, ¿recuerdas?

Pues seguía apestando a esa especie de tarados.

Se sentó a su lado.

—Ah sí, ese detalle siempre se me olvida. —Optó por contestar—. Es una lástima que ella prefiera estar con Junior y no contigo. ¿No será que ya no rindes? Los humanos han inventado cosas para eso, no debes avergonzarte...

Se calló cuando el rostro de Storm apareció a solo un centímetro del suyo y sus manos estaban apoyadas en los reposabrazos creando una jaula con ella dentro. Sus poderosos brazos se tensaron mientras soportaba la postura. Tuvo que recordarse no babear en su presencia. Joder, no había perdido ni un ápice de su atractivo.

—Tienes muy mala memoria, France. Tú y yo nos hemos pasado horas follando y aún puedo recordar tus gritos, sobre todo con mi nombre entre ellos, pero ¿sabes? Estoy seguro de que mi hijo es un digno sucesor de su padre y por lo que sé, las mujeres se lo están rifando. Así que no pierdas el tiempo, los años también pasan para ti, preciosa. Empiezas a perder brillo.

Sintió como su cara se encendía. Maldita sea, ¿cómo se atrevía?

—No quieres verme cabreada, Storm —amenazó.

—No, cariño. Pero la próxima vez que esa boquita tuya vaya a soltar pestes sobre mi polla, piénsatelo un poco. Voy a terminar siendo tu suegro,

no lo olvides. Me debes un respeto.

—Ni lo sueñes ¡Vete a la mierda!

La carcajada de Storm resonó por toda la estancia mientras se apartaba.

—Vaya, tenemos un punto caliente aquí —dijo Tahiél apareciendo de repente junto a su hijo Alistair, el relativamente nuevo líder.

—No te incumbe —contestó ella.

—No me interesa, solo era mi manera de saludar —soltó el recién llegado con desinterés.

—Me largo —anunció France.

—¡Tú nos has llamado! ¿Y ahora, te largas? —exclamó Alistair.

—Voy a buscar al padre de mi hijo. Va a tardar en venir si no lo traigo.

Viggo no tenía compañera, y a pesar de lo que todos pensaban, ella no lo era. Pero tenía que oír lo que tenía que decir en el consejo. No podía desvanecerse en partículas, así que ella lo traería.

Cinco segundos más tarde estaba cruzando el bar donde muchos estaban bailando de manera frenética, borrachos y sin coordinación en los cuerpos. Otros se apoyaban en la barra con sus cervezas frías ante ellos. Los malditos adornos de navidad lanzaban destellos ante las luces en movimiento.

La gente le abría paso ante su avance, aunque no era algo voluntario; ella los apartaba con la mente. Si alguno de esos humanos osaba tocarla iba a terminar despellejado y su piel adornaría la entrada del bar.

Muchos hombres se giraron para admirarla, podía haber aparecido simplemente al lado de Viggo y nadie la habría visto, pero le apetecía hacer este ritual de vez en cuando. Ver a hombres babear a su paso era sencillamente divertido. Sus ropas distaban mucho de las vestimentas que

llevaban las mujeres. Ella siempre usaba esos monos de látex que se aferraban a su cuerpo, y hoy no era diferente. Sus botas de tacón de quince centímetros la hacían más alta que casi todos los machos allí reunidos. Eso parecía amedrentarlos y ella disfrutaba de sus rostros, que mostraban deseo y al mismo tiempo precaución.

Llegó hasta los reservados, se trataba de unos cubículos más íntimos en los que incluso había unas cortinas que servían para ocultar a sus moradores de miradas indiscretas. Repasó el lugar, algunas cortinas estaban echadas, otras no. Ya tenía localizado a Viggo.

Se metió por un lateral de la tela ante la mirada curiosa de los que se cruzaron con ella, algunos fruncían el ceño preguntándose por qué estaba invadiendo el espacio privado de los que estaban dentro, eso era algo que los humanos parecían respetar.

Dos cuerpos se movían en la penumbra. La chica, una morena delgada con largas piernas estaba tumbada sobre el banco de madera y Viggo bombeaba en su interior, encima de ella. La chica gemía con los párpados apretados y ella observó el cuerpo bien definido de Viggo. Las embestidas eran poderosas y toda la musculatura de su tronco tatuado se expandía y contraía con el movimiento. France tuvo que admitir que efectivamente era hijo de su padre, la humana estaba disfrutando de sus atenciones, y aunque ella también sabía cómo se comportaba Viggo en la intimidad, cuando se habían acostado no había prestado demasiada atención. Él mordió un erecto pezón haciendo que la chica se retorciera de placer.

—Estoy ocupado —dijo el macho de repente, al parecer la había captado y eso le hizo ganar puntos. A pesar de estar follando era consciente de lo que pasaba a su alrededor.

—Oh, sí —exclamó la humana pensando que hablaba con ella.

—¿El misionero? Creí que eras más original, Viggo. Aunque esto no da para mucho más —admitió golpeándose el labio inferior con el índice.

La chica abrió los ojos con sorpresa y la miró.

—¿Pero qué...

—Ignórala —ordenó el hombre cogiendo su rostro entre sus manos y obligándola a mirarle.

—Saca tu polla de ahí —ordenó France a su vez.

—Te he dicho que estoy ocupado, France. Lárgate, joder.

La humana la observaba sin parpadear, había despegado los ojos del macho para mirarla de nuevo, perpleja ante la situación.

—Lo siento cariño, lo necesito completo. Sé que esa parte de su anatomía te gusta, pero son un pack —le explicó al ver que no reaccionaba, aunque tampoco es que importase mucho.

—Mierda. —Viggo al fin se encaró con ella.

Cuando sus ojos se encontraron, en ellos vio furia y sabía el por qué. Viggo la quería a ella y no era correspondido.

—Eres un desgraciado, no puedes hacerme esto, soy la madre de tu hijo —dijo con voz triste llevándose la mano al pecho compungida.

—¡Oh! ¡Dios mío! —La humana intentó apartar a Viggo—. No lo sabía, lo siento. Él no me dijo nada...

Viggo puso los ojos en blanco.

—Deja de comportarte como una *femme fatale*, no va contigo, France.

—Vámonos, tenemos consejo —explicó volviendo a su tono de voz normal.

La humana los miraba con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿ha mentido? ¿No es la madre de tu hijo? —inquirió incorporándose y buscando su ropa.

—Sí, sí lo es.

La chica se levantó y mientras él buscaba sus pantalones le soltó una bofetada.

—¡Joder! ¿Qué coño te pasa? —exclamó Viggo poniendo la mano sobre su rostro golpeado.

—¡Que eres un cabronazo! —gritó airada mientras se vestía a toda prisa.

—Bah, no es para tanto —dijo France agitando la mano.

La chica la miró abriendo muchos los ojos.

—¡Estáis locos!

—¿Qué insinúas? —preguntó France fingiendo perplejidad y mirándola de arriba abajo.

—Bórrale la memoria y vámonos —declaró Viggo.

—¿Qué me borre...

Pero antes de que terminara la frase su expresión cambió.

—Oh, disculpad, no sabía que esto estaba ocupado —dijo antes de salir disparada del reservado.

# Capítulo 4

Viggo terminó de vestirse y se recolocó la polla aún erguida.

—A ver qué hago ahora con esto —declaró apoyando las manos en la pared a cada lado de la cabeza de France. Cualquiera humana se encogería ante un hombre de tal envergadura pero ella no.

—Conmigo no cuentas.

—Joder, France, lo que te gustan los numeritos...

France se lo llevó con ella, aunque siguiera hablando.

—..., si follaras más conmigo esto no sería necesario.

—Vaya, eso es toda una declaración de intenciones, hijo —se jactó Storm.

Viggo se vio en el consejo rodeado de todos los machos del clan. Y miró a France con desaprobación, lo había hecho deliberadamente.

—¡Joder, nena! —exclamó dejándose caer en uno de los bancos situados frente a los tronos. La erección desapareció de golpe.

—Nunca has sabido mantener la boca cerrada, no me culpes —respondió la aludida.

—Dejaos de idioteces. ¿Por qué estamos aquí? —La voz grave de Alistair reverberó en las paredes de roca.

El hijo de Tahiel era el líder del clan de los tres hermanos ahora, Neoh abdicó en favor de su sobrino hacía más de treinta años. Neoh, Tahiel, Elián y Elm, seguían dedicándose al negocio petrolífero, mientras que Alistair cuidaba de su gente. Todos con compañeras humanas, para decepción de



France. Aisha, la compañera de Tahiél, no era humana, aunque lo supo en la edad adulta. Alistair era el compañero de Ylva, hija de Storm y líder del otro clan. Y también estaba Otto, el apoyo incondicional de Storm. En total, eran tres clanes unidos contra las adversidades. Tiempo atrás se deshicieron de todo un clan, el de Val, por traición. Y el único que quedaba era su líder que ahora pertenecía al clan de Alistair. Val era un buen tipo que había sustituido a Wallace tiempo atrás, un tarado que había intentado quedarse con Aisha.

Cuando alguien de su raza se emparejaba con un humano, lo de tener hijos en común quedaba descartado. Su linaje era de una inteligencia innata.

Todos había ocupado sus puestos y se paseó en el centro. Todas las miradas se posaron sobre ella esperando una explicación.

—Tenemos a un clan oculto en nuestras tierras —dijo por fin.

—¿Qué?! —exclamó Elm.

—¿No he hablado claro? He hablado con su líder, un tal Yrre.

Alistair se levantó.

—¿Cómo que has hablado con su líder? No he sido consciente en ningún momento de presencias extrañas en nuestras tierras.

—Y no lo haréis ninguno de vosotros. Como os acabo de decir están ocultos. Tienen ese poder.

—¿Quiénes son? —exigió Elián.

—Solo sé que vienen de Canadá y que han sido traicionados.

—¿Por quién? —Esta vez la pregunta vino de Storm.

—No lo sé, me ha pedido audiencia.

—Podrían tener la intención de atacar —razonó Viggo.

—Yo también desconfío —aportó Otto.

—Por eso os he reunido aquí. Yrre sabe de ti, Neoh. Es a ti a quién busca. Bajo mi escrutinio, diría que es alguien noble.

—¿Bajo tu escrutinio? —preguntó Storm levantando una ceja.

—¿Dudas de mi capacidad para valorar algo así?

—Jamás —soltó el hombre con sarcasmo.

France siguió taconeando de un lado al otro.

—¿Y bien? —preguntó en general—. Puedo manejar esto sola...

—Unimos nuestros clanes, no vas a manejar esto sola —decretó Alistair.

—Estoy de acuerdo —apostilló Storm.

—Está bien, está esperando una respuesta —bufó France.

Los líderes se miraron y asintieron.

—Tráelo —ordenó Storm—. Oigamos lo que tiene que decir.

France desapareció al momento. Aunque cabreada por la orden de Storm, tendía a perdonárselo todo, pero si seguía así, lo dejaría como un eunuco para consternación de Susan. Aunque, por lo que le importaba...

—Llegas tarde —dijo la voz de Yrre en cuanto reunió sus partículas en el claro del bosque.

—Pero he llegado, que es lo que importa. Vamos —dijo acercándose.

—No estoy familiarizado con eso.

—¿Con qué?

—Con que me den órdenes.

—Vaya, gran líder, si esperas que me postre a tus pies, puedes empezar a hacer calceta.

Yrre levantó una ceja.

—Un respeto, mujer.

—Exijo lo mismo —dijo plantándose ante él—. Puedes acompañarme, los otros líderes esperan.

—A eso tampoco estoy acostumbrado.

France resopló.

—Eres tú el que ha venido pidiéndome ayuda...

—Yo no te he pedido ayuda, he exigido hablar con Neoh.

—Pues entonces tendrás que confiar en mí.

—Si osas abusar de mi buena fe...

—¿Tienes miedo de que te viole en una cueva oscura y húmeda? —ronroneó acercándose a sus labios.

Joder, este tío la ponía y mucho.

—Ya te gustaría —contestó él tajante y con una actitud de lo más arrogante.

—O no...

—Basta. —la cogió de los dos brazos y al momento aparecieron en el consejo, exactamente en el mismo lugar donde ella había estado antes de desaparecer.

France se zafó de sus manos y dio un paso atrás.

—¿Cómo has hecho eso? ¿Te has metido en mi mente? ¿Cómo sabías dónde estaba el consejo? —preguntó ante el estupor de todos.

—Yo lo sé todo, mujer —decretó con voz grave ignorando la mirada perpleja de la hembra y mirando a los otros hombres—. Y, además, no me has dejado otra elección.

La carcajada de Storm no se hizo esperar.

—Me cae bien este tío.

Tanto él como Alistair se plantaron ante el recién llegado.

—Soy Storm, líder de este clan junto a Alistair y France, a la que, por cierto, acabas de dejar hecha una furia. Bienvenido a nuestras tierras.

El invitado hizo una breve reverencia solo con la cabeza.

—Soy Yrre, líder de mi clan. Gracias por atenderme.

—France nos ha informado de que vienes de Canadá.

—Así es.

—Toma asiento por favor —le invitó Neoh.

Los otros líderes hicieron lo propio en sus tronos.

—No me tomará mucho tiempo, pero te lo agradezco.

Se sentó en uno de los bancos frente a los tres tronos, ocupados por France, Storm y Alistair.

—¿Me conoces? —preguntó Neoh, sentándose a su lado, pero a cierta distancia.

—Tu padre y el mío fueron viejos aliados —explicó Yrre—. Aunque lo he sabido hace poco, me lo dijo un anciano de mi clan. Mi padre murió hace décadas.

—Siento tu pérdida. Tampoco yo tenía conocimiento de esa alianza. Nuestras familias también perecieron hace tiempo.

Yrre asintió. Y ella no pudo hacer otra cosa que admirar al gran guerrero que tenía delante. Sus músculos se ondeaban con cada movimiento.

—¿Y qué te ha traído por estas tierras? —preguntó Storm.

—Somos unos pocos de mi clan los que hemos tenido que huir, y la mayoría son hembras y niños, también dos ancianos. Pido protección para

ellos mientras mis hombres y yo volvemos a nuestras tierras a recuperar lo que es nuestro.

—¿Es una guerra interna? Eso ocurrió aquí hace unos años —explicó Elm.

—Sí. Mi primo cree que tiene derechos sobre el liderazgo de mi clan desde que murió su padre y ha convencido a otros para ponerse en nuestra contra. Atacaron desde varios frentes, incendiaron los bosques y no quise ver morir a mi gente.

—Bastante lógico —concedió Storm.

—Uno de los ancianos, que viene conmigo, me habló de Alaska y de tu clan. Por eso decidimos venir. No os causarán problemas...

—Alistair es ahora el líder de mi clan —explicó Neoh.

—No voy a negar asistencia a tu gente —decretó Alistair.

—Estoy de acuerdo. Tenéis mi apoyo —convino Storm.

Se giraron a mirarla a ella que estaba sentada al lado de Storm y no había abierto la boca.

—Voy a proponer un altar para Yrre, este hombre ha conseguido dejarte muda y eso se agradece —se cachondeó Storm.

Se oyeron algunas risas.

—Que te jodan.

—Eso va a ocurrir en algún momento entre esta noche y el alba, no lo dudes.

—Joder, padre. No necesito oír eso —se quejó Viggo arrancando una sonrisa de Storm.

—¿Y si es una trampa? —preguntó France clavando los ojos en Yrre.

Él se levantó y la miro fijamente.

—Sé que quieres proteger a tu clan, pero no me rebajaría a eso. Si tuviera hombres suficientes para atacar ya lo habría hecho y no lo habríais visto venir, te lo aseguro —dijo contundente.

Los machos se envararon en sus asientos. Si este hombre había tenido el poder de aparecer en este lugar solo con tocar a France, podía tener otros poderes ocultos y más poderosos que los de ellos. La misma France tenía más poderes que cualquier hombre de los otros clanes.

—Pero no es el caso —dijo al ver cómo cambiaba la expresión de los hombres—. De todas formas, yo os confiaré a mi gente y no tengo por qué saber en dónde los vais a tener. France puede hacer de intermediaria e informaros de mis pasos.

—Eso sería bastante justo.

—¿Dónde ves la justicia, Storm? Yo no soy la niñera de nadie.

—Ahora sí.

—Eso ya lo veremos —Cruzó sus largas piernas ante la mirada de Yrre.

—¡Basta! —Alistair se estaba cansando de oírlos—. Puede hacerlo Viggo, y no os ofendáis, pero tengo que proteger a mi gente de la misma manera que Yrre protege a los suyos.

Yrre asintió.

—No, yo lo haré —declaró ella.

Storm ya no pudo más y se carcajeó de nuevo.

—Aclárate, mujer.

—Olvídame.

—Eso lo hice hace tiempo —contestó mirándola fijamente, dejando de reír de golpe.

Eso le dolió tanto como si Storm hubiera clavado un puñal en su corazón. Pero no le daría el gusto de verla ofendida o dolida.

—Bien.

—Bien —repitió él.

Yrre levantó una ceja inquisitiva, pero no abrió la boca.

—France, ve con él. Contactaremos contigo para decirte el lugar exacto donde ubicaremos a las familias del clan de Canadá.

Yrre se levantó y volvió a hacer una corta y rápida reverencia con la cabeza.

—Os estoy sinceramente agradecido, y os pagaré por la manutención de los míos.

—No hay problema, soluciona tus asuntos, después ya hablaremos. También te puedo ofrecer algunos de nuestros hombres.

—No será necesario. Pero si así fuera os lo haría saber.

Dio un paso adelante y envolvió la muñeca de France.

—¡Oye! —exclamó ella ante tanta confianza.

—Se supone que vienes conmigo.

Lo último que vio antes de desaparecer fue la sonrisa socarrona de Storm. Maldito hombre, se veía a la legua que quería perderla de vista.

# Capítulo 5

¿Cómo podía pasarle esto a él? Se lamentó Yrre mentalmente. ¿Tenía que ser ahora? Esta mujer iba a volverlo loco y él tenía que recuperar sus posesiones, no necesitaba esto, no lo necesitaba.

—¡Suéltame! —gritó France cuando aparecieron de nuevo en el claro.

—Tengo que hablar contigo.

Ella se zafó de su agarre.

—Pues habla.

Se cernió sobre ella.

—Si tenías dudas sobre mis intenciones, ¿por qué no me lo dijiste antes de acudir al consejo de tu clan?

—Porque quería ver cómo reaccionaban, pero, por lo visto, has sabido metértelos en el bolsillo.

—No he mentado, ¿o es que acaso tú y tus líderes no oléis los engaños?

Ella se envalentonó y se acercó a solo dos centímetros de su rostro. Atractivo y maravilloso rostro, por cierto.

—Puedes tener el poder de ocultarlo también, ¿nos tomas por estúpidos? ¿Lo has hecho? ¿Has mentado a los líderes de mi clan? ¿Me has mentado? —demandó furiosa.

Él sonrió lentamente.

—Nunca lo sabrás.



Ella, France, líder de su clan y una de las mujeres más poderosas de su linaje, acababa de mojar las bragas con semejante sonrisa.

—Entonces no confiaré en ti, arréglatelas como puedas —se las arregló para contestar.

Él fue rápido y puso la mano en su nuca, abarcando parte de su estilizado cuello y anulando sus poderes, había estado a punto de disolverse y dejarlo allí plantado.

—Pues no lo hagas —habló contra sus labios—. Pero mi gente necesita sobrevivir, los adultos puede que lo consigan, pero los niños no. Así que no se te ocurra darme la espalda, rubia.

Acto seguido atrapó sus labios y buscó su lengua. Eso era algo que nunca había hecho, siempre había besado a una mujer con su consentimiento, pero para su sorpresa ella gimió haciendo que su polla reaccionara dentro de sus pantalones de cuero.

Y France respondió a su fiero beso, su pequeña lengua lo buscó también y lo devoró, después le dio un magnífico mordisco en su labio inferior y tiró de él. Joder lo estaba poniendo a cien.

Cuando se separaron, la miró a los ojos, sin soltar su agarre.

—¿Sabes que puedo oler tu excitación?

—Eso es algo que nunca diría un caballero —dijo a la defensiva.

—¿Y qué te hace creer que yo lo sea?

Ella frunció el ceño.

—¡Suéltame! ¡Y no vuelvas a besarme sin mi permiso!

Volvió a sonreír, esta mujer le había sacado más sonrisas en tan solo unas horas que en toda su vida.

—Me disculpo, señora. No volverá a ocurrir. Aunque estoy completamente seguro de que la próxima vez será usted quien me busque a mí.

Pudo notar la decepción en ella, la misma que había notado cuando ese líder, Storm, le había dicho ante todo el consejo que la había olvidado. Todo esto también era nuevo para él, podía sentir la furia de esta mujer, la desconfianza, la excitación. Eso nunca le había pasado y se temía lo peor.

—Eso no va a pasar, engreído.

—De acuerdo, ahora te llevaré junto a los míos.

Si no se iban ya, terminaría tirándola al suelo y follándola sobre la nieve. Y eso, definitivamente, sería poco *caballeroso*.

\*\*\*

France había estado con muchos machos y algunos humanos, aunque hacía años que no se acercaba a estos últimos, no aguantaban nada y eso la cabreaba. También había estado con mujeres, no se privaba de nada y le gustaba. Pero el beso que acabada de darle Yrre no se parecía en nada a lo que había probado hasta ahora. Era un beso posesivo, agresivo, primitivo..., y contenía tantas emociones que a duras penas había podido procesarlas. El mundo a su alrededor pareció desvanecerse. ¿Desde cuándo le pasaba eso a ella? Había sentido como si él la poseyera.

—Aquí es —anunció el hombre dejándola sobre una roca alta y cortando así sus cavilaciones.

—Estuve aquí no hace mucho —admitió.

—Lo sé.

—¿Me viste?

—Sí, estabas con tu loba. Y no, nunca nos hubieras descubierto.

Ella lo miró desafiante.

—Puedo decirte exactamente cuántas almas hay aquí.

—Lógico, acabo de levantar la protección.

Maldito macho arrogante. Era demasiado poderoso para su gusto.

—*Touché.*

Él emitió un silbido bajo y dos hombres salieron a su encuentro. La miraron de arriba abajo con curiosidad y después a su líder.

—¿Es seguro? —preguntó uno de ellos.

—Lo es —afirmó Yrre.

Uno de los hombres se parecía mucho a Yrre, pero era menos corpulento y algo más bajo, no mucho.

—Aart, ella es France líder de un clan. France, este es Aart, mi hermano —después señaló con la barbilla al otro—, y él es Fugol, uno de mis hombres.

Los dos abrieron los ojos con sorpresa.

—¿Una hembra? —preguntó Fugol.

—Así es —dijo ella a la defensiva.

—Lo siento, no esperaba...

—Ya veo —le cortó.

—¿No buscabas a Neoh? —inquirió Aart contrariado.

—Y lo he encontrado. En Alaska gobiernan cuatro clanes que se han unido.

—Entiendo. Bienvenida a nuestro refugio, France.

—Espero no haberte incomodado.

La disculpa de Fugol parecía sincera.

—No hay problema, he venido a conocer a la gente de Yrre, y a ayudar.

Fugol soltó el aire.

—Los pequeños necesitan comer algo caliente, no podíamos hacer fuego... como comprenderás...

—Os hubiéramos descubierto —terminó por él.

—Sí.

—Bien, vayamos al campamento —propuso Yrre.

Su hermano sonrió.

—Sí, vayamos, a ver si logras calmar a Wica. Te ha estado buscando.

France frunció el ceño, ¿Wica? ¿Acaso el líder tenía compañera y acababa de besarla? No es que le importara que el hombre la tuviera, pero no estaba dispuesta a compartir, cuando tenía un juguete, era suyo y de nadie más.

Detrás de unas grandes rocas nevadas vio un asentamiento pequeño, niños corrían de un lado a otro y algunas mujeres estaban limpiando pescado, truchas del río que supuso que se comían crudas. Aunque vestían con ropas modernas, estas se hallaban en un estado lamentable, sus rostros cansados mostraban sin pretenderlo los días que llevaban allí. Una inmensa tristeza rodeaba el lugar, a pesar de los gritos alegres de los niños. Varios lobos merodeaban alrededor, eran los animales vinculados a los machos.

Una chica delgada y alta, aunque no tanto como ella, se acercó mirando directamente a Yrre. Llevaba unos pantalones ajustados de cuero de color marrón y camisa negra escotada debajo de su abrigo también negro sin

abotonar. Tenía la piel del color del ébano y unos grandes ojos verdes. Su melena llena de pequeñas trenzas le llegaba más allá de la cintura. Era una criatura preciosa. Pero tenía un defecto; era humana.

Arrugó la nariz. A pesar de tener a sus amigas humanas, las mujeres de los hermanos y de Storm, no quería a ninguna a su alrededor, ni macho ni hembra.

—Yrre, por fin has regresado.

Se acercó a su líder y apoyó las manos en su pecho haciendo que él se detuviera. Sus manos la sostuvieron por la cintura y la humana soltó un gritito cuando la levantó para besar sus labios.

France entrecerró los ojos.

—Sí, Wica. Ya estoy de vuelta. ¿Cómo te ha ido? —El tono cariñoso de Yrre la estaba cabreando sobremanera.

—Te echaba de menos —dijo ella con voz melosa.

—Pues ya estoy aquí. Y pronto dormirás bajo techo, tú y todos.

Ella sonrió dulcemente, giró la cabeza y la miró.

—¿Quién es?

—Soy France, tu salvadora —soltó a bocajarro, y continuó caminando hacia las hembras que estaban sentadas alrededor de un tronco cortado como si se tratara de una mesa.

«France, cueva de las termas, hemos decidido que estén un poco apartados de nuestras familias», dijo la voz de Storm en su mente. «De acuerdo», contestó de la misma manera.

Al haber intimado con él, podían hablar mentalmente. Algo que le habría molestado en otras circunstancias, pero no ahora. Oír una voz familiar la

estaba calmando.

Yrre encontró la manera de soltar a la chica sin follársela allí mismo, o eso le pareció a France, y se acercó para hacer las presentaciones.

Así supo que había varias parejas, un par de guerreros más sin compañera y un anciano que no dejó de observarla con un brillo en los ojos que la hizo desconfiar. El otro anciano se limitó a sonreír.

—Podéis recoger vuestras cosas, os mostraré vuestro nuevo hogar — anunció a modo de saludo.

Supo que había sido un tanto brusca, pero el teatro de Yrre y Wica la había llevado al límite. Le gustaba ese hombre, pero para su consternación, él no parecía demasiado interesado en ella. Y lo que más la estaba agotando mentalmente es que ella siempre conseguía lo que quería y este no iba a ser el caso.

—Os esperaré en el río —dijo alejándose de allí.

Llamó mentalmente a Hela, su loba. Se sentía extraña; estaba apagada, y eso no era propio de ella.

—Yo recogeré tus pertenencias, líder.

La voz empalagosa de Wica llegó hasta sus oídos e hizo rodar los ojos.

Bajó una pequeña cuesta y se sentó en una roca en el mismo momento en el que Hela emergía del bosque a su derecha.

—Hela, has sido rápida. Estabas cerca, eh.

Acarició a la loba entre las orejas y el animal se sentó a su lado.

—¿Por qué tienes una loba?

Dio un respingo ante la voz de Yrre.

—¡Deja de hacer eso! —gritó cabreada.

—¿El qué? —preguntó divertido.

—Ocultarte de mí. Nunca te oigo o te huelo.

—De eso se trata, soy un guerrero, nadie debería notar mi presencia.

Ella bufó.

—Que yo sepa, ahora no estás en ningún campo de batalla.

Se sentó a su lado y se encogió de hombros.

—La costumbre.

—¿Por qué tienes una loba? ¿Existe una vinculación?

—Eso es algo que no necesitas saber.

—Bien, solo era curiosidad.

—No estamos vinculadas, pero la quiero y la convertí en inmortal. —Ni ella misma sabía por qué estaba dándole una explicación.

—No sabía que se podía hacer eso.

Lo miró de reojo, se veía enorme sentado a su lado.

—¿Cómo lo lleva tu gente? —preguntó cerrando así el tema.

—Tardarán un poco, no quiero que dejen ningún rastro. No me gustaría atraer a nadie a vuestras tierras.

—Muy considerado por tu parte. —Se levantó y lo miró desde arriba—. Id espabilando, mi tiempo es oro.

—¿Y puedo saber con quién lo compartes?

—No.

Yrre echo su melena hacia atrás en un movimiento tan masculino que notó el calor en el vértice de sus piernas.

—Cuéntame el porqué de la unión de los clanes en Alaska.

—¿Sabes a qué nos dedicamos aquí para ganarnos la vida?

Él levantó una ceja.

—Es bastante obvio, he visto los pozos petrolíferos.

—Exacto. Otros clanes que estaban asentados aquí se volvieron avariciosos y atacaron a los nuestros. En su mayoría murieron ancianos y niños, pero también muchas hembras, demasiadas.

Él abrió los ojos con la sorpresa.

—Lo siento, cuesta creer que los de tu propio linaje hagan algo así... aunque lo estoy viviendo en la actualidad. —Su voz sonó triste.

—No lo hicieron solos, se unieron muchos humanos, esa raza de inútiles.

—Parece que no te caen demasiado bien pero, como ocurre en nuestra raza, hay humanos respetables. Conozco algunos en los que confío plenamente.

—Ya, ¿y por eso te estás tirando a esa humana?

Yrre se levantó en toda su envergadura y se agachó hasta quedar a su altura.

—Las cosas que haga con mi polla son asunto mío, France. ¿Qué hay de ti y ese líder?

—¿Qué líder?

—Storm.

—Ah, ese líder. No te incumbe, aun así, te diré que tuvimos una historia.

—Lo he notado.

—¿Y?

«¡Que eres mi compañera, joder!», le hubiera gustado gritar, pero se lo guardó, de la misma manera que le estaba poniendo una barrera para que ella



no notara las señales inequívocas que le dirían claramente que él era su compañero de vida. Entre sus muchos dones podía tratar de mantenerse alejado. Tenía que resolver algunos asuntos más importantes.

—Vamos, ya habrán terminado.

# Capítulo 6

France los llevó hasta las cuevas, todos se mostraron felices de tener agua caliente y un lugar donde refugiarse. Y más intimidad, ya que la cueva se componía de varios espacios separados.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Ya tenía ganas de lavarme —le dijo Wica para después lanzar una mirada significativa hacia Yrre, una especie de aleteo de pestañas acompañó a la mirada.

Hizo una mueca.

—Que sea fría, lo necesitas —soltó mirándose las uñas.

—¿Qué?

—Que te quites el calentón de una vez.

Iba a terminar vomitando, que humana más insulsa. Debería matarla y terminar con las náuseas.

Se disponía a volver con su hijo cuando Yrre le hizo una señal con la barbilla señalando la salida.

—¿Qué quieres? —preguntó ya a la intemperie—. Tengo prisa.

Aparte de querer ver a su hijo y dejar libre a Susan antes de que Storm decidiera estrangularla, quería alejarse de este macho. Su cuerpo reaccionaba de manera equivocada ante él. Celos, deseo y un sinfín de emociones la estaban alterando. Y ella no necesitaba eso; elegía con quién quería estar y punto.

—Me temo que esta misma madrugada partiré hacia mis tierras con mis

hombres. Mi mayor deseo es recuperar la normalidad para mi gente.

—Perfecto.

—Sé que Wica no te cae bien, pero, aunque la ignores por completo, ella es una más de mi familia. Alguien a quien proteger con la misma fiereza.

Por supuesto, es la que calentaba su cama y eso era difícil de encontrar por estos lares. Las humanas no podían estar entre su gente y él no podía bajar a la ciudad para buscar sexo, se expondría demasiado.

—¿De dónde ha salido? No tiene compañero. —La curiosidad pudo con ella.

—Alguien la abandonó en el parking de unas grandes superficies cuando solamente tenía horas de vida. Rowena, la mujer de mi hermano, quiso hacerse cargo de ella.

—Me alegro, ahora si me disculpas...

Se irguió molesto ante su intento de dejarlo con la palabra en la boca.

—Solo quería recordarte que os habéis mostrado capaces de proteger a los míos, y confío en que así sea.

«¡Será capullo!», pensó cabreada.

—¿Acaso crees que no...

No pudo terminar la frase, se esfumó delante de sus narices, y juraría que con una sonrisa petulante en sus labios.

\*\*\*

—Uf, vaya cara —resopló Aisha en cuanto apareció en su propia casa de nuevo.

—¿Aún estáis aquí? —preguntó arrugando la frente.

—Nos hemos quedado a hacer compañía a Susan, tu hijo sigue dormido.

Miró a su alrededor; el fuego estaba encendido en la chimenea, Lidia estaba recogiendo lo que quedaba en la mesa. Habían estado cenando. Y la maldita tenía una sonrisa en el rostro.

—Servíos como si estuvierais en vuestra casa —dijo con sarcasmo.

—Lo hemos hecho, como puedes ver— contestó Ariadna.

—¡Ya podéis largaros!

—No seas grosera y explícanos qué te pasa, desde que has entrado no dejas de gruñir —Susan podía ser muy dulce, pero a veces hablaba en ese tono cortante y le daban ganas de arrancarle la lengua.

—No voy a hablar con vosotras —anunció sacando una cerveza de la nevera.

—Aun no entiendo cómo puedes caminar por la nieve con esos tacones —comentó Ariadna intentando suavizar la situación.

—Con un pie delante del otro.

—¿En serio? —pregunto Aisha riéndose.

Siempre estaba contenta.

—Totalmente.

—Háblanos de esa gente que ha venido a nuestras tierras —preguntó Ylva entrando por la puerta en ese momento —Hola mamá.

Besó a Susan, Ylva era la hermana de Viggo y también hija de Storm, unida a Alistair hijo de Aisha y Tahiél. Se había liado una buena por esa unión, y ella se había divertido de lo lindo.

—Hola, tía France —dijo después de besar a las otras mujeres.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así?

—Muchas. —Cogió una manzana de un frutero que había en la cocina y le dio un mordisco—. ¿Y?

—¿Y? ¿Qué? —Miró a Susan—. ¿Quieres dejar de comprar para mí?

—No es para ti, es para Junior.

Ylva hizo rodar los ojos.

—¿Quiénes son? Es un clan, ¿verdad?

—¿Alistair folla tanto que solo te lo ha explicado a grandes rasgos?

—¡France! —Se escandalizaron Susan y Aisha al mismo tiempo.

—¡¿Qué?!

Ylva sonrió.

—Lo has adivinado...

—No quiero saberlo —soltó Susan de nuevo.

—Está bien, mamá

—¿Dónde están vuestros hombres? —preguntó con ganas de librarse de todas ellas.

—Han ido a comprobar las torres —contestó Aisha—. ¿Cómo es ese tal Yrre?

France por poco se atraganta al beber de la botella.

—¿Yrre? —preguntaron las otras, confundidas.

—Por una vez, ¿sé más que tú? —se rio Aisha.

Se levantó y se paseó por el salón, pisando las alfombras blancas que había sobre la madera. Este había sido el hogar de su familia, una que ya no existía desde hacía casi un siglo.

¿Cómo se había atrevido Yrre a dejarla con la palabra en la boca? Ningún macho hacía eso y salía bien parado.

—No sabes nada —gruñó.

—Ups, hemos tocado una fibra sensible. Cuenta, cuenta —animó Nora sentándose en el sofá, al lado de Susan.

France detuvo sus pasos y la miró.

—Que cuente, ¿qué?

—Háblanos sobre ese tío... Yrre —pidió Susan.

Lo que años atrás había habido entre ella y Storm, se había quedado entre ellos. Estaba segura de que Susan no tenía ni idea, y eso era algo por lo que estaría eternamente agradecida; no tenía ganas de aguantar celos infundados, puesto que todo ocurrió antes de que la humana apareciera en la vida del líder. Y siendo humana, se veía venir el drama. Antes podía leer su mente, pero desde que tenía a su compañero ya no lo hacía ni podía. Él había protegido la mente de Susan.

Según Storm, lo de tener un hijo con Viggo no tenía demasiada lógica, pero ella no estaba por la labor de hacérselo entender. Storm era inteligente y sabía por qué lo había hecho sin, por ello, causar un trauma a nadie.

—No. —Se fue a ver a su hijo.

Entró en la habitación con cuidado y se sentó a observarlo. De fondo oía el murmullo sorprendido de las mujeres.

Storm junior estaba boca abajo y la cabecita girada hacia ella, sus regordetes mofletes estaban relajados y sus labios algo fruncidos. Le recordaba a Viggo cuando era un bebé, al que, por cierto, solo vio en una ocasión. Para lo que tenía pensado, trató de mantenerse alejada. Lo quería ver como un hombre, uno que había decidido que sería el padre de su hijo, y no

quería sentirse como una asaltacunas, así que durante un tiempo desapareció de las vidas de los otros líderes. Nunca se lo recriminaron ni preguntaron lo que había estado haciendo durante esos años. No dio explicaciones hasta que estuvo embarazada y volvió a su vida normal.

—¿Puedo pasar?

El susurro de Viggo la sacó de sus pensamientos.

—Pasa —concedió. Al fin y al cabo, era el padre de la criatura.

Cuando cerró la puerta, se sentó a su lado en la otra mecedora.

—Tienes a las mujeres preocupadas...

—No voy a hablar de mis problemas con ellas —atajó impidiendo que Viggo fuera más allá.

Hablaban con un hilo de voz.

—¿Tienes problemas? —preguntó poniendo una robusta mano sobre la suya.

France miró hacia el lugar donde sus manos estaban unidas.

—Si no mueves esa manaza de ahí te la rompo.

—Joder. —Viggo se apartó como si se estuviera quemando.

—¿Has venido a ver a tu hijo?

—Claro.

—Pues entonces mantén la boca cerrada.

Viggo miró al pequeño con una media sonrisa.

—He visto cómo lo mirabas —soltó unos minutos después.

—Es el amor de mi vida —contestó con aplastante contundencia.

—¿Es tu compañero?

France levantó una ceja.

—¿Estás loco?

—Podría ser... ya sé que tú puedes elegir, eso hiciste conmigo...

—¿Y crees que voy a hacer lo mismo con nuestro hijo? ¿Por quién me tomas?

Viggo clavó sus ojos en ella.

—France, estaba hablando de Yrre.

—Pues haber empezado por ahí, que ya pareces humano con tu manera de expresarte. Creo que lo de follar con las mujeres de la ciudad te está sentando mal.

—¿Cuántas veces te he dicho que folles conmigo? Soy un semental, hicimos a Junior a la primera...

—Sí, sí, sí. Y además estás muy bien dotado, todo eso ya lo sé. Pero no te elegí como compañero, no te equivoques. Llegaste en el momento oportuno y yo quería un hijo.

—Mierda, te acabas de cargar mi ego.

—Pues no lo infles tanto que no es para echar cohetes.

—Eso díselo a las humanas —dijo guiñando un ojo.

Viggo era tan apuesto como su padre y, aunque se cortaría una pierna antes de admitirlo, era muy bueno en la cama.

—¿Te quedas con Junior un rato más?

—No hay problema.

—Tengo que salir...

—Vas a verlo, bien. Te doy el visto bueno.



—¡No necesito tu permiso, capullo! —gritó en susurros.

Viggo se rio en voz baja.

—Ven aquí.

Se podía haber esfumado desvaneciéndose en el aire, pero dejó que la abrazara. Viggo era especial y sufría todos sus desplantes con un sentido del humor envidiable.

—Cuando vengas...

—No, Viggo. No vamos a retozar.

—Que fina.

—Lo sé...

# Capítulo 7

Alguien la cogió por la cintura al mismo tiempo que apareció en la entrada de la cueva. Y solo había un hombre que osaría hacer eso.

—¡Storm!

—Dime, ¿has soltado ya a mi compañera? —preguntó cerca de su oído.

—¡Suéltame!

Él la dejó ir sonriendo, el muy canalla era un bastardo feliz desde que tenía a Susan en su vida.

—Sí, ya debe estar en casa. Viggo está con Junior —explicó sin ganas.

—Perfecto. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —inquirió ella.

—Les he traído mantas, hay niños ahí adentro, y ahora iré a por más, no son suficientes. En mi defensa diré que Ylva ya me lo había advertido. Ya sabes cómo es, siempre defendiendo a los más débiles. Un par de viajes más y habré terminado —dijo como si ella no hubiera sido nunca consciente de la vena solidaria de Ylva.

—Ah, eso.

—¿Qué haces aquí, France? —volvió a preguntar.

—No tengo que contestar a eso.

Storm levantó una ceja.

—No, pero lo harás.

—Olvídame, Storm. Ve a casa y fóllate a tu mujer, lo estás deseando.

—En eso tienes razón. Solo me estoy asegurando de que no te metes en problemas.

France, que ya había empezado a caminar hacia el interior de la cueva, se giró en redondo.

—Voy a obviar lo que acabas de decir. ¿Quién te crees que eres?

—No te metas en los asuntos de otros clanes, solo hemos ofrecido protección y nada más.

Soltó el aire. Por un momento pensó que había adivinado que se sentía atraída por Yrre. No es que le importara, pero era su vida.

—No lo haré, así que vete tranquilo.

Sonrió de lado, esa sonrisa canalla que desde que tenía a Susan paseaba por todas las malditas montañas.

—Contigo nunca se puede estar tranquilo.

—Que.Te.Follen.

Emprendió el camino de vuelta a la cueva, oyendo a Storm de fondo carcajeándose.

—Te lo digo en serio, France.

—Yo también.

Entró en la cueva atravesando la roca con su poder. No había entrada a simple vista, aunque existía. Pero prefería entrar así.

Había calor dentro, una de las cuatro chimeneas estaba encendida. El humo era canalizado a través de un sistema de ventilación a bastantes metros del lugar, así nadie encontraría su ubicación exacta.

Los niños estaban durmiendo y las madres a su lado. Los hombres

levantaron la cabeza para mirarla. Parecían concentrados en algo que había sobre una roca, un juego, tal vez. Yrre no estaba y sin prestar atención se internó más adentro.

—Si yo fuera tú, no lo haría —dijo Aart, el hermano de Yrre.

—Tú no eres yo, y lo voy a hacer —contestó sin detenerse.

Realmente era la dueña del lugar, ya que las cuevas estaban justamente en sus tierras, a pesar de que las compartía con los otros clanes.

—Está bien, como quieras. Está en las bañeras termales.

Contoneó su cuerpo sabiendo que la observaban y sonrió altiva. Perfecto, se podría deleitar con el magnífico cuerpo de Yrre, si estaba bañándose.

No iba a avisar de su presencia por una simple razón, Yrre ya sabría que estaba allí.

Lo que no esperaba era la imagen que se presentó ante ella. Wica estaba desnudando a Yrre y besaba su pecho, él se dejaba hacer, estaba de espaldas a France y la idiota humana demasiado ocupada como para notar su presencia. Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared húmeda. La pequeña bañera termal dejaba ir vapor, preparada para acoger a cualquiera que quisiera sumergirse en ella.

Wica acababa de bajarle los pantalones de cuero por sus musculados muslos y él levanto primero un pie y luego el otro para deshacerse de ellos quedando completamente desnudo.

Se deleitó con su espalda y sus brazos; tenía un cuerpo bien formado y fuerte, sus ojos siguieron descendiendo hasta encontrar su redondo y firme trasero. A este paso terminaría babeando, era la primera vez que veía a un macho tan completo, y eso que había estado con unos cuantos en su larga vida.

—Deberías decirle que se vaya —dijo sin dejar de observar los movimientos ondulantes de su espalda mientras acariciaba el rostro de la chica, lo cual estaba haciendo que retener sus ganas de cortar el suministro de aire a la humana fuera una ardua tarea.

—No veo la razón para hacer tal cosa, France.

Efectivamente él sabía que estaba allí y ni siquiera se giró para hablar. La humana de piel oscura se estaba arrodillando ante su miembro, que ella no podía ver desde su posición.

—¿Crees que es una buena razón si te digo que como se meta tu polla en esa boca la haré pedazos?

—Define exactamente lo que harás pedazos —exigió con prepotencia.

Y, joder, eso la estaba poniendo cachonda.

—A la humana, tu polla me puede servir para otros menesteres.

—Es una buena respuesta.

Wica no se enteraba de nada, estaba demasiado entretenida tocando el miembro de Yrre, y también estaba el hecho de que no podía oírlos por su obra y gracia.

Wica quedó paralizada y desnuda al mismo tiempo que él se giraba para mirarla.

—¿Quieres algo de mí? —preguntó caminando hacia ella sin ningún pudor por su desnudez.

La parte frontal no tenía nada que envidiar a su parte trasera. Su amplio pecho hacía juego con sus brazos y abdominales, y esa uve que había en sus caderas... Su miembro estaba erecto, grande y latente, y no sabía hasta qué punto no debía despellejar viva a la humana por haber conseguido eso de él.

Con el cabello fluyendo a su alrededor parecía un verdadero guerrero, como lo había sido su padre y todos sus antepasados. Y también parecía tener el mundo a sus pies.

—Lo quiero todo de ti, y también hacerte algunas preguntas —dijo finalmente. A cargarse a Wica siempre estaba a tiempo.

Él apoyó las manos en la pared y pegó su cuerpo al de ella. Se agachó y la besó. No fue un beso suave; su lengua la buscó, y después de encontrarla y acariciarla con la suya, mordió su labio inferior.

—Joder, eres adictiva.

—Lo sé.

—Y también modesta —dijo con una sonrisa salvaje, pegado aún a sus labios.

—No tengo por qué serlo, soy atractiva y me quiero demasiado.

—Me gustan las mujeres seguras de sí mismas —admitió besando su cuello.

France miró por encima del hombro de Yrre y vio a Wica de rodillas mirándolos.

—¿Piensas dejarla ahí?

—No ve ni oye nada.

—Que grima. —Fingió un escalofrío.

—No la mires —aconsejó él cogiendo su cara entre las manos.

\*\*\*

Tener a France entre sus brazos era todo lo que quería. Sabía que vendría en algún momento. Aunque ella no fuera consciente, sus cuerpos tiraban el uno del otro, y eso era un hecho constatado.

—Te voy a desnudar —anunció un segundo antes de hacerlo. Su ropa desapareció con solo un pensamiento.

—No voy a poner pegas a eso.

La elevó en el aire. Con los muslos apoyados en sus hombros, su sexo quedó a solo un par de centímetros de su boca.

—Eres realmente preciosa —dijo justo antes de pasar su lengua entre sus pliegues.

France agarró su pelo y gimió.

—Más —pidió.

Y besó su clítoris, lo succionó e introdujo la lengua en su centro, follándola con la misma pasión con la que lo iba a hacer con su polla. Sus manos aferraban los firmes glúteos femeninos, acercándola más a su boca. La estaba devorando mientras ella se retorció encima de él.

—Sí —gimió mientras se corría sobre su rostro.

Le gustaba todo de ella y ahora debía añadir que también su sabor.

Levantó sus muslos y ella resbaló hacia abajo pegada a su cuerpo. Necesitaba estar dentro de ella.

—Quiero poseerte.

—Y yo a ti.

Entró en ella de un solo envite logrando que los dos gimieran. Su centro estaba resbaladizo y era estrecho y eso lo estaba volviendo loco. Ninguna hembra había conseguido nunca llevarlo hasta el extremo de no querer salir

de ella. France le estaba dando un placer distinto, más profundo y más íntimo. Y él sabía por qué.

Su mano encontró uno de sus pechos mientras la besaba sin dejar de moverse, ella se ayudaba con sus piernas que estaban entrelazadas en su espalda, retorció un poco el pezón y ella soltó un grito dentro de su boca.

—Córrete para mí.

Y como si solo hubiera necesitado oírlo de sus labios ella lo hizo, el orgasmo la consumió igual que a él, que gruñó contra su boca abrazándola con fuerza. La llama ardiente que se había encendido entre los dos se avivó y después fue descendiendo. Mantuvo los ojos cerrados, atesorando el momento.

—Oh, oh —La expresión cantarina de France no auguraba nada bueno.

—¿Cómo has podido? ¡Te odio! ¡Os odio a los dos! —Y esa era la voz de Wica.

«Mierda».

Con la pasión del momento había liberado a la humana. Se giró con su polla aún sepultada en France, pero solo la vio salir corriendo. La vistió con la mente antes de que alguien se cruzara con ella.

—Pues sí que lo has dado todo —dijo France sonriendo.

La muy cabrona parecía satisfecha. Y él no era más que un despojo, no había querido hacer daño a Wica. Era una buena chica y tenía que haberla respetado.

—Estaba demasiado... ocupado.

—Ya. —Le dio un beso fugaz en los labios, se dejó caer hasta plantar los pies en el suelo de roca y se metió en una de las pequeñas bañeras de agua caliente.



—Voy a hablar con ella —dijo él, vistiéndose.

—Sí, es mejor que lo hagas tú. Yo tiendo a ser un tanto violenta.

Levantó una ceja. Lo del odio por los humanos debía ser cierto.

—France, es una buena chica.

—Ha dicho que me odia —dijo altiva desde el agua.

—Es una manera de hablar, está dolida.

—Más le va a doler como le ponga las manos encima.

—Mejor que no lo hagas, ¿de acuerdo? Déjame arreglarlo.

Ella lo miró y asintió.

—Antes has dicho que querías preguntarme algo.

—Puede esperar. —Si no arreglaba antes este embrollo se iba a arrepentir.

Se vistió y salió hacia el lugar por donde suponía que había ido Wica.

Y con su suerte, se la encontró rodeada por las mujeres del clan hecha un manojo de nervios y llorando.

—Líder, creo que deberías irte —le dijo con tono mordaz Rowena, la esposa de Aart.

—Dejadnos a solas, hablaré con ella.

—¡No! —gritó Wica.

—Ella se había enamorado de ti, nos lo dijo antes de partir —explicó otra de las mujeres.

Wica lo miró a través de las lágrimas.

—Te expliqué, hace tiempo, que no podías enamorarte de mí —dijo mirándola también.

—¿Por qué?

Joder, esto se estaba poniendo difícil.

—Ellas te lo pueden explicar. Pero quiero que sepas que no era mi intención hacerte daño.

—¡No! Explícamelo tú, ¿tan cobarde eres?

# Capítulo 8

Ningún componente de su raza hablaba así a un líder, y mucho menos un humano, sin recibir un castigo. En muchas ocasiones la muerte era el mejor de los castigos si antes no había sido torturado.

Y esa puta acababa de hablarle así a su líder, a Yrre. France caminó decidida guiada por las voces. Seguía jurándose a sí misma que si acababa con la humana sería solamente por esa razón, si Yrre no lo hacía antes.

—¿No dices nada?! —exigió Wica.

—Shh, niña —le advirtió una de las mujeres—. No hables así.

—¿Sabía que te acostabas con otras mujeres, lo sabía! Pero desde que huimos solo me querías a mí... y aparece esa..., esa loca, y te acuestas con ella sin tener en cuenta mis sentimientos.

¿Loca? Ella no estaba loca. Wica iba a sufrir antes de morir.

—No te dirijas a ella así, la respetarás en todo momento.

France ya había llegado hasta ellos, pero frenó en seco ante las palabras de Yrre.

—¿No respeto a las furcias!

—¿Wica! —exclamó otra mujer.

—¿Cómo la has llamado? —La profunda y amenazante voz del líder debería ser suficiente para atemorizar a cualquiera.

France terminaría boqueando como un jodido pez si no intervenía. La defensa del líder hacia ella la estaba dejando noqueada. Ningún macho había

actuado así a su alrededor, todos daban por sentado que ella sola se bastaba.

—¿Qué mujer en su sano juicio va medio desnuda por estas montañas? Eso solamente me indica que es una fulana dispuesta a entregarse a cualquiera.

Yrre apretó los puños, ella podía verlo desde detrás. No es que conociera mucho al líder, pero eso no era una buena señal en ningún macho.

El resto de hombres se colocaron a su lado y observaron la escena con curiosidad.

—Si vuelve a salir una sola palabra sucia de tu boca, atente a las consecuencias, Wica. No olvides con quien estás hablando —advirtió de nuevo el líder.

Era demasiado blando para su gusto, ella ya le habría arrancado la piel a tiras.

—¿Por qué? —susurró Wica entre lágrimas.

Yrre no contestó, pero las hembras, las mismas que intentaban consolar a la humana, tenían tanta curiosidad como los hombres a su lado.

Dio un paso al frente para estampar a la mujer contra la pared, con solo levantar su mano desde la distancia, cuando notó un peso en su hombro. Miró a Aart y clavó sus ojos en los del hermano de Yrre, unos ojos muy parecidos a los del líder, y con solo esa mirada el macho apartó la mano negando con la cabeza al mismo tiempo. ¿Le estaba pidiendo que no interviniera?

—¿Por qué ella?! —volvió a preguntar la humana.

Podía ver la espalda tensa de Yrre. Parecía que se resistía a contestar.

—¡Contéstame! He tenido que soportar tus desplantes durante mucho tiempo.

Ya no lloraba; se envalentonaba, lo cual estaba a punto de terminar con su paciencia, que normalmente era poca.

—Creí...

—¿Creíste que no sabía que había otras? —cortó ella.

—Te lo repito, nunca he querido herirte.

—¿Qué he sido para ti? ¿Lo mismo que las otras? ¿Ella también es un pasatiempo?

Ya está, le iba a hacer explotar la cabeza y se iba a terminar la discusión. Y le daba exactamente igual que los sesos de esa tía se esparcieran por todas partes. Era consciente de que había una cúpula sobre ellos, una débil que cualquiera podía traspasar, pero no un niño. Supuso que los estaban dejando fuera de este teatro.

—No, ella es mi compañera —soltó Yrre señalando hacia detrás sin girarse.

Se oyeron varios jadeos de sorpresa y France miró su dedo que apuntaba hacia ella, se giró para buscar a la compañera de Yrre. Maldito cabrón, tenía compañera y se acababa de liar con ella.

Una carcajada invadió el espacio.

—Nena, creo que habla de ti —dijo Storm acercándose a ella, aun riéndose.

—¿Y tú qué coño haces aquí?

—Eso ya me lo has preguntado antes. No entremos en un bucle y atiende.

—¿Cómo voy a ser su compañera? ¿No se supone que debería saber algo así?

—Se supone. Pero, admitámoslo, eres un tanto rarita.

—¿Qué soy qué? —Se llevó una mano a la frente—. Esto no está pasando —dijo para sí misma.

—France... —Yrre se estaba acercando a ellos.

—No te acerques a mí —exigió señalándolo con un dedo acusador, lo que hizo que el macho se detuviera y le lanzara una mirada severa, que, dicho sea de paso, le importó una mierda. Le gustaba este hombre, pero no había tenido ningún síntoma de esos de pareja. Si hubiera notado algo habría corrido en dirección contraria.

—Joder, como me alegro de estar aquí. Cuando lo cuente en el consejo no me van a creer —declaró Storm.

—Tú vas a estar callado. ¿No tenías que estar follando o algo así?

Los jadeos de sorpresa y las miradas reprobatorias de las mujeres llamaron su atención. Sin embargo, algunos hombres contuvieron la risa a duras penas.

—Pandilla de estrechas.

—¡France! —Yrre levantó la voz en una clara advertencia.

—¡¿Qué?! ¿Se puede saber qué te has sacado de la manga? Si me estás utilizando para librarte de la humana tonta voy a cortarte los huevos.

Sabía que si no echaba chispas por los ojos estaba a punto.

—Si se me permite hablar... —empezó Storm—. Yrre, debo advertirte de que France nunca amenaza en balde, cuida tus partes nobles. Yo de ti, solucionaría esto inmediatamente.

Vaya, Storm, al menos, estaba de su parte. Aunque también se lo estaba pasando en grande, el muy cabrón.

—¿Y a vosotros dos qué os une? —preguntó Yrre bastante cabreado, o celoso, a saber.

—No es que te deba ninguna explicación, pero, nos une un nieto —soltó a bocajarro.

Si era verdad que ella era su compañera de vida, la noticia lo iba a joder bien.

—¿Tienes un nieto? —inquirió levantando una ceja y más cabreado aún.

—Tengo un hijo.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—No tienes compañero, joder. ¿Cómo has podido tener un cachorro?

—Es un niño, y sí, lo he podido tener sin compañero. Y, por cierto, ni lo tengo ni lo quiero.

El dolor en los ojos del líder traspasó su coraza. Acababa de herirlo.

—¿Y quién es el padre?

—Yo.

Todas las miradas fueron a parar a Viggo, que entraba en ese momento.

—¿Va a venir alguien más? Tal vez deberíamos reunir al consejo —dijo ella de modo sarcástico.

—A ver si me aclaro. —Esta vez fue Aart el que habló—. ¿Tienes un hijo con ese hombre sin ser compañeros?

—En mi linaje, las mujeres podemos tener hijos con quien nos dé la gana.

Se oyó una risita histérica.

—Vaya mierda de compañera te ha caído, Yrre. Que os jodan a los dos.

Wica no tuvo tiempo de salir hacia otra cueva. France se plantó ante ella y agarró su cuello con una sola mano.

—Normalmente suelo ignorar a las humanas. Pero tengo un especial interés en ti, básicamente en saber cómo crujen tus huesos bajo mi mano.

—¡France! —No diferenció demasiado bien de quiénes venían los gritos. Tampoco es que le interesara.

—Vamos, nena. Suéltala, no vale la pena. Es una simple humana. No quieres enfrentarnos a este clan por esto, ¿verdad? —Storm estaba detrás de ella y sus manos se apoyaban en su cintura mientras le hablaba al oído.

Los ojos de Wica estaban llenos de lágrimas y desorbitados. Se aferraba a su muñeca con las dos manos y el temor ante su inminente muerteapestaba todo el lugar.

—Tú lo has dicho, es una simple humana. No va a haber ningún enfrentamiento.

Apretó su agarre. Pero Yrre se plantó detrás de Wica y los miró fijamente, sus ojos iban de Storm a ella.

—France. Es su mascota, si te la cargas vamos a tener problemas. —Storm seguía hablando y tratando de convencerla.

Los ojos de Wica fueron a Storm, incluso en el mal momento en el que se encontraba sus iris destilaban furia. Era una humana con agallas, después de todo.

—¡Suéltala! —ordenó Yrre.

¿Estaba defendiendo a la humana? Este hombre no la conocía, no tenía ni la más remota idea de lo que era capaz de hacer.

—Estoy tratando de convencerla para que no mate a tu perra —gruñó Storm.

—Y yo te he dicho que la sueltes.



¿Se refería a Storm? ¿Quería que Storm apartara sus manos de ella?

—La suelto, pero si se carga a la humana, no me culpes.

France frunció el ceño. Wica no parecía importante en este momento.

—France es mía, mi compañera —dijo el líder de manera contundente.

Ya no pudo más, lanzó a Wica contra la pared y se plantó ante él. Oyó el quejido de la humana de fondo y sintió una gran satisfacción. Algunas mujeres corrieron a socorrerla.

—No soy tu compañera, no soy nada tuyo. Hemos follado y punto. Y ponle una mordaza a esa zorra o no va a vivir para contarlo, ¿estamos?

—Joder, ¿vas a follar con todos menos conmigo? —se lamentó Viggo.

Yrre giró su cabeza lentamente para encararse con el padre de su hijo. Este tenía una sonrisita petulante en sus labios. Acababa de bromear, algo que dudaba que Yrre hubiera apreciado.

Sus dudas se disiparon en cuanto Viggo abrió los ojos de manera desmesurada y se llevó las manos al cuello, entendiendo que el líder le acababa de cortar el suministro de aire.

Y todo ocurrió en un segundo. Storm se lanzó hacia Yrre y le asestó un puñetazo en la cara que lo hizo retroceder varios metros, empotrándolo en la pared y haciendo que varios trozos de roca volaran por los aires. Las mujeres gritaron y corrieron hacia el otro lado de la sala. Yrre se recuperó enseguida y se abalanzó sobre Storm. Se estaban sacudiendo el uno al otro, y estaban en igualdad de condiciones.

Yrre soltó el agarre sobre Viggo y este empezó a toser y a meter bocanadas de aire en sus pulmones.

Cuando los hombres dieron un paso adelante para defender a su líder se encontraron con una barrera invisible que no los dejaba avanzar.

—Quietos ahí —dijo señalándolos.

Viggo también intentó mediar en la pelea.

—Tú también.

—Alistair se va a cabrear por esto.

—¿Acaso ves que me importe? —Se apoyó en la pared y cruzó los brazos por debajo del pecho sin perder de vista el espectáculo.

Incluso se deleitó con los movimientos elegantes de los dos mientras se movían como si se tratara de un baile, calibrándose el uno al otro.

—¿Disfrutas con esto? —preguntó Viggo.

—¿Con ver cómo dos hombres defienden mi honor? Oh, sí. —Hizo una mueca cuando los dos machos chocaron sus cuerpos entre sí y siguieron vapuleándose.

—No están defendiendo tu honor, joder France, baja de la nube.

Yrre no estaba usando sus poderes, y ella sabía que estaban muy por encima de los de Storm, lo cual le estaba dando poderosas razones para creer que era un hombre íntegro y honorable.

—¿Dónde está Junior?

—Lo he dejado con las mujeres. Mi padre ha ido a buscarme para que lo ayudara a traer más comida. No los quiere merodeando por las montañas —dijo señalando con la barbilla a los hombres retenidos por ella.

Los lobos de los hombres también intentaban pelearse entre sí, pero ella no lo permitió.

—Bien, reúnete con ellas y protégelas. Alistair deberá estar preparado.

—¿Intuyes consecuencias?

—Las intuyo —aseguró.

—Mierda.

Los dos miraron a los hombres.

—¿Vas a dejar que se maten?

—Oh, no lo harán, son lo suficientemente inteligentes.

—Mi madre se va a cabrear por esto. No le gusta ver a mi padre magullado.

—Es humana —dijo como si con esa frase quedara todo explicado.

# Capítulo 9

Yrre se levantó del suelo y echó un vistazo a su alrededor. ¿Dónde coño estaba France? Le había soltado que era su compañera, sin darle ninguna otra explicación. Si tenía en cuenta el genio que se gastaba la hembra...

—Papá, dejadlo ya. France me ha dicho que vaya con las mujeres.

Storm se estaba sacudiendo la ropa y se limpió el labio ensangrentado con el dorso de la mano.

—Joder, pegas con estilo, capullo.

—Que te jodan. ¿Dónde está France?

—Y yo que sé. Va y viene, nadie controla a esa mujer.

Yrre apretó los puños. Tenía que irse ya, sus hombres lo estaban esperando. Y agradecía que no hubieran intervenido en el altercado.

Señaló a Storm.

—Cuida de ella hasta que vuelva.

Storm dio un paso adelante.

—No necesita que nadie la cuide, gilipollas.

Yrre fue hacia él de nuevo y lo empujó poniendo las manos en su pecho.

—¡Es mi compañera! Dijiste que nos ayudaríais, es lo último que te pido. Hasta que sepa lo que está pasando, quiero que la protejas.

—Oye, aunque quisiéramos hacerlo, France es France y nunca lo permitirá —expuso Viggo.

Esta vez fue Storm el que se puso delante de Yrre, eran de igual altura, aunque Storm no tenía la espalda tan ancha como el líder del clan de Canadá,

—¿No será que tenemos que protegerla de ti? Y quiero que quede claro que no puedes atacar a nadie del clan. Viggo solo estaba bromeando.

Yrre miró a Viggo e inclinó la cabeza un segundo.

—Te pido disculpas entonces. Pero no vuelvas a hacerlo, o la próxima no aflojaré mi agarre.

—Disculpas aceptadas. —Después se dirigió a su padre—. Me largo.

Storm asintió viendo a su hijo ir en busca de la salida.

—En cuanto soluciones tus asuntos, vuelve y llévate a tu gente.

—Así lo haré.

Storm empezaba a desvanecerse, pero pareció recordar algo.

—En cuanto a France, más vale que estés seguro de lo que haces y que eso que os une sea real. No quieres ver a esa mujer cabreada, es un infierno.

Yrre iba a hacer algunas preguntas rápidas, pero el otro líder ya no estaba.

\*\*\*

—¡Alistair! Reúne a tu clan en el consejo —ordenó France dejando a su pequeño sentado en el trono que le pertenecía a ella.

Alistair apareció junto a su padre, Tahiél. Val caminaba tras ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Espera a que venga Storm.

Tahiél frunció el ceño.

—¿Dónde está?

—Dándole una paliza a Yrre, o al revés, no lo tengo muy claro.

Neoh apareció junto a Elm y Elián, sus hermanos.

—¿Cómo? —preguntó consternado.

—Eso no importa ahora...

Observó a los componentes del clan. Por segunda vez, en más o menos treinta años, tenían que refugiarse de nuevo.

—¡France! Debiste impedirlo, ¿es por eso que estamos todos aquí? ¿Se han vuelto contra nosotros?

—Ah, no. Storm solo le está dando una pequeña lección de lo que no debe hacer.

—¿Y qué se supone que ha hecho? —Esta vez fue Alistair el que preguntó mientras ocupaba su trono y su compañera, Ylva se sentaba en su regazo.

—Intentó asfixiar a Viggo.

—¿Qué? Eso es inadmisibile —decretó el líder envarándose.

—No creas. Viggo lo merecía.

Neoh levantó una ceja.

—Un líder no pierde los papeles sabiendo que tres clanes podemos terminar con ellos.

—Sí, si cree que su compañera ha sido difamada. —Storm apareció con la cara magullada y sus ropas rasgadas.

—¡Storm! ¿Estás bien? —Susan corrió al lado de su macho—. Estás hecho un desastre.

—Sí, pero el otro está peor, nena.

Besó a su compañera con tal pasión que estaba segura de que varios de los presentes se habían empalmado. Y es que Storm era así de intenso, ella lo sabía bien. Aunque en su momento no supo valorarlo.

Sacudió la cabeza para desviar esos pensamientos.

—¿Viggo, ha faltado al respeto a la compañera de Yrre? —preguntó Elm extrañado.

—Y lo más importante, Yrre, ¿tiene compañera? No la nombró cuando estuvo aquí —inquirió Elián, dando la mínima importancia a Viggo.

—La tienes delante de ti —anunció Storm con total naturalidad.

Todas las miradas fueron a ella, las de todos los presentes y las de las mujeres que venían desde la parte de atrás, seguramente habían estado adecentando las pequeñas cuevas que hacían la función de habitaciones. Hasta Helios, el curandero, parecía sorprendido.

Puso los brazos en jarras y sopló levantando su propio flequillo con el aire de sus pulmones.

—¿Aun sigue con eso? Debiste romperle la cabeza —soltó dirigiéndose a Storm.

—Lo he intentado, créeme. Pero es un tipo duro.

—Está bien, no volveré a bromear en su presencia. El líder no tiene sentido del humor —dijo Viggo haciendo una mueca.

—¡Pero eso es una gran noticia, France! —exclamó Aisha tapándose la boca emocionada.

Ya estaban las humanas y sus cursilerías, maldita sea.

—No, no lo es. Y ahora pasemos a las cosas que realmente son importantes.

—¿No deberías haberlo notado? Lo de ser la compañera de un macho, me refiero —Viggo no tenía intención de dejar ir el tema, por lo visto.

Estaba empezando a cabrearse de verdad.

—¿Tú me has visto? —soltó señalándose con su propio dedo—. Soy realmente atractiva, ese tío solo siente atracción por mí. Está confundiendo los síntomas.

—¿Sabes lo que es la modestia? —preguntó Aisha divertida.

—Ese día me salté la lección, cariño —dijo irritada, lo que provocó algunas carcajadas.

—No confunde los síntomas. Ya sabes que eso es imposi...

—¡Basta, Viggo!

—Ya estamos todos —anunció Otto.

Ella levantó los escudos que los protegían del exterior, encerrándolos ante posibles ataques.

—Bien, he percibido algo cuando he estado en la cueva.

—Yo también —admitió Storm.

—Ya sé lo que has notado, France. Si no Wica no se habría cabreado —expuso Viggo con sorna.

—No me refiero a eso, y no te voy a hablar de mis citas sexuales, joder. —Viggo tenía el poder de sacarla de sus casillas.

—¿Te lo has tirado? —preguntó Lidia.

Puso una mano en su frente, cansada de tanta idiotez.

—Sí, y ha cabreado a la humana que supuestamente mantiene una relación con Yrre —explicó Viggo.

—¿Es tu compañero y mantiene una relación con una humana? —



preguntó Val, extrañado.

—Nadie es perfecto. —Y ni ella misma sabía por qué lo estaba defendiendo.

Todos tomaron asiento y el más absoluto silencio se apoderó del lugar.

—¿Qué habéis percibido? Nada bueno, imagino —Alistair la miró serio retomando el tema.

—Traición —dijo Storm.

—Sí, fueron traicionados, eso dijo Yrre —admitió Elm.

—Solo que el traidor estaba allí —decretó.

—¿En las termas? —preguntó Viggo.

El hijo de Storm no tenía el suficiente poder para haberlo notado.

—Sí —afirmó ella.

—Pero ¿habéis barrido sus mentes?

—Una por una —admitió Storm.

Ella asintió. Y Aisha los miró sorprendida.

—Tenéis el suficiente poder para...

—Sí, pero para mí ha sido imposible encontrar al traidor —volvió a admitir Storm.

Ella se negaba a decirlo en voz alta, se suponía que tenía más poder que todos los que estaban aquí.

—Algo o alguien estaba protegiendo sus mentes —dedujo France.

—Algo a alguien más poderoso que tú —afirmó Neoh.

—Eso parece —dijo con fastidio.

—¿Yrre? —inquirió Elián.

—Me temo que sí —admitió.

—¿Crees que nos pueden atacar? —preguntó Ylva.

—Ellos no, no son suficientes. Pero puede ser que el traidor que está entre las filas de Yrre nos traiga una guerra. Y no pondremos en peligro a nuestros pequeños.

—¿Estamos aquí por si acaso? ¿Qué es esto, France? ¿Una especie de palpitación?

France se levantó para encararse con Otto.

—Lo que te pase a ti y a tu clan me importa una mierda, así que estás en tu derecho a salir de aquí y seguir con tu vida.

Otto se encogió en su asiento. Aun así, le volvió a plantar cara.

—¿Y qué hacemos escondernos aquí, como gusanos bajo tierra?

—¡Basta, Otto! —Storm le daba cierta confianza a su hombre, pero no permitiría que cruzara el límite.

—No, Otto. Protegemos a nuestra gente. Los líderes y los guerreros saldremos ahí a impedir que algo que no nos concierne llegue hasta nosotros —explicó Alistair ante la impaciencia de France, que parecía que iba a comérselo vivo.

—Necesitamos que alguien haga la función de un líder se quede aquí, y ese serás tú.

—Estoy de acuerdo.

Maldito idiota, lo que estaba era acojonado.

En cuanto a Yrre, ese tipo que cada vez que abría la boca ella mojaba las bragas, iba a tener más que palabras con él. Aunque, para ser honestos, ella nunca llevaba bragas, se marcaban con sus modelitos y eso no era nada

glamuroso.

¿Sería Wica la traidora? ¿Una puñetera humana podía hacer tambalear a todo un clan? Tenía que descubrirlo.

—En el clan de Yrre también hay niños —decía en aquel momento Viggo—. Yo digo que los protejamos a ellos y a las mujeres.

—Lo de los niños me parece bien, pero primero investigaré a las mujeres.

Ariadna se levantó de su asiento.

—¿Son humanas?

—Solo una.

—¿Desconfías de ella?

—Nooooo —dijo alargando la vocal.

—Vamos, France, no sabemos si es ella.

Levantó una ceja.

# Capítulo 10

Yrre se reunió con sus hombres. Estaban sentados sobre diferentes rocas en una de las cavidades que se adentraban en la cueva principal. Allí parecía haber suficiente intimidad.

—No nos vamos a mover de aquí —decretó observando las reacciones de cada uno de ellos.

—¿No? —contestó su hermano Aart— ¿No se supone que debemos recuperar lo que es nuestro?

—En efecto. Pero intuyo que no va a ser una sorpresa para nadie que aparezcamos allí.

—Por supuesto, Agor sabe que iremos —rebató

—Pero no está en constante vigilancia porque espera el aviso de alguien.

Ahora sí se sorprendieron.

—¿Cómo?

—Tenemos un topo. Y estoy seguro de que, a estas alturas, Agor ya sabe dónde estamos. Así que no descuidaremos a nuestra gente.

—Mierda. ¿Sabes de quién se trata?

—Sí.

—¿Y no vas a hacer nada? —preguntó Wulf.

—De momento, no. No actúa por su cuenta, tiene a alguien detrás.

Los hombres se miraron entre ellos.

—Doy por sentado que no está ahora aquí, entre nosotros, tus hombres — argumentó Sceadu.

—¿Qué coño insinúas? —inquirió Fugol.

—No, no está aquí —cortó antes de que comenzara la disputa.

Se levantó.

—Vuelvo en un par de horas. Vigilad el entorno.

Todos asintieron.

Media hora más tarde estaba sentado junto a Alexo en la orilla del río. No necesitaba que el resto del clan estuviera al tanto de la traición de uno de los dos ancianos que habían huido junto a él. El hombre ni siquiera recordaba su edad y su compañera de vida aún seguía con él, por eso cumplían año tras año sin ser conscientes del paso del tiempo. Su apariencia era la de un mortal de unos treinta y cinco años.

—Lo has descubierto —dijo Alexo apesadumbrado, pero con una fiereza innata en su mirada.

—¿Creías que no lo haría? —dijo apretando la mandíbula.

—Era cuestión de tiempo, lo sé.

—¿Por qué, Alexo?

—Primero dime cómo lo has sabido, ¿he perdido facultades?

—No voy a darte esa información.

El macho se levantó y se paseó por delante de él.

—No tomaste la mejor decisión, Yrre.

Lo contempló, llevaba el pelo recogido en un moño alto y la barba era puntiaguda y tan larga que le llegaba casi al pecho.

—¿La de huir para salvar vuestras vidas?

—La de no dar el brazo a torcer con Agor.

—¿Pretendes que lidere nuestro clan alguien a quien no le pertenece hacerlo?

—Agor es un guerrero, no es que me caiga especialmente bien, pero tiene mano dura.

—¿A qué te refieres? No creo que un líder deba torturar a sus guerreros para que sean mejores, ni elegir una mujer a dedo cada noche sin tener en cuenta si la hembra quiere o no. Y ya no hablemos del comercio de pieles. No permitiré que mueran más animales porque esa industria pague bien. Son nuestras tierras Alexo, debemos cuidarlas. Con la venta de nuestro pescado ya nos ganábamos bien la vida.

Alexo se lo quedó mirando.

—Necesitamos más que eso, nuestros hijos y nietos quieren ir a la universidad. Los tiempos han cambiado.

—Me parece perfecto, pero entonces podemos buscar un trabajo en las ciudades.

—¿Trabajar por un sueldo? ¿Cómo un humano?

—Exacto, tenemos dos manos perfectamente adecuadas para hacer cualquier tarea.

—Yo no me mezclo con humanos. —Su voz destilaba amargura y asco.

—Entonces sigue pescando y vende tus capturas. Pero no vas a matar más osos para después arrancar su piel, ni zorros ni visones. Su carne no se aprovecha y es nuestra maldita fauna.

—Lo pagan muy bien.

Se levantó y se pasó una mano por el cabello.

—Si no estabas de acuerdo con nosotros, ¿por qué has venido?

—Por mi compañera. Ella piensa igual que tú.

Joder.

Se puso delante de él, intimidándolo solo con su cuerpo.

—¿Sabe Agor que estamos aquí?

—Sí, y no creo que tarde mucho en aparecer.

Lo cogió por la pechera del abrigo que llevaba.

—¿Has puesto a nuestra gente en peligro deliberadamente?

—Ellos no van a atacarnos si tú te avienes al convenio. —Notó el hedor de la mentira y el miedo.

—No estuve de acuerdo días atrás y no lo estaré ahora. Esas tierras me pertenecen, nos pertenecen a Aart y a mí. Y el que quiera vivir en ellas tendrá que cumplir con nuestras leyes, las de nuestra raza.

—Entonces habrá una guerra, Yrre.

—Que así sea.

—Quiero volver a Canadá, estaré al lado de Agor. Mi compañera me seguirá. He sido demasiado blando con ella.

—Eso debiste pensarlo antes, Alexo. Dices que Agor tiene mano dura. Pero sabes cómo se paga una traición, ¿verdad?

El anciano se rio.

—No vas a hacer nada. Si me ejecutas, mi compañera morirá y la aprecias demasiado.

—Voy a hacer algo peor que eso. Te despojo de tu inmortalidad y de todos

tus poderes.

—¿Qué?

\*\*\*

France notó una presencia en su habitación y automáticamente se puso en guardia. Su hijo estaba en la habitación de al lado durmiendo y no permitiría que nadie lo pusiera en peligro.

—No temas, no le haré daño.

Se sentó de golpe en la cama.

—¿Yrre? ¿Cómo te atreves a aparecer en mi casa sin ser invitado? —Esas cosas solo las hacía Storm muchas décadas atrás, y solo para cabrearla.

Maldito hombre, hacía lo que quería cuando quería. Yrre parecía hacer lo mismo.

—Te fuiste sin despedirte, France.

—No tenía nada más que decir.

Se sentó en el borde de la cama y soltó el aire.

—¿Qué haces?

—France, siento habértelo soltado a bocajarro, no mereces esto.

—Lo superaré.

Salió de la cama tal como iba: desnuda. Estaba encantada con su cuerpo y nunca había tenido problemas para mostrarlo.

—Debo admitir que lo oculté —continuó él.

—Eso es algo que no puedes hacer.



Yrre arqueó una ceja al mismo tiempo que se levantaba de la cama.

—Te deseo.

—Pues no lo hagas.

—Esa no es la respuesta correcta.

Lo señaló con un dedo, dando un paso atrás conforme él se iba acercando.

—No creas que voy a caer a tus pies como hacen el resto de hembras.

—Oh, sí lo harás.

—Ni de coña ...— Pero ya tenía a Yrre encima.

Su boca hizo contacto con la suya de inmediato. Su lengua respondió como si tuviera vida propia y comenzó una danza tan desgarradora que terminó deseándolo con toda su fuerza. Lo que este hombre conseguía de ella ningún otro lo había logrado.

Cuando la mano de Yrre descendió por su clavícula lentamente, se estremeció. Iba lento, atesorando el momento, dibujando su piel. Parecía estar memorizándola. Ella empezó a quitarle ropa; sacó el grueso jersey por su cabeza, despegando un momento los labios de los suyos para después seguir besándose.

Su amplio pecho quedó al descubierto y se pegó a ella cuando sus dedos entraron en contacto con sus pliegues más íntimos. Profundizó el beso de nuevo dejándose llevar por las sensaciones. Cuando esos dedos invadieron su sexo soltó un gemido.

—Estás tan mojada... —susurró contra sus labios.

Entró y salió lentamente, demasiado lento para su gusto. Hasta que notó el pulgar sobre el clítoris haciendo presión y haciendo pequeños círculos. Echó la cabeza hacia atrás y sintió la lengua de Yrre dejar una huella húmeda desde

la base del cuello hasta la barbilla para después darle un suave mordisco. De repente retiró los dedos de su interior y la levantó.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué haces? Eso me estaba gustando.

—No tengo suficiente de ti.

Envolvió las piernas en sus caderas.

—¿Y has venido a rematar el trabajo?

—Se podría decir que sí. Pero también porque me atraes... mucho.

—Wica estaría más que dispuesta a complacerte.

Yrre se detuvo en su camino hacia la cama.

—No hables de ella ahora, no quiero a nadie entre nosotros...

Ella se apartó un poco poniendo las manos sobre sus hombros.

—No empieces otra vez con lo de los compañeros. No lo somos, Yrre — decretó seria.

—Ya veremos.

No tuvo tiempo de replicar ya que estaba rebotando sobre el colchón. Él se estaba sacando los pantalones de cuero y quedando magníficamente desnudo.

—No estás nada mal —dijo apoyándose sobre los codos y admirando la enorme erección que lucía con orgullo.

—Soy perfecto —contestó él con soltura.

Puso los ojos en blanco e hizo un barrido mental en la mente de Junior; estaba plácidamente dormido.

—Yo sí que soy perfecta —declaró abriendo las piernas y mostrándose sin ningún pudor.

—Joder, lo eres.

Lo siguiente que vio fue a Yrre con la cabeza metida entre sus muslos. Había utilizado su gran velocidad para desplazarse tan solo un par de metros. Y maldita lengua la suya, tenía una maestría envidiable. Se dejó caer hacia atrás y disfruto de los movimientos que hacía alrededor de su entrada, no iba al clítoris, lo que la estaba volviendo loca. Las grandes manos del hombre anclaron sus caderas al colchón y el macho se dio un festín a su costa, aunque no pondría pegas a eso.

Cuando empezó a succionar su montículo las sensaciones se multiplicaron y un cosquilleo empezó a subirle por la columna.

—Quiero que te corras en mi cara —dijo contra su carne.

No hizo falta que se lo pidiera dos veces; se dejó ir con un grito y se estremeció hasta la punta de los dedos de los pies. Este tío sabía lo que hacía.

—Así nena. Me estás matando —dijo al mismo tiempo que la giraba boca abajo.

Aún seguía respirando de manera desacompasada cuando él levantó su culo y la penetró por detrás de una sola estocada. Se sintió tan llena que estuvo a punto de tener otro orgasmo. Yrre apoyó el pecho en su espalda y apartó su pelo haciéndolo caer por encima de su hombro, se giró para buscar sus labios. Se movía despacio en su interior mientras la besaba abrazando su cintura de manera firme.

—Algún día este culito será mío también.

—Eso te lo vas a tener que ganar, Yrre.

Él soltó una sonora carcajada y le dio una palmada en un glúteo. Se movió más deprisa haciendo que los dos no pudieran parar.

—Joder —dijo sin contenerse.

—Pienso... lo mismo.

Una mano viajó hasta su centro y masajeó el nudo de nervios. Solo le faltaba eso para correrse de nuevo. El orgasmo la atravesó y la llevó a lo más alto. Yrre gruñó y se vació dentro de ella. La abrazó con fuerza mientras se quedaba quieto en su interior. Cerró los ojos, esto había sido un señor polvazo, de esos que no se olvidan fácilmente.

Entonces lo sintió, algo muy potente invadió su cerebro y a pesar de sus poderes no pudo hacer nada. Todos los pensamientos de Yrre atravesaron su mente. Imágenes corrían ante sus ojos. Yrre siendo un niño, Yrre siendo un adolescente, Yrre enfrentándose a un macho, su primera pelea. Yrre viéndola por primera vez y sintiendo como su corazón se expandía, lo mismo que ahora le estaba pasando a ella. Ningún hombre de su linaje había visto jamás sus pensamientos, pero Yrre sí lo había hecho, incluso los malditos celos que sintió cuando lo vio con Wica. Se revolvió, iba a matarlo en ese preciso instante. Pero él la mantuvo en el sitio.

—Lo has visto, ¿verdad?

La mano del macho estaba en su corazón y este estaba tan acelerado que iba a salir disparado. Se estaba cabreando de verdad. ¿Cómo se atrevía a hacer esto? ¡Ella elegiría a su compañero llegado el momento! Ningún macho se lo podría imponer. Por mucho que le gustase, por mucho que tuviera que admitir que él hubiera sido el elegido de todos modos. Yrre había entrado por la puerta grande y se había colado bajo su piel.

—Mierda. —Fue lo único que salió de su boca.

—Así me gusta, France. Sin florituras —soltó sarcástico.

—Joder, suéltame, Yrre.

—No. Antes tienes que calmarte.

Se revolvió de nuevo.

—¡No anules mis poderes!

—Ahora ya sabes cómo me sentí nada más verte —murmuró ignorando su petición.

Seguían en la misma postura; su pene dentro de ella todavía.

—Lo ocultaste.

—Lo hice.

—¿Por qué?

Le dio la vuelta saliendo de su interior y dejó caer su peso sobre ella, aunque atrapó sus muñecas.

—Voy a enfrentarme en breve, no quería que te ocurriera nada si a mí me mataban. Lo decidí cuando supe que tenías un hijo. Él te necesita, France.

Intentó moverse sin conseguirlo.

—¿Y qué ha cambiado, Yrre? ¿Ahora ya puedo morir si tú no estás?

France contempló su apuesto rostro; era hermoso a su manera, viril, y su marcada mandíbula le daba ese aire de guerrero que era imposible ocultar.

Y era todo suyo, su macho. Le estaba costando admitirlo. Ella no era como las mujeres de los otros líderes, que se habían visto superadas ante tantas emociones nuevas. Sabía cómo funcionaba esto

\*\*\*

Yrre cerró los ojos, todo se había ido al garete después de cierta discusión.  
Y ella tenía que saberlo.

# Capítulo 11

—Wica.

—¿Wica?

—Sí, quiero que quede claro tanto para ti como para ella que somos compañeros.

—Sí, ya pude comprobar cómo ibas a explicárselo.

—Hemos tenido una relación más o menos estable. Aunque nunca le prometí nada y he tenido a otras hembras durante toda mi vida sexual.

Demasiada información.

—¿Y ella sabía eso?

—Por lo visto, no.

—¿Sabes que algunas humanas son emocionalmente inestables?

—Sí, pero Wica es diferente.

—No, no lo es. Su reacción de hoy no ha hecho más que demostrarlo.

—No hablemos de reacciones, France.

Sí, por poco se la carga. Pero a ella nadie la llamaba loca, solo Aisha tenía permiso para eso.

Joder.

Se levantó de la cama y arrastró el edredón de plumas con ella. No lo hizo para tapar su desnudez, sino porque parecía una mujer más seria si no hablaba en pelotas.

—¿Sabías que teníamos un vínculo y aun así te la ibas a follar?

—Me estaba protegiendo a mí mismo también. No quería aceptar ese vínculo.

Tal vez debería ofenderse, pero la curiosidad pudo con ella.

—¿Puedes hacer eso?

—Puedo hacer muchas cosas, por si todavía no te has dado cuenta. Aunque debo confesar que solo puedo retrasarlo, no anularlo.

Resopló.

—¿Y por qué no quieres estar vinculado?

—Pregunta la que ha estado a punto de arrancarme la cabeza por eso.

*Touché.*

—Contesta, Yrre.

—¿No es obvio?

Puso los brazos en jarras al mismo tiempo que sostenía el edredón.

—¿No soy suficiente para ti?

—Mas bien lo contrario. Eres demasiado intensa.

¿Cómo coño se tenía que tomar eso?

Se limitó a mirarlo con expresión insolente.

—France, esto es tan nuevo para mí como para ti. Es una gran montaña para superar, y me gustaba mi libertad hasta ahora. Supongo que quería seguir con mi vida a pesar del vínculo que nos une. Pero, aparte de que eres difícil de ignorar, mi corazón y mi alma claman por su compañera. Aun así, lo he intentado todo, y me arrepiento, puesto que eres una mujer maravillosa.

Estaba intentando que la vinculación no se cerrara. Y ahora no sabía muy



bien qué era lo que ella deseaba.

—Para tu información; yo sí puedo ignorarte completamente. Y que de alguna manera estés protegiendo a esa humana me hace complicado estar a tu lado.

Y con estas palabras sabía que lo estaba condenando. Ella tenía la sartén por el mango. Una hembra podía desear a su compañero, pero no al revés. Ellos morían si no eran correspondidos, y en ese sentido la hembra tenía mucho poder. Aunque en la historia de su clan solo se había dado un caso y su difunta madre se lo había contado mil veces.

Pero la manera de actuar de Yrre la había cabreado.

—Puedes hacer eso —concedió.

Las tornas habían cambiado ahora.

—Puedo hacer muchas cosas —contestó repitiendo sus palabras.

Yrre se puso de pie y empezó a vestirse, lo podía hacer solo con la mente, pero podía sentir los engranajes del cerebro del macho trabajar a toda velocidad.

—¿Te vas?

—Me voy.

—¿Por qué?

Se pasó el jersey por la cabeza y la encaró.

—Porque los dos somos poderosos, cada uno a su manera, y esto no nos está llevando a ninguna parte. Nunca he suplicado nada a nadie y no lo haré. Supongo que ya te amaba antes de conocerte, pero no puedo obligarte a sentir lo mismo. Me acabas de rechazar y sabes lo que eso significa. Así que, como comprenderás, tengo muchas cosas que hacer antes de que mi cuerpo deje de

funcionar.

Y con esas palabras desapareció.

—No, espera. —Pero sus palabras quedaron en el aire.

—Maldita sea —masculló a la nada.

Se metió en el baño y se dio una ducha caliente.

Tenía que cortar con todo, empezando por todo lo que sintió por Storm y que seguía en su recuerdo. Dejó pasar la oportunidad y verlo feliz debería ser suficiente. Él era su pasado; Yrre su presente. Y joder si no se había enamorado de ese hombre. Pero él había intentado que ese vínculo no existiese, que ella no fuera su compañera y que no fuera consciente de que esa posibilidad existía. Para terminar de solucionarlo, estaba usando a Wica para sobrellevarlo.

Se sentía malditamente rechazada. Y no importaba que él hubiera acudido a ella esta noche, ni que hubieran tenido sexo del bueno, ni que él hubiera desbloqueado el destino que los empujaba el uno hacia el otro.

No estaba preparada para esto, ella era la única mujer en su linaje y una líder. No se iba a lanzar a los pies de un macho después de que intentara esas artimañas para alejarla, aunque fuera temporalmente.

Ya no pudo dormir más y dejando su casa protegida con una cúpula mental se adentró en el bosque.

Hela caminaba a su lado mientras que el lobo de su hijo se había tumbado en la puerta de su gran cabaña, protegiendo también a Junior a pesar de ser solo un cachorro. Era imposible que algo le pudiera ocurrir, ella llegaría en una décima de segundo si alguien intentaba siquiera dar un paso en la entrada.

—Debo irme o notarán mi ausencia.

Dejó de acariciar la cabeza de su loba y se quedó completamente quieta.

La voz de una mujer le había llegado con el viento; débil y lejana. El oído humano no la hubiera captado. Inmediatamente comprobó que venía desde su derecha, posiblemente a un par de kilómetros de distancia. Se aseguró de ir de cara al viento y avanzó hacia esa dirección. Hela se mantenía cerca y no hacía ni un solo sonido. Cuando volvió a oír la voz supo dónde estaba y se desvaneció en pequeñas partículas para estar más cerca sin ser vista.

—Lárgate, hallaré la forma de contactar contigo.

Observó a la mujer, la tenía justo delante, aunque para ella, France era invisible. Era una de las mujeres de la cueva y pertenecía al clan de Yrre. El hombre se desvaneció al momento, su rostro sería difícil de olvidar. Lo vio solo un momento, pero fue suficiente.

Giró sobre sí misma y chocó contra un duro pecho.

«Mierda».

—Tal vez debería presentarme, soy Agor —dijo una profunda voz.

France miró su rostro y dio un paso atrás. Era alto y robusto, con el pelo muy largo y oscuro. Iba armado con una ballesta que descansaba sobre su pecho.

—¿Tan feo soy? —preguntó haciendo una mueca grotesca que pretendía ser una sonrisa.

—Joder, bastante, ¿dónde metiste la cara?

—No te andas por las ramas, eh.

—Nunca lo hago, prefiero el suelo firme.

El tipo puso cara de no entender nada.

Tenía parte de su rostro abrasado, una línea en diagonal, de unos dos

dedos de ancho, abarcaba desde su ojo izquierdo, tapado con un parche, hasta la mejilla derecha. La nariz y medio labio superior, eran un montón de piel sobrepuesta, arrugada y brillante.

—Digamos que tuve un pequeño percance con una espada. Pero eso no importa ahora.

France dedujo que la espada debía contener plomo, el único material que los hacía vulnerables. No debía haber ningún sanador cerca cuando fue herido de esa manera, sino no tendría esa horrible cicatriz.

La miró de arriba abajo con el único ojo que le funcionaba, e incluso así pudo ver la lujuria que destilaba su mirada.

—¿Qué te trae por aquí, preciosa? ¿Sabías que es muy arriesgado para tu salud escuchar conversaciones ajenas? Y lo más interesante, ¿por qué hueles a Yrre? —Levantó la mano para que no contestara todavía—. Espera, no me lo digas, eres la compañera de mi primo.

—¿Tu primo?

—El mismo.

—Entonces, ¿tú eres el idiota que pretende liderar el clan de Yrre?

—¿Me acabas de llamar idiota?

—¿No he sido bastante clara?

Agor soltó una carcajada que reverberó en las montañas.

—Vaya, además de bonita te gusta el peligro.

—¿Qué peligro? ¿Tú? No me hagas reír —soltó echándose el pelo por encima del hombro.

Aunque estaba aparentando ser dueña de la situación, no lo podía perder de vista.

—No sabes quién soy ni lo que puedo hacer —dijo él con aplomo.

—Tampoco tú sabes a lo que te estás enfrentando.

—Oh, sí lo sé. Además, acabo de encontrar una moneda de cambio para que Yrre entre en razón.

La que soltó ahora la carcajada fue ella.

—Estás ocupando mis tierras, y no has sido invitado. Esa es razón más que suficiente para que además de tener esa horrible cara termines con tu polla colgando de tu oreja —ladeó la cabeza—. O lo que queda de ella.

El rostro de Agor adquirió una expresión dura.

—¿Te atreves a amenazarme, mujer?

—Oh, sí. Y también a llevar acabo la amenaza.

Se miraron el uno al otro calibrando sus poderes. France dedujo que no era tan poderoso como Yrre y lanzó la primera compulsión mental.

—¡Joder! ¡Atrapadla! —gritó Agor agarrándose la cabeza después de dejar caer la ballesta al suelo.

El muy cabrón había ocultado a sus hombres. Una red de plomo cayó sobre ella. No la quemaba ya que a ella no la afectaba, pero reducía poderosamente su actuación para poder escapar.

—No se quema —dijo un tipo a su espalda.

Giró sobre si misma lanzando fuego a su alrededor y oyó los gritos de los hombres.

—¡No os acerquéis! —exclamó Agor, pero parte de esos hombres ya ardían y aullaban de dolor.

De repente la malla voló por encima de ella. Levantó la cabeza para ver a Yrre quemándose las manos para liberarla.

—¡No! —gritó aterrada—. ¡Yrre, no me estaba quemando!

Yrre soltó la red en el suelo y ella corrió hacia él, que la miraba con el ceño fruncido. Agarró sus manos y las miró, las yemas de los dedos y parte de las palmas estaban en carne viva.

—No debiste hacer eso.

—Si tú mueres, yo muero —aseveró con la mirada tan fría y con tanto desdén, que le dieron ganas de salir corriendo.

—Ah, esa es una buena razón —comentó decepcionada.

—Apareció el caballero de brillante armadura, ahora un poco chamuscado —dijo Agor con sorna.

—Ponte detrás de mí —demandó Yrre mirándola.

—¿Qué? ¡No!

—Joder, France.

—La muñequita se las trae, vas a tener que recordarle quien lleva los pantalones —soltó Agor de nuevo.

France se giró, dándole la espalda a Yrre.

—Que te jodan, Agor —dijo Yrre con voz grave.

—Si no quieres morir esta noche, abandona mis tierras. Ahora —exigió ella.

Esa maldita mueca asquerosa volvió a adornar su cara.

—Podemos solucionar esto fuera de los límites —propuso Yrre—. No debiste venir.

—Te has llevado a una parte de mi clan...

De pronto Yrre estaba a solo dos centímetros de la nariz de Agor.

—He dicho que hablaremos fuera de estas tierras. Y no es tu clan, Agor, recuérdalo. —El tono que utilizó Yrre no daba lugar a réplica.

Agor no se amilanó. Y con su pecho golpeó el de Yrre, aunque este no retrocedió ni un milímetro.

—Perfecto, unos veinticinco kilómetros al este hay una cabaña, mañana a primera hora podremos hablar —aseveró Agor.

—Sé dónde está —dijo ella.

—Tú no vas a venir —soltaron los dos al unísono.

La carcajada que soltó los dejó atónitos. Ella no obedecía órdenes de nadie. Y también estaba el hecho irrefutable de que ella solía hacer lo contrario de lo que se le decía. Malditos hombres.

«Que os jodan».

# Capítulo 12

—¡Helios! —gritó France cuando apareció en la cueva del curandero, que estaba ubicada en la parte de atrás del consejo.

—¡Qué! —contestó el furioso macho entrando en la sala de curaciones, con una botella de bourbon en la mano y su inseparable túnica andrajosa con capucha.

—¿Qué coño haces? —preguntó Yrre, que no estaba menos furioso.

—Te he traído para que Helios te cure. Eso puede dejarte una buena cicatriz.

—No lo necesito —decretó.

—Entonces voy a seguir durmiendo —dijo Helios dándose la vuelta.

France congeló a Helios en el sitio. Y se dio la vuelta para enfrentar a Yrre.

—Vamos a dejar las cosas claras. No necesito tu ayuda, el plomo no me afecta, por si no te has dado cuenta. Así que, ya que has dado por hecho que era una damisela en peligro y has metido tus garras en donde no debías, deja ahora que me haga cargo de esto.

Yrre levantó una ceja y después observó sus manos.

—Debes de ser la única en nuestra raza a la que no le afecta...

—Soy única en muchas cosas...

—Y tenías que ser mi compañera...

—Ya ves, la vida es una putada.



Y dicho esto, descongeló a Helios.

—¡Hazlo! —le ordenó de nuevo.

El curandero se puso manos a la obra murmurando algo ininteligible.

—Sé que no es de nuestro clan, pero lo harás igualmente. No hagas que busque algo para desgraciarte bajo esa túnica —lo amenazó.

—Está bien, solo porque es de nuestra raza...

—Y porque yo te lo ordeno, no lo olvides —declaró furiosa.

—¿A dónde vas? —preguntó Yrre cuando la vio salir por la cortina.

—A solucionar algo —comunicó ya en el pasillo con solo la tela entre ellos.

—Joder. —Lo oyó musitar—. ¿Podrías ir rápido? —preguntó después a Helios, pero ella ya estaba saliendo del complejo.

Tampoco le interesaba la contestación de Helios.

\*\*\*

A ella no le afectaba el plomo y eso lo había sorprendido. Su corazón se paró un instante cuando la vio metida debajo de aquella red y el fuego envolviendo su cuerpo. Realmente creyó que estaba en peligro. Pero había malinterpretado la escena: France los estaba atacando y lo cierto es que no necesitaba su ayuda. Pero, por desgracia, sabía cómo funcionaba la mente de Agor... y era una mente enferma.

Había dejado a sus hombres protegiendo a las mujeres y niños, y aún tenía que pensar en lo que iba a hacer con el anciano traidor, Alexo. Le dolía condenar a su compañera si él decidía aplicar el castigo capital, el cual

merecía.

De repente se oyó un revuelo de voces que hacían eco por los pasillos del consejo, y reconoció algunas.

Helios ya estaba terminando de aplicarle los ungüentos y le puso algunas gasas alrededor de las palmas de las manos y los dedos.

—Te lo agradezco —dijo levantándose del taburete en el que el hombre le había indicado que se sentara.

—En unas horas habrás sanado.

—Perfecto.

Salió apartando la cortina y deseando respirar aire más puro, ese hombre parecía una destilería andante, daba igual que a su raza no le afectara el alcohol, ese macho no debía dejar de beber para desprender semejante hedor.

Guiándose por las voces llegó hasta el lugar en donde se hacían las reuniones, junto a los tronos, y vio a su clan en medio, cerca de una chimenea. Todos estaban refunfuñando y mirando a France, que permanecía de pie en el centro con las manos en las caderas y con el peso de su cuerpo en una pierna, mientras que la otra estaba ligeramente doblada por su rodilla.

—Os quedaréis aquí —ordenó.

—¿Dónde está Yrre? —demandó una de las mujeres, la compañera de Alexo—. ¿Sabe que nos has traído aquí sin preguntar?

—Estoy aquí, Oswine. —Tenía que calmarlos—. Tranquilos, France habrá tenido una buena razón para traeros.

—¿Es que ni siquiera lo sabías? —lo increpó la mujer—. Se ha llevado a mi compañero.

Recorrió a todos y se percató de que faltaban tres en total. Alexo, el

anciano, Wica y Bestadan, una de las mujeres sin compañero.

—¿Qué pasa? —preguntó Aisha; si Yrre no recordaba mal, era la compañera de Tahiél.

—Busca unas habitaciones para ellos —dijo France, sin mirarlo.

Aisha no se movió del sitio y se cruzó de brazos.

—¿Qué? —preguntó France.

—Esos modales —inquirió la chica humana.

France resopló.

—Por favor, Aisha —masculló su compañera de vida, lo que casi lo hizo sonreír.

—Encantada de hacerlo —contestó Aisha cantarina y encantada, o eso parecía, de que France hubiera entendido que debía ser amable —. Por favor, seguidme —pidió a su clan.

Pero nadie se movió.

—¡Hacedlo! —ordenó él—. Aart, Fugol, Wulf, Putman, Scedu y Luwine, quedaos aquí.

—Quiero saber dónde está Alexo —volvió a increpar Oswine.

—Y lo sabrás, ahora vete.

La mujer iba a decir algo más y abrió la boca para hacerlo, pero la mirada de Yrre la hizo cambiar de opinión. Cogió su bolsa del suelo y siguió a los otros.

—Bien, ya conocéis a France...—empezó a decir a sus hombres.

—Tu compañera —le cortó Aart.

—Déjalo, Aart.

—¿Qué le ha pasado a tu primo para lucir ese magnífico rostro? — preguntó France zanjando el tema.

—Te ha gustado, ¿eh? —murmuró uno de los hombres con sorna.

—He caído rendida a sus pies tanto por su apariencia como por su exquisita educación. —Un chorro de ironía teñía sus palabras.

—Agor, es así —decretó Yrre.

—Tú no estás muy lejos de parecerle a él —contestó como un resorte.

—Uhhhh

—¿Problemas en el paraíso?

—Esto de encontrar compañera, ¿es siempre tan complicado?

—Cuando aparezca mi compañera buscaré el pico más alto para lanzarme.

—Eso no te mataría, idiota.

Todos hablaban a la vez mientras Yrre y ella mantenían un duelo de miradas hasta que él reaccionó.

—A callar —ordenó con voz grave.

Todos lo hicieron menos Aart, que seguía riéndose.

—¡Aart!

—Perdona hermano, es que verte en esta tesitura...

Yrre se pasó una mano por la frente y después la encaró.

—¿Por qué te has llevado a esos tres?

—Uno es un traidor —dijo levantando un dedo—. La otra, ha estado pasando información a Agor —explicó levantando otro dedo.

—¿En serio? —preguntó Fugol.

—Los pillé reunidos en el bosque. Así conocí al encantador Agor.

—¿Y Wica? —preguntó Yrre cabreado.

\*\*\*

Y eso le estaba molestando bastante, que manía tenía este macho de proteger a la inmunda humana.

—A esa solo la he encerrado porque me cae mal. —No desvelaría aún sus conocimientos, los pocos que tenía sobre esa mujer, no confiaba en ella y siempre era bueno guardarse un as en la manga.

—Joder —dijo uno de los hombres, del cual no sabía su nombre—. Eso puede cabrear a nuestro líder.

Se miró las uñas alargando el brazo.

—¿Y me ves preocupada? —inquirió contemplando el esmalte nacarado.

—France, el único pecado que ha cometido es enamorase de Yrre — intentó mediar Aart.

France sonrió.

—Y consolarlo cuando ha llegado a las cuevas termales después de follarme, por cierto.

Yrre abrió los ojos con la sorpresa.

—No creo que eso incumba a mis hombres —protestó.

—Tú has preguntado...

—Te ha engañado, y lo sabes. ¿Es que acaso no detectas una mentira? Está despechada, pero es joven y se le pasará.

—Claro que las detecto, aun así, me ha cabreado. —France tenía una fijación con esa chica, debía reconocerlo, pero no lo haría.

—Y la has encerrado.

—Sí.

—¿Y ahora eres feliz?

—No sabes cuánto. La voy a convertir en mi nuevo juguete.

Los rostros de los hombres mostraban cautela y confusión a partes iguales.

—¿Tú juguete? —acertó a preguntar Fugol.

—France, tus juguetes suelen terminar muy mal —dijo Neoh que entraba en aquel momento.

—¡No voy a permitir que la mates! —gruñó Yrre.

—Y no lo haré; se morirá sola.

—¿Qué?!

—Déjalo Yrre, discutir con France no suele llevar a ninguna parte —argumentó Storm—. Cuando se canse de Wica, te la devolverá. Lo difícil es saber en qué condiciones.

—Ya estamos todos —dijo France con sarcasmo.

—Has traído aquí a nuestra gente porque... —Aart intentó reconducir el tema.

—Por Agor, por supuesto.

—Gracias —dijo Yrre sabiendo que los clanes de Alaska no metían a cualquiera entre sus muros de protección invisibles.

—¿Vas a contestar a mi pregunta? —inquirió France.

—¿Cuál?

—Agor, ¿qué le pasó en la cara?

—¿Vas a soltar a Wica?

—No.

—Entonces no hay nada de qué hablar. Mantente fuera de esto.

«Maldito idiota».

# Capítulo 13

Vio una sonrisa socarrona en los labios de Storm antes de desmaterializarse remolcando a Yrre. Otro capullo integral con el que ajustaría cuentas.

—Aquí estamos —anunció nada más aterrizar en su lugar secreto.

Yrre miró a su alrededor.

—¿Qué es esto?

—¿En serio no lo sabes?

Yrre la miró y entrecerró los ojos.

—Claro que lo sé.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

—Está bien, admito que me extraña que tengas una habitación de estas.

—Me gusta jugar. ¿Nunca has jugado?

Cuando Yrre se aproximó a su cuerpo, sintió el calor que desprendía y tuvo que apretar las piernas. Este macho seguía haciéndola reaccionar sin tocarla. Miró sus ojos, esos maravillosos iris oscuros.

—Más veces de las que piensas —dijo Yrre a solo un suspiro de sus labios.

¿Qué era eso que le apretaba el pecho? Celos, eso eran celos. ¿Cuántas mujeres había tenido Yrre? No quería que tuviera a ninguna más. Destrozaría a cualquiera que se acercase a él a menos de un kilómetro.



—Vaya, parece que algunas cosas te molestan, cariño.

—No creas, nuestro vínculo aún no se ha cerrado, todavía eres libre de...

—Mentirosa.

—Yo nunca miento, más bien excluyo detalles.

—¿En serio?

—¿Y por qué iba a bromear?

Miró su boca, le daban ganas de lanzarse a sus brazos y utilizar cualquiera de los juguetes que adornaban las paredes de la habitación, tal vez un látigo en sus apretados glúteos le quitaría de golpe esa arrogancia masculina que desprendía... y ahora notaba la humedad entre sus piernas.

Resopló exasperada.

Se giró intentando que él no notara nada, pero una sonrisa y sus fosas nasales dilatadas, dejaron claro que él había notado su excitación.

—¿Por qué me has traído, nena? Podríamos divertirnos aquí. Aunque primero debo solucionar algunas cosas..., también podría dejarlo para más tarde.

France se quedó desnuda ante él despojándose de su ropa solo con la mente. Avanzó hasta la cama con sábanas negras y se tumbó sobre ella.

—France...

—Creo que nos necesitamos un poco —dijo abriendo las piernas.

Un gruñido nació en la garganta de Yrre que se despojó de su ropa a la misma velocidad que ella y se acercó con paso lento. France se puso de rodillas y gateó sensualmente hasta los pies de la cama. El corazón le latía muy deprisa, parecía una maldita quinceañera. Intentó por todos los medios que no se notara; tenía una reputación que mantener.

Cuando Yrre se detuvo a apenas unos centímetros de ella, su rostro quedó a la altura de su poderosa erección. Alzó la mano y envolvió el miembro al mismo tiempo que envolvía la punta con sus labios. El gruñido de satisfacción de su compañero le dio una pista de que lo estaba haciendo bien mientras lo acariciaba con la lengua y hacía pequeñas succiones profundas. La mano de Yrre se apoyó en su cabeza y después recogió su pelo en un puño, guiándola al mismo tiempo que gemía.

De repente tiró de su pelo y la obligó a levantar la cara hacia él.

—Suficiente.

—¿Por qué? Lo estaba disfrutando...

—Porque quiero llegar al momento en el que te folle con todas mis fuerzas y si sigues así no lo conseguiré.

Su excitación alcanzó su máxima expresión solamente con esas palabras. Yrre la levantó y la colocó encima de uno de los potros para después empujar su cuerpo suavemente hacia adelante. Sus pechos se apastaron contra la piel sintética y su sexo quedó expuesto ante él, pero no le importó.

—Eres preciosa, y estás tan mojada...

Un dedo se mojó en sus fluidos y se paseó por sus pliegues.

—Ninguna mujer ha conseguido nunca esto de mí.

Esas extrañas palabras hicieron que girara la cabeza para mirarlo confundida. De acuerdo, según Aisha, ella no pillaba a la primera las ironías ni los sarcasmos, pero había aprendido algo de esa maldita humana.

—¿El qué? —preguntó.

—Querer estar horas dentro de ella. —La penetró de golpe—. Desear que nuestros cuerpos se fundan, darte tanto placer que no recuerdes ni tu nombre.

—¿Puedes hacer que olvide mi nombre? —preguntó aún más confundida.

Le vio apretar los dientes mientras retrocedía despacio para volver a entrar a esa lenta velocidad que la estaba volviendo loca.

—Es una manera de hablar. Quiero que para ti solo existamos nosotros dos.

—Ah. Todos habláis en clave, y yo tengo que adivinar cuándo es «una manera de hablar». —Las manos de Yrre, ancladas en su cintura, seguían guiando sus movimientos.

Lo oyó reírse y apretó su agarre.

Era un hombre dominante e, incluso ahora, parecía querer mantener el sexo que estaban teniendo bajo control.

—Sigue... —pidió a media voz, algo raro en ella.

Lo de ser sumisa no iba con ella, pero le estaba gustando la experiencia.

—Yrre. —Lo llamó con voz entrecortada—. En este momento solo somos tú y yo.

—Quiero eso siempre. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Mientras él se abría a ella y dejaba ir sus sentimientos, ella logró empujar hacia atrás, consiguiendo una penetración más profunda y placentera. Lo que hizo que se ganara un cachete en uno de sus glúteos.

—¡Eh!

—Estate quieta.

—Deja de torturarme.

\*\*\*

Estaba empezando a sentirse como un idiota, dejando ir en estos momentos todo lo que sentía por ella. ¿Y qué hacía France? Pasar de él, eso hacía. Así que optó por disfrutar del sexo y después se marcharía. Era una mujer demasiado independiente, acostumbrada a valerse por sí misma, y no permitiría que un macho de su estirpe la encadenara. Nunca había experimentado tal atracción, y eso le gustaba y acojonaba a partes iguales.

France era inalcanzable. Simple y llanamente, y aunque su vena dominante le decía que debía doblegarla y hacerle entender que era suya y solo suya, su corazón gritaba que se contuviera, que no forzara la situación o la perdería para siempre. Y eso sería también su propia condena.

No dijo nada más mientras aumentaba el ritmo y ella seguía retorciéndose a su antojo. Cuando France soltó un grito y pronunció su nombre, algo que no había hecho hasta ahora, su pecho se hinchó de orgullo mientras se dejaba ir con un gruñido gutural nacido de lo más profundo de su garganta.

—¿Estás bien? —preguntó saliendo de ella y ayudándola a darse la vuelta.

—Más que bien —dijo apoyando las manos en sus hombros.

Tenía las mejillas encendidas y la boca entreabierta para recuperar el aliento. Estaba preciosa. Enmarcó su rostro y la besó profundamente.

—Pues recuérdalo —murmuró Yrre al separarse.

—¿Por qué debería olvidarlo?

—A veces parece que lo haces, nena. Niegas nuestro vínculo.

—No lo niego, solo quiero estar segura de lo que siento por ti.

Se apartó de él, dejándolo pensativo, y se vistió.

—Vístete, quiero mostrarte algo —dijo enigmática.

France se acercó a una cortina de terciopelo rojo que ya había visto al

entrar, y tiró de ella para descubrir lo que había detrás. Aunque antes se cercioró de que él se había cubierto.

\*\*\*

Yrre no esperaba que en ese lugar hubiera espacio para lo que estaban viendo sus asombrados ojos. Tres largas cadenas colgaban del techo y los tres componentes de su clan se balanceaban de cada una de ellas, atados de pies y manos. Sus bocas estaban tapadas con cinta americana.

Eran, Alexo, Wica y Bestadan.

—¡Joder! ¿Qué coño? ¿France, era necesario esto?

—Terriblemente necesario —dijo con total convencimiento, y viendo la sorpresa en los ojos de su compañero.

Sus ojos fueron a Wica.

—Alexo está ya condenado por sus actos...

—Lo sé.

—Pero ¿ellas? —preguntó mientras los tres se contoneaban y retorcían haciendo ruidos con sus gargantas.

Acababa de ser consciente de que habían oído todo lo que acababan de hacer, y France lo sabía y había encubierto a los tres de él. Su compañera estaba tan loca como había asegurado Wica, que lloraba en silencio, habiendo sido testigo del sexo y de sus palabras al otro lado de la cortina.

—¡¿Por qué?! —gruñó a France.

—En algunas ocasiones se necesita una lección de humildad, y esta humana la necesitaba.

No, eso no era cierto, había querido ponerla celosa y France lo había preparado todo. Se sentía utilizado y parte de este complot para hacer daño a Wica,. Ella no merecía esto, no tenía que ser testigo de su amor por France ni sentirse humillada.

—¿Y por eso las has colgado ahí?

—No exactamente.

—Explícate —exigió. Él defendería a su clan incluso de su compañera.

—Mejor te lo explican ellas. —Arrancó de un tirón la cinta americana de la boca de Bestadan.

Ella se quejó y miró a Yrre con temor, mientras Wica no dejaba de sollozar.

—Deja ir a Wica —ordenó de inmediato.

—No, ella también tiene cosas que contar.

—Más vale que así sea, France. O yo mismo la soltaré.

—Déjame dudarlo.

Wica los miraba alternativamente, esperando que alguno de los dos diera el paso, algo que no iba a pasar.

France dio un paso hacia la hembra y se plantó delante sin descolgarla.

—Vamos, explícale a tu líder como estabas dando información a Agor en mitad del bosque.

—¿Es eso cierto?

—Él me dijo que me haría su compañera cuando liderase el clan. Me daría un hijo que sería su heredero.

—Y tú lo creíste —afirmó Yrre chasqueando la lengua—. ¿Qué le has contado?

—Nada.

—¿Quieres que entre en tu mente y te convierta en un vegetal? Habla —  
exigió France ante los ojos asustados de la mujer.

—Solo le hablé de las cuevas termales. Lo juro.

—¿Eso es todo? —preguntó el líder.

—Él... ¿me dejarás ir si te lo digo? No quiero formar parte de esto.

—Creo que llegas tarde para eso —intervino France.

Yrre la miró entrecerrando los ojos.

—Está bien, es toda tuya —concedió a regañadientes.

—Yrre, nos has sacado de nuestro hogar sin ninguna razón...

—¿Sin ninguna razón? Agor nos amenazó, ¿hubieras preferido que  
mientras mis hombres y yo luchábamos contra ellos, te hubieran violado y  
asesinado? Porque eso es precisamente lo que quise evitar.

—Agor me quiere...

—Sabes perfectamente que eso no es cierto. Agor solo se quiere a sí  
mismo y gozar del poder. Tú le sobras.

—No...

—¡Qué le dijiste!

—Le... le hablé del clan de Alaska.

—Mierda, no debiste hacer eso...

Las palabras de Yrre se cortaron al explotar la cabeza de Bestadan y  
salpicando a los otros que se encontraban uno a cada lado de ella. Wica  
empezó a gritar y Alexo parecía tener convulsiones.

—¡France! —gritó Yrre encarándola.

—Esa zorra ha puesto en peligro a los míos y te recuerdo que tengo un hijo que proteger.

Señaló al macho y a Wica.

—A ese lo dejo para ti. Y con ella puedes hacer lo que quieras. Pero si la vuelvo a ver, lo que he hecho con esta idiota parecerá un juego de niños comparado con lo que le haré a ella.

Y dicho esto, desapareció. France tenía esa mala costumbre, dejarlo con la palabra en la boca. Pero, a pesar de todo, ella tenía razón. Bestadan había puesto en el ojo de mira al clan que les estaba dando refugio.



# Capítulo 14

Cuando llegó a la cueva que Tahiél y Aisha tenían asignada dentro del consejo, France ya estaba más tranquila. Había avisado a los otros líderes de que podían ser atacados por Agor.

—Hola guapa —la saludó su amiga.

—Lo sé —soltó sentándose en el sofá.

—Esa no es la contestación correcta, cariño.

—Y tú «cariño» es Tahiél.

—Vale, desisto. Estaba en la cueva de Susan, con las chicas y Junior, cuando me has llamado. No he dicho que íbamos a reunirnos, tal como me has pedido.

Aisha se sentó a su lado y le ofreció la cerveza que había sacado de la nevera.

—¿Qué ocurre, France?

—Nada bueno.

—Empieza desde el principio.

—Es así como se hace, ¿no?

Aisha puso los ojos en blanco.

—Desembucha ahora que estamos solas, France.

Aisha siempre le había dicho que entre las mujeres había confianza y, aunque nunca había tenido esa necesidad, había decidido contar con ella

para... hablar, o insultar, no lo tenía muy claro.

—Voy a contarte algo, pero si lo repites te romperé el cuello.

—¡France! No hace falta que amenaces para eso. Con pedirme que te guarde el secreto ya bastaba.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo.

—Vaya... pues guárdalo.

Por el rabillo del ojo vio removerse a su amiga.

—¿Qué? —preguntó intentando entender la cara confundida de Aisha.

—No puedes ir amenazando así, te he explicado mil veces que eres demasiado impulsiva.

—Debo proteger a mi clan, es mi carácter.

—¿Y yo hago daño a tu clan?

—No.

Aisha no mataría a una mosca, ni aunque le fuera la vida en ello.

—¿Entonces? —demandó Aisha.

—Tú no eres una amenaza porque eres débil, frágil y una inútil para atacar a un clan.

Aisha resopló.

Joder, ¿y ahora qué había dicho?

—Vale, dejémoslo. Cuéntame qué te pasa.

Se levantó y empezó a pasearse por delante de la chimenea.

—Yrre es mi compañero, ahora lo sé.

—¿Y? Eso debería ser motivo de alegría para ti.

—Pues no lo es. Porque aceptar el vínculo significa dejar ir a...

—¿Viggo? —la cortó su amiga.

—¿Viggo? ¡No!

Aisha se mordió el labio, parecía que iba a reírse de su reacción, pero se contuvo.

—¿A quién deberás dejar ir? No puedes tener dos compañeros, ¿verdad?

—No, solo puedo tener uno, y podía elegirlo. Pero no esperaba que ese compañero apareciera de repente y me atara de esta manera.

Aisha arrugó la frente.

—¿No se supone que deberías estar familiarizada con esto del vínculo? —Levantó la mano—. Oh, espera. Se supone que si tú hubieras elegido a tu compañero, ¿Yrre no hubiera sentido tu vínculo? ¿Este se habría anulado?

—Exacto, a veces eres lista.

—Gracias por el cumplido —Aisha hizo una mueca—. Pero sigo sin ver el problema. ¿Ibas a elegir a alguien, pero Yrre se adelantó apareciendo en escena?

—No, exactamente.

No sabía si estaba cometiendo un error, ¿en qué maldito momento había pensado que esto sería una buena idea?

—Te sentirás mejor si me lo cuentas.

France levantó una ceja.

—Tus padres pertenecían a un clan de los nuestros, ¿estás segura de que no lees la mente?

—No, France, no la leo. Si tengo algún poder está dormido, o eso dice Tahiél. Solo me encaramo a sitios altos, nada más.

Después de todo, que los padres de Aisha fueran de distintos clanes no le había dado demasiado poder a la pobre. Siempre tendría que depender de Tahiel. Que insulsa existencia la de Aisha.

—Bien, por un momento pensé...

—Sé lo que has pensado. ¿Lo quieres soltar ya? —apremió Aisha.

Se sentó de nuevo en el sofá.

—Storm —susurró.

—¿Storm? ¿Qué pasa con él?

La miró y esperó a que la medio humana atara cabos. En realidad, no era humana, pero había vivido toda su infancia con ellos.

—Oh, Ah. ¿En serio? ¡No! ¡Qué va! —exclamó Aisha, abriendo mucho los ojos.

—¿Tienes algún problema mental del que deba estar informada? —preguntó preocupada por la reacción.

Aisha palmeó su pierna.

—No, France, solo que me has sorprendido. ¿Habías elegido a Storm?

—Ahí está el problema, lo habría elegido si él hubiera querido, pero no fue así. Tuvimos una relación y después apareció Susan.

—¿Storm y tú?

—Sí, eso he dicho.

—¿Una relación?

—¿Debería preocuparme también por tu falta de entendimiento?

Ahora fue Aisha la que se levantó.

—No me lo puedo creer.

—Ya va la segunda vez hoy que tengo que decir que yo nunca miento.

Aisha la miró deteniendo su paseo.

—Es una manera de hablar, sé que no mientes, France.

—Sí, sí, sí. Vuestra jodida manera de hablar.

Aisha volvió a sentarse con cara de preocupación.

—Pero Storm tiene a Susan...

—No lo había notado.

—Eso es sarcasmo —soltó con una risa nerviosa.

—La cuestión es que no estoy preparada para despegarme de Storm y unirme a Yrre —contestó obviando su comentario.

Su amiga asintió, y ella se alegró de que la entendiera al fin.

—Escucha France, Storm y tú no estáis unidos, no os amáis, quizás en otro tiempo sí.

—Lo sé, pero, a pesar de estar vinculado a Susan, lo tengo cerca y disfruto de su felicidad. No es lo que piensas, no es... enamoramiento.

Yrre había arrasado con eso y ni siquiera lo había visto venir.

Aisha puso una mano en su mejilla y una lágrima resbaló por su rostro.

—Y ahora, ¿por qué lloras? Y lo más importante, ¿por qué me tocas? —preguntó indignada.

Aisha apartó la mano rápidamente.

—Es que eso que has dicho es muy bonito y me ha emocionado. —Se enjugó las lágrimas con las manos—. Has estado enamorada de él todo el tiempo. Pero, aunque no te lo creas, ya le has dejado marchar, le has dado su espacio. Ahora eres tú la que merece ser feliz.

—No sé cómo hacer eso. Me hace feliz Junior, pero no es lo mismo, creo.

—Oh, sí lo sabes. Solo déjate llevar. Yrre te mostrará lo que se siente.  
¿Habéis...

—¿Follado? Sí.

Aisha hizo una mueca.

—Intimidado, iba a decir.

—Es lo mismo.

—Vale. ¿Y qué has sentido?

—Más de lo que había sentido jamás. Más de lo que sentía con Storm, aun así...

Su amiga se cruzó de brazos.

—Ahí tienes la prueba. Sientes un cariño especial por Storm. No pongas esa cara —dijo al ver la expresión de su rostro—. Incluso tú eres capaz de sentir cariño por alguien más que por Junior. Estás enamorada de Yrre, si no, no sentirías cosas.

Podría ser eso, sí. Antes se arrancaría un brazo con los dientes que admitir que Aisha estaba aclarando sus ideas. Después de todo, esto de la amistad resultaba útil.

—¿Sabes? Creí que cuando nos dijiste que estabas embarazada de Viggo...

—¿Lo iba a elegir como compañero? No. Viggo era lo más cerca que estaba de Storm, a él ya no lo tenía, pero quise a alguien de su linaje.

Aisha suspiró.

—¿Utilizaste a Viggo?

—Se podría decir que sí. Pero eso él ya lo sabe.

—¿Le explicaste que ibas a tener un hijo con él porque con su padre no podías?

—No. ¿Por quién me has tomado? —decidió ignorar la ceja levantada de su amiga—. Le dije que necesitaba a alguien para tener un hijo y él aceptó. Nunca le prometí nada, y después de nacer Storm Junior, decidimos compartirlo. En un principio no se lo iba a permitir, pero es su padre...

—¿Storm Junior?

—Deja de repetir lo que digo, Aisha.

—Lo siento. ¿Ese es el nombre completo de tu hijo? Pero todos lo llamamos Junior.

—Ajá.

Aisha se quedó pensativa y al cabo de unos segundos se levantó de un salto, después se agachó para abrazarla.

Maldita sea.

—Lo haces por Susan, es por ella, ¿verdad? En el fondo te preocupa que la compañera de Storm se pueda sentir incómoda.

—Sí, supongo que sí lo hago por eso. Suéltame.

—Oh, perdona, sé que no te gusta que te toquen, pero no he podido evitarlo. Eres maravillosa, France.

—Eso ya lo sé.

Aisha hizo rodar los ojos.

—Vale. Me siento halagada de que hayas decidido confiar en mí. Supongo que necesitabas el consejo de una amiga.

Se levantó, todo esto era una cursilada.

—No, ya no. Tengo que irme. Iré a ver a Junior y a Susan y después iré a

la sala del consejo.

—Me alegra haberte ayudado —soltó Aisha con suficiencia y con una enorme sonrisa en la cara.

—Vale. —No conocía el protocolo a seguir en estos casos.

—Deberías estar agradecida —argumentó Aisha condescendiente.

—Ah sí, eso.

Cuando caminaba por el pasillo oyó a Aisha reírse a carcajadas. No tenía muy claro que sintiera cariño por ella, pero por lo menos no quería matarla a todas horas, como le pasaba con las otras mujeres extra hormonadas.

Cuando accedió a la sala, Yrre acababa de llegar y la miró frunciendo el ceño. Quería saber cómo había solucionado lo de Wica y Alexo, pero algo los hizo prestar atención a los otros, que parecían cabreados.

—Una brecha —dijo Neoh.

—Sí —contestó Otto.

—Alguien intenta entrar —constató Storm.

—Mierda. —Ese fue Viggo.

—Voy a investigar —ofreció.

—Iré contigo —contestó Storm.

De repente algo la hizo volver a materializarse. Storm la cogió del brazo.

—Es Susan...

—Es Junior...

Dijeron al mismo tiempo.

—¿Qué? —preguntaron varios, entre ellos Yrre.



—¿Tu hijo? —Yrre acababa de captar el estado de France.

—Se lo han llevado —contestó con el corazón encogido.

—Susan está con él. —La voz de Storm sonó como un gruñido.

\*\*\*

Yrre los vio desvanecerse en el acto.

—Si tienes la más mínima idea de quién está detrás de todo esto, muévete. No tienes ni idea de lo que esos dos son capaces hacer —advirtió Neoh—. Y espero que esto no dé comienzo a una guerra con tu clan.

—No hay problema. Si alguien de mi clan está involucrado, morirá.

Tendría más que palabras con Agor.

# Capítulo 15

—Aquí, están aquí. —Storm no daba crédito.

—Lo sé, pero ya no puedo seguir la estela de Junior —dijo intentando mantener la calma y no hacer explotar toda la maldita montaña.

—Estamos cerca de la frontera con Canadá...

—Ha sido el clan de Yrre —contestó sabiendo que Storm pensaba lo mismo.

—Soy incapaz de seguir el rastro, ¡joder! —exclamó cabreado, mirando a su alrededor.

Estaban en un pico alto y nevado, al lado de una caldera, y sabía que debajo de sus pies había un entramado de cuevas. Susan y Junior estaban ahí debajo, pero no conseguían saber exactamente en dónde. Y esa montaña en particular era un viejo volcán latente, aunque podía explotar en cualquier momento, o alguien podía acelerar el proceso. No sabía si Agor tenía ese poder.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Storm.

—A la vieja usanza.

—Mierda.

—Esto es culpa mía —admitió.

Storm arrugó la frente.

—¿Qué coño has hecho?

—Amenazar a Agor, el primo de Yrre.

—¿Por ese idiota es por el que huyeron de sus tierras?

France resopló.

—Sí, están en nuestras tierras.

Storm la cogió del brazo.

—Esa costumbre tan tuya de no explicar las cosas nos va a dar un disgusto, joder. ¡Se trata de Susan y Junior!

—Lo sé, Storm. No tengo ni idea de cómo han podido saltar mi protección.

—Pues lo han hecho.

Se mantuvieron la mirada.

—Yrre no dejará que le pase nada a mi hijo...

—¿Y qué hay de Susan?

Por la compañera de Storm no pondría la mano en el fuego. Ella había retenido a Wica, y por el desesperante aprecio que Yrre le tenía, bien podía tomarse la revancha con Susan. ¿Yrre haría eso?

—Vamos a buscarlos —optó por desviar el tema.

—¿Te vas a meter ahí con esos taconazos?

—¿Qué problema hay?

Storm se rascó la cabeza.

—Ninguno, supongo.

—Pues vamos.

—¿Por dónde empezamos?

—Ven.

\*\*\*

—Joder, me siento un inútil —masculló Viggo, en cuanto su padre y France desaparecieron.

—Tranquilo hijo, los traerán de vuelta —lo calmó Neoh.

Yrre se acercó a él.

—Están tardando mucho. Puedo ayudar.

Esa compañera suya había desaparecido junto a Storm hacía más de una hora, le estaba dando espacio para ir a buscar a su hijo. Pero no permitiría que se pusiera en peligro.

Viggo era tan alto como Yrre y lo miró directamente a los ojos.

—No creo que sea de tu incumbencia, a no ser que hayas tenido algo que ver en la desaparición de mi madre y de mi hijo.

Yrre se quedó paralizado.

—¿Sospechas de mí o de mi gente? Creí que se habrían perdido...

—No os conozco. Habéis aparecido aquí y todo han sido problemas. Y dudo mucho que mi madre tenga la brillante idea de salir al bosque con mi hijo solo para perderse.

—Basta, Viggo...

Alistair empezó a mediar.

—No, tal vez tenga razón —murmuró Yrre—. Buscando protección para los míos os he metido en esto. Sé quién puede estar detrás, si es que están retenidos.

—¿Alguien que conoces?

—Hoy he sabido que mi primo Agor ha estado aquí. France y él se han

enfrentado. Pero no tengo ni idea de cómo han llegado hasta el pequeño. —  
Miró a Viggo—. Ni a tu madre. Lo siento.

Viggo se dirigió a la salida.

—Viggo, espera —Neoh cogió su brazo.

—Es mi hijo, iré a buscarlo.

—Nosotros te ayudaremos —ofreció Tahiel.

No podían establecer conexión mental con France, o eso parecía. Así que lo intentó.

«Comprobaré a Agor». Esperó, pero ella no contestó.

—Voy a intentar ayudar.

—¿Cómo? —preguntó Elm, uno de los hermanos de Neoh.

—Iré con mis hombres al lugar en donde había quedado con mi primo. Sí él sabe algo de esto se lo sacaré.

—¿Podemos confiar en ti? —inquirió Val, que también estaba allí.

—France es mi compañera, nunca consentiría que le pasara nada.

—Sois una curiosa pareja, pero por mí no hay problema, haz lo que creas oportuno. Tu gente se quedará aquí —decretó Alistair.

—Gracias.

—No me las des, son mi salvoconducto. No les haremos daño, pero quedan retenidos hasta que aparezcan Susan y Junior.

«Joder».

—Me parece justo.

Hizo una señal a sus hombres, y juntos salieron del lugar.

Una vez fuera se desvanecieron para ir hasta el lugar indicado por Agor,

algunos de sus hombres no tenían esa capacidad, así que los compañeros los llevaron.

—¡Agor! —gritó golpeando la puerta.

Podía entrar desmaterializándose, pero no sabía lo que se podía encontrar dentro y no le apetecía quedar encajado dentro de un muro.

La puerta se abrió y uno de los hombres de Agor sonrió.

—Vaya, has tardado poco. Pasad, Agor esperaba vuestra visita.

Yrre lo apartó de un manotazo y entró. Agor estaba tumbado sobre varias pieles de oso cerca de una chimenea. Ellos podían regular su temperatura corporal, pero no le hacían ascos a un buen fuego.

—¿Por qué, Agor? Íbamos a reunirnos mañana...

—He cambiado de idea.

—¡¿Por qué?! —repitió con un gruñido.

—Digamos que el vínculo que te une a esa hembra es fuerte, muy fuerte. Así que se ha convertido en mi mejor baza.

Yrre se envaró, con mucho gusto le partiría el cuello. Pero tenía en su poder a un niño inocente que, además, era hijo de France.

—No hagas daño a ese crío...

—Eso depende de ti —advirtió levantándose.

—Maldita sea, no uses el clan de Alaska para conseguir tus propósitos.

—Utilizaré todo lo que esté en mi mano, Yrre.

—¿A un pequeño?

—A tu compañera no la hubiera atrapado. Y harás lo que sea por ella.

Definitivamente, Agor necesitaba morir. Y él iba a terminar lo que había

empezado su tío.

—Juro que acabaré contigo si algo les pasa.

—Primero deberás encontrarlos.

—Y después te destruiré, Agor.

Agor entornó los ojos. Y levantó la mano para frenar a sus hombres que estaban esperando una sola orden para atacar.

—Sabes que no puedes hacer eso, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa socarrona, además de deformada.

—Nada me frenará, ni siquiera perder mi herencia. Y te advierto que si lo pierdo todo iré a por ti.

Dio media vuelta y salió disparado tras la estela de France, solo él podía saber en dónde se encontraba y el lugar no le gustó en absoluto.

«Vigíladlos», ordenó mentalmente a su hermano Aart.

Media hora más tarde volvió a materializarse en la cima de la montaña, el antiguo volcán era inestable, y pequeñas columnas de humo salían de entre las rocas cargando el ambiente de un azufre casi irrespirable.

Maldito Agor. Sabía lo que se proponía: entretenerlo para hacerse con el control del clan, pero en este mismo instante le daba igual.

Caminó por la cima buscando una grieta lo bastante grande como para colarse dentro. La montaña rugía de vez en cuando y cada vez que eso pasaba una punzada atravesaba su estómago. En su raza eran invencibles, pero si Agor hacía que la montaña cediera. Ninguno de ellos saldría con vida de allí. Y, por desgracia, su primo había empezado a mecer las rocas.

Maldita sea.

Ya no podía seguir el rastro de France, el azufre lo impedía de la misma

manera que embotaba todos sus sentidos. No veía con claridad ni discernía los sonidos lejanos, algo que los ponía en peligro indudablemente.

\*\*\*

—¡Joder! —gritó Storm apartándose de la lluvia de polvo que se desprendía del techo.

—Debemos ir más rápido, esto está cada vez más inestable.

Se giró para mirarlo, era tan alto que tenía que curvarse para caminar, y lo hacía de lado ya que estaban en una gruta demasiado estrecha.

—No puedo permitir que esto los alcance, France.

—También está ahí mi hijo. Storm, los encontraremos.

Tenía la esperanza de que en algún momento pudiera detectar la presencia de Junior. Si algo le pasara a su hijo..., no quería ni pensarlo.

De pronto todo empezó a temblar de nuevo y se apoyó en la pared. Storm se acercó a ella y apretó los puños gruñendo. Sabía que estaba haciendo lo mismo que ella; apaciguar a la montaña, intentar que las rocas permanecieran en su sitio. Quería llamar a su hijo a gritos, pero podía provocar un hundimiento absoluto y sepultarlos a los cuatro.

—Vamos, parece que ya se ha calmado.

—Ese cabrón de Agor, ¿qué clase de poderes tiene? —preguntó Storm reteniendo a duras penas su ira.

—No lo sé, Pero te puedo decir que si son como los de Yrre...

—Puede acabar con nosotros —terminó por ella.

—Tiene ventaja, aquí adentro somos vulnerables. Pero lo conseguiremos,



necesito a ese niño, y tú a los dos.

Cogió su brazo y continuaron descendiendo. Las lágrimas, esas que debía hacer milenios que no resbalaban por su rostro, descendieron sin ningún impedimento. Había poco oxígeno, su hijo aguantaría un poco más que Susan al ser de pura raza, aun así, terminaría faltándole también. Ella lo sabía y Storm también.

# Capítulo 16

Yrre consiguió meterse en una grieta lo suficientemente grande para él. Y se encontró con el laberinto de caminos que conducían al profundo corazón de la montaña. Iba a ciegas y el calor era extenuante, pero caminó intentando no hacer demasiado ruido y regulando su temperatura corporal. La irritación estaba haciendo cada vez más efecto conforme avanzaba.

Dos malditas horas después seguía sin encontrar ni rastro de France, tal como estaban las cosas iba a necesitar ayuda. Sabía que su compañera no quería que él estuviera allí. France lo estaba dejando a un lado deliberadamente. Tal vez sería mejor volver a enfrentarse a Agor y sacarle la mierda a golpes.

Se presentó en el consejo de nuevo y cuando todos los líderes del clan de Alaska se reunieron, explicó la situación.

—Tenemos que movernos —expuso Neoh.

—No permitiré que esto os salpique, yo os he traído la guerra a casa y tengo que hacerme cargo de la situación, pero necesito ayuda —explicó apesadumbrado.

—Si France muere....

—Lo sé, tengo que terminar con esto.

—Dejaremos a algunos hombres para custodiar el consejo y saldremos en su búsqueda. Son cuatro los componentes de mi clan que están en peligro —decretó Alistair.

Viggo se acercó a Yrre y le puso una mano en el hombro.

—No puedes estar en dos sitios a la vez, creo que no tienes ese poder.

Yrre lo miró sorprendido por su tono amistoso.

—No, no puedo hacer eso.

—Entonces acaba con ese grano en el culo que tienes por primo y deja que nos ocupemos de encontrar a los nuestros.

Necesitaba encontrar a France, pero si no ponía remedio a la situación de su propio clan, Agor podía hacer que la montaña se viniera abajo.

—He podido poner algunos refuerzos mentales dentro de las grutas por las que he pasado, creo que en un primer intento de sabotaje por parte de Agor aguantarán, pero deberéis ser rápidos. Acudiré en vuestra ayuda en cuanto pueda.

—¿Y dices que Agor es el culpable? ¿Él pudo entrar aquí? —inquirió Alistair molesto.

—Tenemos algunos poderes curiosos, entre ellos, los de desentrañar las protecciones de otros clanes. Solo a mi primo se le ocurriría usarlas sin comenzar un conflicto. Pero tuvo ayuda, y esa parte está controlada.

—Espero que todo esto no sea una vil patraña, Yrre —amenazó Tahiel.

—Sé que no confiáis en mí, pero ser el compañero de France debería darme un poco de credibilidad.

—Ella no ha cerrado el vínculo...

—Lo sé —admitió ante Elián.

Algunos no eran líderes, pero parecían ser consejeros de Alistair, el joven jefe del clan.

—Pero también te diré que la conocemos, y es una hembra bastante obtusa —añadió Elm.

Obtusa, descarada, tozuda, alocada, temperamental y un largo etcétera que no era el momento de enumerar, pero también estaba enamorado de ella, y eso era inquebrantable.

Otto sonrió.

—Te deseo una larga vida a su lado.

Perfecto.

Recorrió con la mirada los rostros de los machos allí reunidos, y no tuvo la menor duda de que todos se compadecían de él.

Se restregó la cara con las manos y gruñó.

—Ella no puede morir, ni su hijo.

—Busca a tus hombres, hazlo cuanto antes.

Y entonces tuvo una idea. Podía alejar a Agor de Alaska de otra manera. Si las mujeres y niños quedaban protegidos aquí, él podía maniobrar mejor.

—Seré rápido. Os agradezco vuestra ayuda.

Después de pasar la información mentalmente a Viggo, de la ubicación de la montaña y de las posibles entradas a ella, se despidió de todos.

—Viggo, ¿podemos hablar en privado? —pidió al hijo de Storm y padre de Junior.

—Por supuesto.

Se apartaron un poco.

—En casa de France hay un lugar... digamos que es una habitación para jugar.

—Sí, lo sé.

Y esas palabras se clavaron en su alma, joder, era de suponer que Viggo conocería el lugar. Aun así...

—He tenido que ejecutar a dos componentes de mi clan, por traición. Deshazte de los cuerpos y trae a la mujer que he dejado con vida, aunque deberéis mantenerla vigilada.

—¿Son los traidores?

—Sí, gracias a ellos Agor ha podido encontrarnos. Pero tengo que tener unas palabras con ella antes de...

—Joder, está bien, lo haré —le cortó adivinando cómo terminaría esa hembra.

—Gracias.

Hizo una breve reverencia con la cabeza y fue en busca de sus hombres. No sin antes poner una protección en la mente de la compañera de Alexo para que llevara el duelo lo mejor posible. Ella no merecía morir por las acciones de su compañero de vida.

Media hora más tarde, Yrre y sus hombres estaban mirando con consternación lo que un día había sido su hogar: las casas estaban quemadas y los cadáveres sembraban el lugar.

—Maldito Agor.

—Mujeres y niños en su mayoría —dijo Aart con tristeza.

—Tenemos que acabar con él —añadió Fugol.

Sus hombres no tenían ningún problema en verbalizar lo que sentían. Él no, la tristeza no le dejaba hablar.

El olor a cuerpos quemados casi no le dejaba respirar, su primo se había vengado por fin y había traicionado la confianza de los que le habían seguido en sus ideales y esos enormes aires de grandeza. Estos pobres incautos habían

creído cada una de sus palabras y ahora estaban muertos.

—Yrre...

—¡Qué!

Aart no dijo nada más, pero lo observó.

—No es tu culpa —expuso Sceadu.

—Sí, si lo es, no vi venir esto.

Sus hombres negaron con la cabeza.

—Cualquiera de nosotros hubiera actuado igual, maldita sea; había amenazado justamente con esto y tu decisión ha salvado vidas. Nadie hubiera adivinado que mataría a sus propios seguidores —argumentó Sceadu.

—No he podido salvarlos de la masacre...

—Ellos eligieron bando... —dijo Wulf.

Sus hombres, los que eran fieles a él, intentaban protegerlo de sus propias decisiones.

—No es excusa para mí —decretó.

—Echemos un vistazo, por si hay supervivientes —propuso Putman.

Caminaron por el centro del poblado, sus botas levantaban polvo y sus ojos no dejaban de recorrer la devastación.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo? —preguntó de pronto Aart.

Todos siguieron la mirada de su hermano. En lo alto de la colina estaba la que había sido su casa.

Ni siquiera había caído en la cuenta de que su hogar se hubiera podido salvar del incendio.

—Es extraño —dijo ladeando la cabeza.

—Deberíamos ir a comprobar...

—Aart, echad un vistazo, revisad vuestros hogares y cuidado con las trampas. Yo me ocuparé de mi casa.

—Nuestras familias están a salvo, solo hemos perdido cosas materiales, eso tiene arreglo.

—Lo sé, aun así, hacedlo. Eran parte de nuestra raza, no merecían esto.

Fue una orden directa que todos tuvieron que acatar mientras él se encaminaba hacia la colina.

A solo veinte metros de distancia pudo sentir que había alguien ocupando su antes hogar, y se puso en guardia.

Deshizo la protección solo con el pensamiento y entró. Varias familias estaban acampadas en el salón, mujeres y niños en su mayoría. Eran poco más de veinticinco, y teniendo en cuenta que su poblado se componía de más de quinientas almas, estos eran pocos.

—¡Yrre!

Los observó detenidamente, no habían encendido la chimenea. Supuso que no querían llamar la atención de nadie si había humo saliendo por la chimenea exterior. Estaban cubiertos por mantas y pieles de oso, esto último era algo que le revolvió las entrañas.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, gracias por haber venido... —dijo una joven hembra que no dejaba de temblar bajo una manta.

—No tan deprisa. Explicadme lo que ha pasado.

—Agor nos dijo que tenía que arreglar un asunto y se fue con sus hombres. Dos días más tarde volvieron algunos de ellos y prendieron fuego a

nuestros hogares. Pudimos huir a tiempo.

—Sabíais perfectamente de qué asunto se trataba, ¿cierto?

—Fue a buscarte —admitió uno de los hombres.

—¿Y a ninguno de vosotros se os ocurrió que eso no podía ser bueno para nadie?

Ninguno abrió la boca, su presencia imponía, y él lo sabía.

—Te fuiste... —dijo otro por fin.

—Salvé a los que advirtieron esto como un verdadero peligro, y después de ver cómo está todo, no se equivocaron. Lo que tenga que solucionar con Agor no podía pasar en el poblado. Eso os lo expliqué, y preferisteis seguir a ese loco.

Otra vez se hizo el silencio, parecían estar bastante arrepentidos, pero él era el verdadero líder y no dejaría pasar que los mismos que le habían dado la espalda quedaran impunes.

—Las mujeres y los niños podéis quedaros.

Se oyeron varios jadeos.

—Vosotros vendréis conmigo.

Solo tuvo que levantar la mano para hacer que todos los hombres desaparecieran al instante.

Cuando los tuvo encerrados en las celdas subterráneas justo debajo de su casa, todos empezaron a protestar.

—¡No puedes alejarnos de nuestras familias, no sobreviviremos a esto!

—No va a haber ningún juicio, vais a estar aquí durante diez años. Podréis soportarlo.

—¡No te traicionamos! —gritó otro.



—Tampoco apoyasteis mi postura, que no era otra que la de preservar nuestras costumbres. —Habló de manera tan calmada que estaba seguro de que eso era lo que más temían.

Cada uno de ellos estaba en una celda, en total eran siete.

—Alguien se ocupará de alimentaros.

—¡No, Yrre!

—¡Espera!

Los gritos de esos presos quedaron en la distancia cuando volvió a aparecer en su casa.

—¿Por qué, Yrre? —preguntó una de las hembras.

—¿Dónde está? —inquirió obviando a Owa.

Todas las mujeres guardaron silencio.

—¡No lo preguntaré de nuevo! ¿Creéis que soy idiota? Agor no dejaría esto sin vigilancia. ¿Dónde está Derian?

Los ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¡Hablad, o ateneos a las consecuencias!

# Capítulo 17

—Susan está sufriendo, está débil, puedo sentirlo. Pero sigo sin encontrar su ubicación exacta.

Storm estaba sudando, igual que ella. Cada vez estaban adentrándose más, y ya habían pasado por varias cuevas inundadas de lava incandescente. Ni siquiera podían regular sus cuerpos con eficacia, esto era demasiado.

—No les debe quedar demasiado oxígeno —vaticinó France sin temor a equivocarse.

—Espero que estemos cerca.

—Lo estamos —dijo mientras se quitaba ropa.

—France, no hagas eso, tu piel se puede quemar si no llevas algo que te proteja.

Rompió parte de los pantalones y parte de la cintura, como resultado; una especie de shorts y un sujetador, que sería de lo más sexy si no estuvieran en la situación en la que estaban, fue lo único que cubrió su cuerpo.

—Es látex y está empezando a derretirse, me voy a quemar de todas formas.

Storm resopló.

—Tú y tus extrañas costumbres.

—Ya me lo dirás cuando tus pelotas empiecen a hervir.

—No seas tan gráfica, joder. Tiendo a visualizar y no me gusta lo que veo.

—Mierda.

Habían llegado a una cueva y no había continuación.

—Si volvemos atrás perderemos demasiado tiempo.

—Están al otro lado —anunció Storm sorprendido como si ella no lo supiera.

—Lo sé.

France miró hacia arriba.

—Podemos intentar pasar por ese agujero.

—Yo no lo conseguiré, France.

—Lo sé, tienes el culo demasiado gordo.

—Joder, gracias. ¿Quieres que te suba?

—No.

No quería que la tocara, ningún macho podía tocarla después de Yrre.

—Ah, joder. Ya te lo has tirado —afirmó Storm adivinando su pensamiento.

—No voy a hablar de eso.

Storm se rio sin ganas.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—No preguntaré, si es eso lo que quieres.

France lo miró extrañada mientras se elevaba levitando en el aire.

—Estuvo bien. Es un *empotrador* nato.

—Menos mal que no querías hablar de eso.

—He cambiado de opinión —contestó asomando la cabeza por el agujero en la roca.

—¿Y necesito saberlo?

—No, pero... Espera un momento.

Storm se puso a su altura haciendo un gran esfuerzo, se le acababa la energía que France aún parecía conservar.

—Déjame mirar.

—Es Susan.

Y estaba desmayada.

—¡Susan! —gritó Storm.

Ella no contestaba, aunque tenía signos vitales.

—Tengo que entrar ahí.

—Déjame intentarlo, no hay señales de Junior. —Su voz sonó algo ahogada, temía por su hijo. Pero de repente lo notó.

—Está bien, Junior está bien —dijo eufórica.

—No puede andar lejos. Ese enano es listo, como el cabronazo de su abuelo.

—Es inteligente como su madre; ese ser maravilloso que lo trajo al mundo —contraatacó ella esforzándose por pasar por la pequeña grieta—. No insistas, soy bastante más lista que tú.

Se imaginaba la mueca en la cara de Storm, lo conocía demasiado bien.

—Hacía tiempo que no tenía tu trasero a esta distancia.

Se quedó quieta un segundo. Estaba segura de que había notado el aliento de Storm en uno de sus glúteos.

—No me interesa tu culo, nena, sino el de la mujer que está ahí adentro.

—Ya, por eso lo estás mirando...

Ya había saltado dentro. Podía desmaterializarse para acceder al interior de la cueva, pero debía conservar las fuerzas para sacarlos de allí. Storm no lo admitiría, pero él ya no podía usar los poderes. La montaña los había desgastado demasiado.

—Aisha te está volviendo medio humana; lo del sarcasmo es nuevo.

—Olvídame, Storm. Susan —la llamó tocándole el hombro después de llegar hasta ella—. Susan, soy France.

Un pequeño quejido salió de su boca y abrió los ojos.

—¡Junior! —exclamó la compañera de Storm mirando a su alrededor—. Oh, Dios. Junior estaba aquí.

Le costaba coger aire.

—Nena, aquí arriba. ¿Estás herida? —No podían verlo desde esa posición.

—Estoy bien, cariño. Solo... me cuesta respirar...

—Os sacaremos de ahí.

—¿Dónde está Storm Junior? —preguntó France cada vez más preocupada.

Susan arrugó la frente y France supo que acababa de llamar a su hijo por su nombre completo, pero no le importaba, no en este momento.

—Estaba aquí, no hay salida...

—¡Mamá!

Junior corrió hacia ella saliendo de detrás de una roca. France soltó el aire. Aunque podía sentirlo cerca, quería verlo.

—¡Cariño! ¿Dónde estabas? —Lo abrazó y evitó soltar las lágrimas que pugnaban por salir.

—No te preocupes, he cuidado de la abuela Susan. Solo estaba buscando

una salida, pero no hay —arrugó su pequeña carita—. ¿Cómo nos has encontrado?

Era un pequeño hombrecito valiente y ella estaba sumamente orgullosa.

—Por ahí —señaló hacia el agujero en el techo.

—Eh, valiente, gracias por cuidar de la abuela.

—¿Abuelo?

—Sí, aquí arriba. Según tu madre no puedo meter el trasero por aquí. Lo malo es que tiene razón.

El pequeño se echó a reír.

—¿Te ha llamado gordo?

—Algo así, pero ya ajustaremos cuentas, sabes que siempre gano a tu madre.

Junior frunció el ceño.

—Eso no es verdad, mi madre es la mejor.

—Vaya, que bien lo has educado.

—Como tiene que ser —decretó contenta con la idea.

France y Storm estaban intentando aligerar el ambiente, por eso bromeaban.

—Susan, ¿estás segura de que no estás herida? —preguntó ayudándola a incorporarse.

—No huelo sangre. —La voz de Storm se oía de forma gutural a través del boquete.

—No, no lo estoy. Pero tú sí, France. Llevas todo el cuerpo arañado.

Iba a contestar cuando su hijo le tocó el brazo.

—Mamá, he matado a un hombre.

—¿Qué?! —exclamaron los tres a la vez.

—La abuela estaba durmiendo...

—Desmayada —lo corrigió.

—Durmiendo —insistió el niño, así que lo dejó correr.

—Y vino un hombre, bueno, apareció de repente.

—Joder —susurró Storm desde el otro lado.

Junior rompió a llorar, tal vez impresionado por sus reacciones.

—No pasa nada, cariño. ¿Dónde está ese hombre? —pregunto suavemente, acariciando su infantil rostro.

—Yo no quería matarlo, me has dicho muchas veces que no debo hacerlo, que ya lo harías tú... pero no estabas.

—¿Le has dicho a tu hijo que matabas gente?

France abrazó al pequeño levantándolo del suelo.

—Cállate Storm, o le digo a tu compañera que me has estado mirando el culo.

Susan se echó a reír entre toses.

—Es un hombre, pero recuérdame que... —miró a Junior intentando elegir las mejores palabras—, no le deje jugar por las noches.

—Lo haré —aseguró France.

—Maldita sea, France —gruñó Storm.

—Te jodes —contestó ella.

—¡Mamá! Eso es una palabrota —exclamó el pequeño dejando de llorar.

Resopló.

—Indícame dónde está ese hombre, Junior. —Miró a Susan—. En seguida volvemos.

Cuando ella asintió, dejó a su hijo en el suelo, y cuando él cogió su mano, la arrastró por un laberinto de pasillos.

—¿Te duele? —preguntó su hijo mirando una herida en su cadera.

—Solo escuece, pero pronto sanará.

—Ah, vale. Mamá, ¿no te enfadas porque he matado a ese hombre?

Observó a su hijo. Llevaba unos vaqueros de esos caídos le gustaban y los había pedido en la última tienda a la que habían ido y una sudadera azul, que ahora se alegraba de haberle comprado, por lo menos lo abrigaba lo suficiente. Aunque para estar en este lugar no le hiciera demasiada falta.

—Ha sido para defender a la abuela, ¿verdad?

—Te lo prometo.

—Entonces, no me enfado.

—¡Bien!

Cuando dieron la vuelta a una roca vio al macho tirado en el suelo y estaba vivo. Era un hombre corpulento, indiscutiblemente uno de los hombres de Agor. Su cuerpo estaba en una posición bastante extraña y tenía la mirada perdida.

—¿Cómo lo has hecho?

—Mamá, yo solo deseé con todas mis fuerzas que se volviera tonto y así no sabría dónde estaba y no podría encontrarnos.

France reprimió la risa a duras penas. Su hijo le había hecho puré el cerebro a ese tipo, casi que era mejor que estuviera muerto, porque iba a necesitar babero y pañales el resto de su existencia, y en su raza, eso era



mucho tiempo.

—No está muerto, Junior. Pero vamos a tener que trabajar esos deseos tuyos, si esto se te va de las manos vamos a tener más de un problema. De momento, no desees cosas con mucha fuerza.

Era una conversación surrealista y lo sabía, pero era un crío.

—Vale. Tengo sueño.

—Enseguida voy contigo. Ahora ve con la abuela, voy a hacerme cargo de él —explicó señalando al tipo babeante.

—¿Se recuperará?

—Sí, claro —mintió—. Anda, ve.

Le dio un suave y cariñoso cachete en el trasero y estuvo atenta hasta que oyó a su hijo hablar con Susan y Storm.

También tenía que pensar en la manera de salir de aquí. Sus cuerpos necesitaban recuperarse durante al menos unas horas. Pero Susan no tenía ese tiempo y Junior era demasiado pequeño. Haría lo que estuviese en su mano por sacarlos a todos.

# Capítulo 18

Yrre subió las escaleras de tres en tres y entró en su antigua habitación como un vendaval. La imagen que apareció ante sus ojos lo cabreó tanto que, solo con su mente, levantó a Derian y lo empotró contra la pared contraria a la cama. El macho tuvo el tiempo justo de mirarlo con sorpresa antes de perder el conocimiento. Las hembras gritaron por la sorpresa.

Derian era un tipo grande, tanto como su hermano Agor, aunque con mejor apariencia; bastante atractivo y siempre rodeado de mujeres, quisieran ellas o no. No lo había visto en Alaska, y se temía que andaba por aquí. Si había algo a lo que Agor tenía apego era a sus dos hermanos, se habían unido en contra de su salvaje padre para salvar los pellejos, aunque al mayor no le había ido muy bien, a juzgar por su rostro. Todos en el poblado sabían la historia trágica de esa familia, de sus tíos y primos. Su tío murió cuando su padre lo ejecutó por traición, su propio padre, que era el líder en aquel momento. Y ahora la historia se repetía. Agor pretendía lo que un día su tarado padre anheló: el liderazgo del clan.

Dos mujeres de su raza yacían atadas en el cabezal de hierro forjado con sendas esposas, y lo miraban expectantes.

—Yrre...

—Estás vivo...

Levantó una ceja.

—¿No debería estarlo?

Ninguna de las dos contestó.

—¡Hablad!

La rubia desvió la mirada a las esposas.

—Derian dijo que esta era su casa ahora porque tú estabas muerto —  
explicó la otra.

—Como puedes ver se ha equivocado y os ha mentido.

Movió la mano y abrió las esposas.

—Cubríos y bajad al salón.

—¿Qué nos va a pasar ahora? —susurró la rubia cuando él ya salía de la  
habitación.

—No lo sé. ¿Está muerto? —preguntó la otra.

No, Derian no estaba muerto, pero iba a desear estarlo.

Una hora más tarde, Derian estaba encerrado en el sótano y soltando  
culebras por la boca. Las dependencias estaban preparadas para no permitir ni  
desmaterializarse ni contactar mentalmente con nadie.

—¡Esto te va a costar caro, Yrre!

—Tu hermano te dejó aquí para proteger mi poblado, ¿verdad? ¿Y qué  
estabas haciendo tú?

—Ya no es tu poblado, nuestra raza te repudia, no conseguirás que  
ninguno de nosotros sigamos viviendo así. No quieres mejorar, no quieres  
que avancemos.

—¿Qué entendéis por avanzar? ¿Deshaceros de mí y de los míos y  
sacrificar animales salvajes? No veo ningún avance ahí.

Derian se agarró a los barrotes.

—Mi hermano me va a echar de menos y vendrá.

—¿Es una amenaza? Porque espero que haga eso precisamente.

—Huiste como una rata.

—Evité un baño de sangre. Mi padre no pudo evitarlo, pero yo lo haré.

De pronto su lobo empezó a gruñir. Los lobos de los hombres encerrados estaban cerca, pero .... No los miraba siquiera.

«Es France».

Aart le estaba hablando mentalmente, y un escalofrío recorrió su columna. Si le había pasado algo a France, su compañera, su vida.

«Qué ocurre, ¿ella está bien?»

«Creo que sí, pero hay un problema, ven a la montaña. Mi compañera ha oído algo sobre Agor en el consejo, está allí también».

¿Qué hacía Aart en la montaña? Se suponía que el clan de Alaska se estaba ocupando de todo. Y él, una vez apresado Derian, quería volver a por France. Demasiados frentes abiertos.

Maldita sea.

\*\*\*

—Es mi hijo, Alistair, voy a entrar ahí, lo quieras o no —decretó Viggo.

—No tienes los poderes que necesitas, puedes morir.

—Mi madre y mi padre, la madre de mi hijo, Junior; esto es demasiado, es mi familia.

—No te hemos traído para perderte. Sabes que tanto Storm como France son capaces de sacarlos de ahí. Vamos a unirnos en esto, la montaña no puede ceder.

—¿Dónde está esa zorra?

Todos se giraron para ver a Agor avanzar.

—¿Me buscabas?

De nuevo, todas las cabezas buscaron la voz de France, quien apareció con Storm, Junior y Susan. Viggo corrió a coger a su hijo en brazos.

—Junior, ¿estás bien? —dijo repasando a su hijo con los ojos— ¿Y vosotros?

—Bien, hijo. Llévate a tu madre y a Junior a un lado. Esto se va a poner muy mal —pidió Storm.

France desapareció y volvió a parecer con el hombre que Junior había dejado como un vegetal y lo lanzó a los pies de Agor.

—¿Este despojo es tuyo?

Agor miró al tipo que estaba boca abajo y se agachó apoyándose sobre una rodilla. Cogiendo su hombro lo giró hasta dejarlo boca arriba. Cuando levantó la mirada una ráfaga de pura rabia invadió sus iris e iba enfocada a France en exclusiva.

—¿Oxa? —Puso una mano en su cabeza y cerró los ojos—. Es mi hermano.

—Ugh, que mala pata.

Alistair, Neoh, Elm, Elián, Otto y Val se pusieron al lado de France y Storm. Los hombres de Agor aparecieron uno tras otro unos metros por detrás de su líder. Y los hombres de los clanes de Alaska se posicionaron también.

—Esto no va a quedar así.

—No.

France enfocó su mirada en Oxa, el macho dio una fuerte sacudida y murió al acto con un último estertor. Después levantó su cuerpo en el aire y

lo lanzó unos cien metros montaña abajo.

—Ahora está mejor.

Agor se movió tan deprisa que solo pareció un borrón cuando se detuvo frente a France.

Ese tipo no la asustaba, al contrario, de hecho, le daba bastante lástima. Un tipo que solo aspiraba a liderar un clan a través de la traición era de todo menos admirable.

—Aléjate o voy a dejarte como un eunuco, y solo te faltaba eso. Sin cara y sin huevos no llegarás muy lejos.

—¡Basta! —Yrre apareció justo detrás de Agor.

France se inclinó para ver a su compañero.

—Hola amorcito.

—¿De qué vas vestida? —Después la miró de arriba abajo—. Estás herida.

—Muy observador, cielo. No es nada. Estaba teniendo unas palabras con tu primo, ¿sabes que tenía un hermano que se llamaba Oxa? Es un nombre de mierda.

—Pagarás caro lo que le has hecho.

Clavó un dedo en el pecho de Agor.

—Nadie se acerca a mi hijo. Y tú vas a ser el próximo solo por haber dado la orden de secuestrarlo.

Agor la miró de arriba abajo.

—Yrre, es una lástima que semejante hembra vaya a terminar suplicándome que la folle —Ni siquiera se giró para mirar a su primo.

La carcajada de France resonó en todo el valle.

\*\*\*

—Yo de ti lo pensaría un poco antes de abrir esa boca —amenazó Yrre.

—Joder, has hecho que me mee en las bragas —soltó France ante el estupor de Yrre.

—¿Qué bragas? —preguntó Storm sin perder de vista a Agor.

—Ups, es cierto, no llevo.

—Nena, él no debería saber eso...

—No te preocupes Yrre, gracias a la aventura dentro del volcán me ha venido bien, hacía calor. Razón por la cual voy a matar a otro de tus primos.

Dicho esto, saltó encima de Agor y agarró su cabeza con las dos manos. Sí, Yrre había visto el cuerpo de Oxa hacía escasos minutos.

Levantó una ceja al verla encaramada sobre los hombros de su primo y con la vagina exactamente en su boca.

—Esto no me gusta —masculló.

—No te preocupes, Yrre. Le gusta jugar con sus víctimas.

—Acabo de anular los poderes de Agor.

—Yo en tu lugar no haría eso. No lo disfrutará y te arrancará la polla. Por mucho que sea tu compañera.

Captado. Dejó ir la compulsión sobre su primo y éste empezó a gruñir.

Los lobos saltaban y gruñían. Yrre y los demás los calmaron.

—¡Putra hembra!

France salió volando y se incrustó literalmente en la copa de un árbol. Iba a poner remedio al asunto, pero la carcajada de su compañera lo frenó en

seco. Algo tarada sí estaba. Pero como le gustaba esa hembra, si seguía moviéndose así no iba a poder esconder la erección que pugnaba por reventarle los pantalones de cuero. Su compañera era sexy hasta peleando.

—Me siento idiota.

—France tiene ese talento innato, hacerte sentir un inútil; no necesita a nadie para defenderse y tu primito ha tocado a Junior, no saldrá con vida. Espero que no te importe —contestó Alistair.

—Como jefe de mi clan no voy a consentir que ella termine esto.

—Que tengas suerte con eso, tío.

—Agor ha quemado toda mi aldea, con algunos de sus habitantes dentro.

Alistair lo miró horrorizado.

—¿Qué?!

Yrre asintió en el momento justo en el que aparecían todos sus hombres.

—Alistair, de líder a líder, te pido formalmente que os retiréis.

—Estás en tu derecho. Solo hay que convencer a France de que deje vivir a ese gusano.

—Yo me ocupo.

—Toda tuya.

Miró al líder entornando los ojos. Mucho se temía que esperaba la reacción de France. Miró a su primo y a su compañera, les faltaba exactamente un segundo para liarse en una guerra sin cuartel. No iba a consentirlo.

France levantó una pierna y golpeó con saña las partes nobles de Agor. El macho cayó al suelo entre gruñidos.

—Eso ha estado bien, nada de trucos sucios —ironizó Elm.



—Tú anímala y verás cómo termina esto —contestó su hermano Elián.

—¡France! —gritó Yrre colocándose al lado de Agor.

—¿Qué!? Apártate.

—No.

—Yrre, no me cabrees.

—Nena, tengo que explicarte algo.

Ella puso los brazos en jarras.

—¿Y crees que ahora es un buen momento?

—El mejor.

—Nos retiramos —anunció Alistair.

—Yo me quedo —dijo Storm.

# Capítulo 19

—Contaba con eso, Storm. Espero que entiendas que nuestro clan está demás aquí, entendemos perfectamente tu postura. Susan no merecía estar ahí abajo y aún menos Junior. Pero Yrre nos ha pedido que dejemos el asunto en sus manos.

—Entiendo. Sigo pensando que debo ver cómo termina esto. Ese cabrón ha puesto en peligro a mi familia...

No había terminado la frase cuando vio a Viggo golpear la cabeza de Agor de una patada.

—Hijo de puta —gruñó el aludido.

Al momento su hijo se retorció en el suelo. Agor estaba aplicando algún tipo de dolor insoportable en Viggo. Y ya no pudo más.

Lo levantó por el cuello y apretó con fuerza, logrando que dejara ir a su hijo.

—Aquí se termina todo. No volverás a poner la mano sobre uno de los componentes de mi familia o de mi clan.

—¡Eh, espera! —gritó France.

—No creo que este energúmeno merezca...

Pero una gran explosión de poder detuvo a Storm y los hizo retroceder de golpe y caer de espaldas sobre las rocas. Todos menos Yrre, que seguía de pie al lado de su primo.

—Joder —se quejó Storm—. ¿Ha sido Yrre?

—Me temo que sí, yo lo capo...

—France y Storm, acompañadme —ordenó el aludido.

France lo miró furiosa.

—Por favor...—pidió Yrre—. Lo siento, nena.

Al momento desapareció llevándose a Agor con él. France cogió el codo de Storm y siguió la estela de Yrre. Storm, por su cuenta, no podría hacerlo.

—Maldita sea —gruñó France.

La devastación los impactó de lleno y el olor a quemado penetró de golpe en sus fosas nasales. Todo estaba carbonizado y ni siquiera la ventisca, que acababa de empezar a soplar, lograba llevarse el hedor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Storm.

—Eso, Agor, ¿qué ha pasado? —preguntó Yrre con voz neutra

Yrre se había deshecho de sus ropajes y ahora solo llevaba sus pantalones de cuero y su espada. Su largo cabello le cubría media espalda. Y todo su torso y extremidades parecían esculpidos, cincelados por el mejor de los escultores; era digno de admirar.

—Terminaré contigo igual que he hecho con todos esos idiotas —amenazó Agor.

—Pues estaban de tu parte.

—Voy a empezar de nuevo, lejos de aquí, y no necesito lastre.

—¿Los has ejecutado porque eran una carga? —gruñó Yrre.

—Los he ejecutado porque en el último momento intentaron convencerme de que te siguiera...

—Y eso hiciste, fuiste a Alaska.

—Querían que te trajera de vuelta, querían al líder Yrre —escupió Agor.

Las fosas nasales de Yrre se dilataron y su mirada acerada se clavó en la de su primo.

—Dadle una espada.

Agor sonrió.

—Tu padre pudo con el mío. Pero hoy voy a cambiar la historia. Tú y tu sentido del honor te matarán —aseguró.

La ventisca era cada vez más fuerte. Y France estaba empezando a cabrearse con la situación.

«Quiero verlo morir», le dijo mentalmente a Yrre.

«Y lo verás», aseguró él.

«Por mi mano».

«No, debe pagar por el genocidio, espero que lo entiendas».

Se envaró mientras Agor recibía la espada de la mano de Aart, las dos espadas estaban fabricadas con diamante, esa era la única manera de matar a un inmortal. Todos los hombres de unos y otros rodeaban a los combatientes. Agor no esperó para atacar y fue directo al estómago de Yrre. Su compañero esquivó el envite y los cuerpos chocaron como si fueran dos trenes de mercancías.

—Me largo —anunció.

—Tengo que ver morir a ese bastardo —contestó Storm.

—Como quieras.

—Vístete France, vas casi desnuda. Esos tipos están babeando.

Efectivamente, unos cuantos miraban el enfrentamiento, pero tenían un ojo puesto en ella.

—Olvídame, olvidadme todos.

Se desmaterializó y apareció en su casa. Por una vez, Storm tenía razón. Después de lavarse se miró al espejo y vio que sus heridas ya estaban cicatrizando, algo normal en su raza.

Se vistió con un mono negro y se calzó unas botas por encima de la rodilla, también negras. Su pelo rubio brillaba bajo la luz del baño. Se sirvió una cerveza y se sentó, quería ir a ver a Junior, asegurarse de que estaba bien. Pero también necesitaba pensar.

En realidad, lo que no quería era ver morir a Yrre, por eso se había ido. Ella hubiera desintegrado al idiota y listo, pero Yrre parecía obsesionado con demostrar su valía ante su pueblo, o lo que quedaba de él y ese Agor había demostrado ser un salvaje. Había matado a sangre fría a su propia gente y eso era un factor a tener en cuenta. Era un tipo enorme y bien entrenado, el manejo de la espada lo había delatado. Aunque Yrre no se quedaba atrás, debería haberse quedado para... ¿para qué? Ayudarlo, en un momento dado, habría significado una humillación para Yrre. Los machos y su maldita manía de quedar como un alfa en cualquier situación, aun a riesgo de morir.

Se levantó y fue a comprobar cómo había terminado Yrre con los componentes de su clan retenidos en el sótano. ¿Habría aplicado la pena capital sobre Alexo y Wica?

No, no lo había hecho, miró las cadenas. Las de Bestadan y Alexo seguían atadas, señal de que los había hecho desaparecer. Pero las que habían retenido a Wica, estaban abiertas. La había desatado.

Maldito Yrre, esa mujer había contactado también con Agor y aunque ella no sabía para qué. Su compañero debería saberlo y haberla acusado de traición.

¿Qué coño le pasaba a Yrre? Era una humana lo bastante estúpida como para haber traicionado a su líder.

\*\*\*

Yrre percibió el abandono de France, pero no se podía permitir cometer un error. Agor no dejaba de atacar buscando algún punto débil o distracción de la que aprovecharse. Mientras esquivaba una y otra vez la afilada hoja dejó que su primo se agotara, era su estrategia.

De vez en cuando lograba alcanzar alguna parte de su cuerpo haciendo cortes profundos en la piel de Agor, la pérdida de sangre lo terminaría debilitando.

—¡Deja de jugar y acaba con él, líder! —gritó alguien.

Él sonrió de manera cínica. Agor nunca le superaría en un enfrentamiento y lo sabía. Lo quería agotado y suplicando por su vida, tal como imaginaba que había suplicado su gente. La rabia volvió a crecer en su interior y en un arrebato levantó la espada y con un acierto milimétrico le cortó una oreja.

Su primo, lejos de quejarse, arremetió de nuevo y, ahora sí, se enzarzaron en una verdadera lucha, el sonido del diamante chocando reverberaba en las montañas. Los gruñidos y esfuerzos se asemejaban a los de los animales salvajes.

La hoja de Agor cortó su muslo izquierdo y apretando los dientes decidió terminar con la tortura. Se abalanzó sobre él y, en un descuido de su contrincante, lo obligó a retroceder, Agor perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Yrre no tuvo más que apoyar la punta de su espada en la garganta de su primo.

—Dime, Agor. Has perdido a Oxa, pero, ¿puedes encontrar a tu otro

hermano?

El único ojo sano de Agor se abrió de manera desmesurada.

—¿Qué has hecho con Derian?

—Lo que debí hacer mucho tiempo atrás.

—Eres un hijo de puta. Solo tenías que renunciar a tu puesto, te oí decir que no lo querías, sin embargo, aquí estas.

—Si renuncio a mi liderazgo jamás sería para favorecerte, estúpido. Has cometido los mismos errores que tu difunto padre. A pesar de que lo odiabas con toda tu alma, has seguido sus pasos y eso te hace ser el ser más repugnante que he conocido.

Agor no contestó, pero tampoco apartó la mirada, seguía retándole a pesar de estar en desventaja.

—Esta gente, mi gente, no merecía este final. Tú no mereces vivir y sé que acabando contigo tampoco merezco ser el líder.

Los gruñidos de sus hombres hicieron eco en las montañas. Levantó una mano para hacerlos callar.

—Que así sea, elegiremos a un nuevo líder.

—¿Para que puedas empezar otra revuelta?

—Por favor, Yrre. Me iré de aquí, lo juro.

Suplicaba por su vida y eso era lo que había estado esperando.

—Sí, sí que lo harás.

Hundió su espada lentamente en el cuello de Agor sin dejar de mirarle a los ojos, mientras él dejaba caer la espada y agarraba con las dos manos la hoja que le estaba sesgando la garganta. Yrre fue testigo de cuando la vida abandonó su cuerpo. No sintió nada, no se alegraba de haberlo matado,

tampoco le entristecía la situación.

De repente, el cuerpo de Agor se desvaneció en el aire.

Los gritos y vítores de sus hombres inundaron el lugar y el buscó con la mirada a los machos que habían apoyado a Agor.

—Tenéis dos opciones: morir o ayudar a levantar el poblado de nuevo. Ninguno de vosotros va a ser ejecutado a menos que incumpláis las reglas.

Eran unos quince hombres que se miraron unos a otros y, uno a uno, hincaron una rodilla en el suelo mostrando así su rendición.

—Mañana a primera hora os quiero a todos trabajando. Aart, enciérralos en los sótanos.

Su mirada buscó a Storm, el macho se mantenía erguido con los brazos cruzados sobre su pecho, parecía complacido.

—Hablemos —dijo pasando por su lado.

La nieve apenas dejaba ver más allá de cinco metros por delante de sus rostros ahora. Storm asintió y juntos subieron la colina hacia su hogar.

\*\*\*

—¡France! —Aisha la llamó en cuanto la vio en el consejo.

—¿Dónde están Susan y Junior? —preguntó sin pararse.

—Con Lidia, Ariadna y Nora. Viggo también está con ellos, lo han traído los hombres.

—Bien.

Aisha se puso a su altura, ella daba largas zancadas, pero la chica lograba alcanzarla. No tenía ganas de discutir. Si Aisha se enteraba de que había



abandonado a Yrre iba a largarle un buen sermón.

—¿Dónde está Yrre?

—Sacando a relucir su hombría.

—¿Qué?

Apretó el paso.

—Lo que has oído. Cargándose a su primo.

—Viggo nos ha contado lo de su poblado...

—Sí, ese tío es un puto tarado.

—Que Yrre acabe con él no me parece tan mala idea.

Frenó en seco.

—¿De verdad? Es extraño que apoyes algo así.

—No merece vivir si ha cometido esos horribles actos.

—Vaya, cada vez me gustas más.

Aisha sonrió.

—Lo sé.

¿Cómo coño lo sabía? Arrugó la frente.

—France, estoy bromeando.

—Ya empezamos, deberías avisar antes de hablar.

Aisha resopló.

—Vale. —Puso una mano en su antebrazo—, ¿Por qué no has vuelto con Yrre?

—No me ha dejado tocar a Agor, y créeme cuando te digo que lo habría matado de todas formas. Pero ese capullo de Yrre ha protegido a su primo. Y parece proteger también a Wica, su amante humana. Que me olvide —

sentenció.

Aisha levantó una ceja.

—Es a su pueblo al que quiere vengar.

—Es a mi hijo al que ha osado llevarse —rebató furiosa.

—Tienes que reconocer que lo respetas, si no habrías acabado con Agor, lo quisiera Yrre o no.

—He dejado que lo hiciera él porque Junior está con vida, no te equivoques.

—Si eso es de lo que quieres convencerte, adelante.

—Basta, Aisha.

Su amiga soltó el aire.

—Junior está bien. Bueno, no deja de decir que «casi» —Aisha levantó dos dedos de cada mano para imitar unas comillas—, mató a un hombre.

—Lo dejó como un maldito vegetal, sí. De lo cual me alegro, sabe defenderse.

Se disponía a seguir caminando, pero Aisha se puso delante.

—France, qué pasará cuando vaya al colegio y otro niño lo haga enfadar...

—Pues que le destroce el cerebro, así dejará de molestarlo.

—¡France!

—¿Ves? Tú tampoco sabes pillar una broma.

La rodeó y continuó andando cuando oyó a Aisha reírse a carcajadas. Se giró para mirarla sin cambiar el rostro serio. Aisha se tragó la última carcajada.

—¿Estás segura de que era una broma?

—Inocente —soltó antes de entrar en la habitación de Susan y Storm sin llamar.

—¡Mamá! —Junior corrió a sus brazos.

## Capítulo 20

—No entiendo cómo consiguieron saltar tu protección —murmuró Viggo.

—Tengo una ligera idea.

—¿Me lo vas a contar? —pidió Viggo al notar su silencio.

Estaban sentados en los bancos de las mesas del comedor común del complejo, a la espera de que Storm regresara. Esto era solamente preventivo y la gente de Yrre, que aún estaban en el complejo, tendrían que volver a su poblado, o lo que quedaba de él.

—No —contestó al rato.

—France...

—¿Wica está aquí? —preguntó evitando el tema.

—Yrre me pidió que la trajera.

Una rabia incontenible trepó por su garganta. Yrre no merecía tener compañera, no merecía tenerla a ella y tampoco iba a tener a su humana.

Bebió de su botellín de cerveza, el alcohol no afectaba a los de su raza, pero le gustaba el sabor.

—¿Por qué no puedo saber lo que vas a hacer? —exigió Viggo sin sospechar nada de sus pensamientos.

—Porque tendéis a quitarme la diversión, y esta me la guardo para mí sola.

Viggo se echó a reír.

—De acuerdo, toda la diversión para ti.

—No lo dudes.

Mientras Viggo bebía cerveza miró su rostro. Deseaba que encontrara a su compañera, el hombre merecía ser feliz; como lo era su padre.

—Me hubiera gustado poder ayudar a recuperar a nuestro pequeño... y a mi madre.

—Algún día desarrollarás todos tus poderes y serás el mejor.

Viggo levantó una ceja.

—¿Eso ha sido un cumplido, France?

—Que va...

—¿Te apetece tener sexo?

Si esperaba que se sorprendiera por su petición lo tenía grave. En la cama se entendían, pero no estaba para fiestas *eróticofestivas*.

—No.

—Vaya, desde que tienes compañero...

—No, no lo tengo.

—¿Renuncias a tener a Yrre?

—Del todo.

—Mierda, pobre tío.

—Es fuerte, lo soportará.

Eso no era cierto, hasta el macho más poderoso de su raza moriría si su hembra no lo aceptaba. Pero estaba demasiado cabreada con él. Y no era precisamente por lo que había pasado con su hijo y con Agor. Había algo que había descubierto hacía tan solo un par de horas y que no le había gustado en

absoluto.

—No será así...

—Déjalo, Viggo. No es tu problema.

—Es un buen tipo.

Dejó de golpe la botella en la mesa.

—Está bien, no es mi problema, captado. —Viggo levantó las manos en señal de rendición.

De repente se produjo un gran revuelo.

—Creo que ha vuelto mi padre. Voy a ver...

No se movió del sitio mientras observaba a Viggo cruzar la sala para salir. Tan guapo y tan ágil, no le extrañaba en absoluto que las mujeres perdieran la chaveta por un buen polvo con él. Y lo cierto es que él sabía aprovechar el tirón. A veces se preguntaba a sí misma si estar con Viggo no hubiera sido lo más fácil, o lo correcto. Una vez hubiera estado emparejada, Yrre no habría encontrado en ella a su compañera de vida. Por otro lado, pensar en ese macho enamorado de otra hembra le revolvía las tripas.

«Eso son celos», le dijo su mente. «Vete a la mierda», contestó. Igual sí que estaba tan tarada como se comentaba. Podría llegar a casa y pegarle un tiro al espejo, solo para sentirse mejor.

De repente un sonido de tacones invadió la sala, miró hacia la entrada y vio venir a Susan y a su hija Ylva. Aisha, Lidia, Ariadna y Nora iban pegadas a ellas y todas llevaban una gran sonrisa en sus jodidos rostros.

—¡Oh, joder! —dejo caer en voz alta.

—Venga, cuéntanos —inquirió Aisha.

Todas se sentaron, Aisha y Susan estaba una a cada lado de ella. Las otras

se sentaron enfrente, ocupando el banco donde había estado Viggo.

—¿No estáis un poco apretadas? —preguntó ignorando a Aisha.

—Tienes compañero, queremos saber —espetó Ylva.

—Mira niña...

—¡France! —Aisha ya había puesto el grito en el cielo.

—¡No soy ninguna niña! Joder, France —exclamó la aludida.

—Para mí, sí.

—Storm y yo vamos a ser abuelos de nuevo —anunció Susan con una gran sonrisa en su bello rostro.

En el fondo no le extrañaba que Storm estuviera colado por esa humana.

—Enhorabuena —dijo sin ninguna emoción.

—No des esos saltos, tía France —soltó Ylva provocándola.

—No soy tu tía, te lo dije cuando eras solo una enana y te lo repito.

Ylva se carcajeó.

—Storm ha vuelto —anunció Lidia.

—Lo sé.

—Dice que todo está solucionado —añadió Ariadna.

—Me alegro.

Seguía sin mostrar ninguna inflexión en su voz.

—No pareces muy feliz, France —cuestionó Nora.

Hizo ademán de levantarse, se estaba cabreando. O emocionando, no sabía qué sentimiento era ese. Pero Aisha, la jodidamente dulce Aisha, le cogió la mano.

—Quédate France. Nos estás preocupando.

—No deberíais.

—Somos tus amigas —sentenció Susan.

Si ella supiera... No serían tan amigas.

Se sentó de nuevo dispuesta a terminar con esto.

—¿Qué queréis?

—Que seas feliz —dijo Aisha.

—Lo soy, ¿contentas?

—Tienes un problema, no sabes mentir.

—Una vez me dijiste que no estaba mal mentir para salvar a tu corazón, pues eso.

Aisha la miró sorprendida.

—Pero no a tus amigas.

—No hay manera, eres una hembra ilógica, no te entenderé jamás —gruño en un tono muy poco femenino.

Aisha la abrazó ante la atenta y no menos sorprendida mirada de todas.

—Yrre no ha venido, ¿por qué? —Aisha la soltó al notar su rigidez. De hecho, a ninguna de las otras mujeres les habría permitido tal cercanía.

También estaba el hecho irrefutable de que Aisha no amaba su vida lo suficiente.

Miró al techo.

—No lo sé, supongo que intuye mi rechazo.

—¿Rechazo?

—¿No aceptas a tu compañero?

—¿Por qué harías algo así?



—Él... morirá.

—No puedes ser tan egoísta, France.

El bombardeo llegó de tal forma que clavo la mirada en cada una de ellas.

—Chicas, chicas, dejad que se explique —intervino Aisha, poniéndose de su parte como siempre hacía.

—No voy a explicar nada, joder. No deseo ningún compañero y punto.

«Storm, vigila a Wica, no la dejes marchar. Las mujeres me tienen atrapada en el comedor, enseguida voy».

«Está bien, no tardes. No sé cómo pueden reaccionar las hembras del clan de Yrre, no hacen más que protegerla».

«Tiene que ver con el secuestro de Junior y Susan».

«No va a moverse de aquí», contestó cambiando el tono de voz a otro más grave.

—¿Te acabas de comunicar con Storm? —preguntó Susan.

«Mierda, esto no te lo esperabas», se dijo.

—Solo para que retenga a alguien, no es nada personal. —Y ella misma se acababa de sorprender dando explicaciones.

—No me importa que lo hagas, solo que... he notado algo.

France no contestó.

—Sé que Storm y tú..., por eso os habláis mentalmente, ¿verdad?

—¿Qué? —Ylva interrumpió a su madre.

Joder, no necesitaba esto.

—Deberías hablar de eso con él —soltó deseando marcharse. Ahora.

—No hace falta.

—Storm y tú, ¿estuvisteis juntos? ¿Os acostabais? —preguntó Nora.

Esto estaba pareciendo un juicio, y no iba a pasar por ahí.

—No te estoy juzgando —explicó Susan, que parecía leerle el pensamiento también—. Fue antes de conocerme y no voy a estar celosa por algo que pasó hace mucho tiempo.

Respiró tranquila. No le importaba que Susan se ofendiera o no; le importaba que Storm se alejara de la vida de Junior.

—Venga, estaba cantado, esas pullas entre vosotros solo las podían provocar el rencor o la confianza. Y vosotros dos habéis confiado siempre el uno en el otro —soltó Lidia.

Todas sonrieron, menos ella.

—Malditas humanas. Tengo que irme.

—¿Y qué pasa con Yrre?

—Nada, no pasa nada, ni pasará.

Se fue antes de que la cosa se desmadrara y tuviera que borrarles la memoria a todas permanentemente, algo que Elm, Elián, Neoh, Storm y Alistair, no iban a comprender ni aceptar.

—Que cabrona —se lamentó Ylva.

Había alboroto en la sala de reuniones y aceleró el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó dirigiéndose a Storm que estaba rodeado de hembras cabreadas.

—Tú misma —contestó mirando a las mujeres.

—Yrre, vuestro líder, os espera en Canadá —gruñó cabreada, ya estaba harta de estas tías.

—Yrre, nuestro líder, espera que regresemos todas y eso incluye a Wica

—declaró una de las hembras.

France la miró fijamente.

—Nena, no —advirtió Storm.

La chica que había hablado dio un paso atrás, aterrada.

—Nunca más me hables así o atente a las consecuencias.

—Lo... lo siento. Pero Wica...

—Wica debe responder ante mí por sus actos, y ahora largaos. Fuera de aquí.

Aart acudió a su lado y le habló en voz baja.

—Yrre no va a estar contento con esto.

—¿Tengo cara de que me importe? Ocúpate de tu gente, ya no sois bienvenidos aquí.

—France, joder. Tenemos que hablar —intervino Storm.

—Ahora no, tengo algo que hacer y requiere toda mi atención.

—Nos vamos —anunció Aart.

# Capítulo 21

—Ven conmigo. Quiero que seas testigo de esto.

Dijo encaminándose a la zona subterránea en donde Storm había encerrado a Wica.

—Está bien —aceptó Storm—. Paso demasiado tiempo contigo.

—Eso no es cierto.

—Pregúntaselo a mi compañera. Cualquier día me cortará los huevos.

Se paró un momento en mitad del pasillo de roca.

—Si no te los ha cortado ya, no lo hará.

—¿A qué coño te refieres?

—¿No lo sabes, Storm?

—¿Qué debo saber?

Lo miró a los ojos levantando la cabeza.

—Sabe que estuvimos juntos. Y eso era algo que no necesitaba saber.

—Yo no se lo he...

—Lo sé, pero es lista e intuitiva.

—O tú has dejado caer demasiadas evidencias en el pasado.

—Ah, eso. Creí que no lo pillaría —dijo agitando la mano.

—Querías joderla, France.

—Tal vez. Pero en mi favor diré, que desde que sois padres nunca he

vuelto a insinuar nada.

—Mierda, voy a tener que lidiar con esto...

—Tranquilo, se lo ha tomado bastante bien. Aunque la curiosa de tu hija quiere más información.

Storm se rascó la cabeza.

—Joder.

—Mucho miedo veo en tus ojos, cielín —dijo la última palabra canturreando.

—Las hembras sois temibles.

—¿Perdón? Puedes temerme a mí, no a una humana.

—No sabes de lo que hablas —dijo Storm hundido.

—¿Te has cagado en los pantalones?

Continuó andando.

—Que te jodan, France.

Soltó una carcajada cuando ya estaba abriendo el gran portón de hierro que daba acceso a los sótanos.

En la penumbra de una de las celdas estaba Wica hecha un ovillo. Su pelo largo y trenzado casi la tapaba por completo.

—Tú, vienes conmigo.

Ella levantó la cabeza y pudo ver los surcos de las lágrimas en sus pómulos, su oscura piel estaba ajada y cuando se levantó perdió un poco el equilibrio. No le importaba, así que entró la cogió por un brazo y desapareció.

Cuando aparecieron los tres en las termas, observó la extrañeza en el rostro de Storm.

—¿Por qué aquí?

—Porque aquí empezó todo, ¿verdad Wica?

La chica no contestó, pero su mirada parecía lanzar dagas.

—Déjame en paz, no tengo nada que hablar con vosotros.

—Oh, sí lo tienes.

Levantó la mano y la empujó contra la pared. Unas cadenas se enroscaron alrededor de sus piernas y brazos dejándola inmovilizada en el sitio.

—Cuando Yrre se entere...

—No vas a volver a ver a Yrre.

—¿De qué va esto? —preguntó Storm a France.

—Gracias a ella, Agor y Oxa pudieron llegar a Junior y Susan.

Storm la miró y después miró a Wica.

—¿Cómo? —Volvió a preguntar entrecerrando los ojos.

—Me he estado devanando los sesos, pero cuando Junior hizo polvo el cerebro de Oxa, capté algunos retazos que me hicieron atar cabos.

—¿Leíste una mente agónica?

—Soy curiosa.

Los ojos de Wica se iban agrandando.

—Joder, France —Storm fingió un escalofrío—, estás enferma.

—La cuestión es que Yrre y yo tuvimos sexo aquí.

—Demasiada información, nena. Aunque ya lo sé, llegué justo después y...

—¡Y una mierda que no voy a ver a Yrre! A ese cabezota le tengo que hacer entender que no hay nada en ti. Malhablada, basta, y más apretada que

el tornillo de un submarino. Pero ¿te has visto? Pareces una maldita puta, cualquier hombre caería a tus pies engañado —declaró Wica en un arranque de valentía, interrumpiendo a Storm.

—Upps —Storm tragó saliva y se cruzó de brazos mirando a Wica.

France sonrió y se acercó lentamente a la chica.

—No me das miedo, si me haces daño, Yrre no te lo perdonará. Él me liberó de ti. Me quiere, France. Acéptalo.

La bofetada le hizo girar la cabeza de golpe. Se apartó el pelo echándolo por encima de su hombro y volvió junto a Storm.

—Joder, qué hostia, le vas a partir el cuello, France.

—Aún no.

—Reconoce que tiene agallas, para ser una humana.

—No la defiendas, ni se te ocurra.

—No la defiendo. ¿Me lo vas a decir ya?

France señaló a Wica.

—Esa tarada dejó que Oxa utilizara su mente para llegar hasta Yrre.

—¿Y que tiene que ver eso con el secues... —Miró a la chica—. ¿Así supieron deshacer tu protección?

—Muy bien, cariño. Veo que lo has sacado tú solito.

—Algo no cuadra, France.

—¡Mientes! —gritó Wica.

—Yrre lo habría sabido —afirmó Storm sin atender a Wica..

—No, porque es un macho.

Storm arrugó la frente.

—Gracias por decírmelo, no lo había notado.

—De nada.

Storm resopló y puso una mano en su propia frente.

—France...

—Estaba tan acostumbrado a su coñito y confiaba tanto en ella que no lo vio venir. La encontraron en un contenedor de basura. Bajo mi punto de vista debieron dejarla en donde estaba.

—Al lado —corrigió Wica.

—Al lado, dentro; la mierda se tira en cualquier sitio.

—Vamos, France. Yrre no es ningún idiota. —Storm retomó el tema enseguida.

—Lo sé. Imagino que entre Oxa y Agor pudieron hacer que Yrre no percibiera la presencia de ellos en su mente, la debieron enmascarar con la de Wica. Y como el muy capullo nunca hubiera sospechado de ella...

—Joder, eso deberíamos haberlo previsto. Te negaste a aceptar que fuese tu compañero, las señales estaban ahí, France. Pero eres una maldita tozuda, y el curso natural del vínculo siguió adelante. Yrre ni siquiera es consciente de todo lo que sabe de ti.

—¡No es su compañera! —exclamo Wica de nuevo.

—Sí, lo es —contestó Storm sin mirarla—. Y ahora cállate o el próximo golpe te va a llegar por mi parte.

—Eso es otra historia de la que ahora no quiero hablar —se defendió France.

—Está relacionado con todo esto.

—La cuestión es que esa niñata consintió que esos tipos la utilizaran para



llevarse a Junior y nadie toca a mi hijo.

Storm pareció sopesar el asunto. Sabía cómo era y Wica era muy joven. Se estaba debatiendo entre darle su merecido o matarla directamente.

—¿Es cierto eso? —preguntó acercándose a ella.

—Sabes que nunca miento, Storm —dijo France a su espalda.

—La tienes cruzada desde que la conociste, todos hemos sido testigo de eso.

—¿Te atreves a dudar de mí? —inquirió cabreada.

—Voy a entrar en su mente —anunció Storm—. No mataré a una inocente.

—Por mí, adelante.

—¡No! —grito Wica haciendo tintinear las cadenas.

—No tienes nada que temer, ¿verdad?

—No voy a dejar que entréis en mi cabeza, ¡sois unos animales!

Hela, su loba, se acercó a ella gruñendo.

—También podríamos dejar que Hela haga el trabajo sucio —propuso France.

Aunque no hablaba en serio, a Wica la ejecutaría ella misma.

—No entraré en tu mente si me cuentas exactamente lo que pasó, y di la verdad.

A la chica se le iluminaron los ojos.

—Ellos no me dijeron lo que pretendían, solo entraron en mi mente y luego se fueron.

—Mientes —dijo France entre dientes.

—Que te jodan —siseó la chica, después miró a Storm—. Tú me crees, ¿verdad?

—Ni una palabra.

Si no fuera porque el color de su piel era oscuro, France habría jurado que estaba pálida.

—Veamos, ¿por quién nos has tomado? Voy a terminar contigo en menos de un segundo —amenazó irritada.

—¡No! Espera...

—Ellos vinieron porque tú y la otra mujer los llamasteis. Estabas demasiado furiosa con Yrre porque me había tomado, pero a él no lo querías perder. Así que se lo contaste todo a Bestadan, tu mejor amiga en tu clan, y ella te propuso hablar con Alexo, el anciano que estaba en contra de la decisión de Yrre de traeros a Alaska. Tanto Agor como Oxa supieron que yo era su compañera y encontraron el punto débil en Yrre. Si me mataban él moriría de todas formas y nadie los acusaría de haber asesinado al líder de tu clan.

»Pero todo se torció cuando yo los sorprendí hablando en el bosque. Agor vio en mí a una contrincante demasiado poderosa; quemé vivos a algunos de sus hombres. Así que era más fácil atraerme a través de mi hijo.

—Susan fue un daño colateral —afirmó Storm.

—Exactamente; cualquiera que hubiera estado cerca de Junior, y hubiese intentado evitar que se lo llevarsen, habría terminado en el puto corazón de esa montaña.

—Susan podía haber muerto, es humana...

—Nada de lo que has contado es verdad —dijo Wica fingiendo seguridad.

—¡Cállate! —bramó Storm con voz profunda.

—¿La vas a creer? Yo también soy humana, y sé que no matáis a los humanos sin una buena razón.

—¿Quieres que te dé una buena razón? En el fondo apoyaste a Agor y te olvidaste de Yrre. ¿O pensabas que él iba a superar mi muerte? Tantos años metida entre nuestro linaje y, ¿no has aprendido nada? —se mofó France.

—¡Él no es tu compañero! Métete eso en la cabeza.

France soltó una carcajada que heló la piel de Wica.

—Mi paciencia tiene un límite. Voy a ser benevolente y te daré una muerte rápida.

Storm la miró. France estaba a punto de decirle que se largara si tenía cargo de conciencia, pero la chica abrió la boca de nuevo.

—Ese niño es un pedante igual que tú. ¡Ojalá hubieran acabado con él!

Levantó la mano y un cuchillo hecho de diamante se materializó. Solo tuvo que lanzarlo a la frente de la chica. La hoja se clavó limpiamente entre sus ojos.

—Larguémonos de aquí —dijo pasando por delante de Storm.

—¿Tenía que ser de diamante?

—Sí, la chica merecía un buen regalo.

—Eres una teatrera.

France se rio, esta vez, sin ganas. Yrre había acudido a su mente. Echaba de menos a ese macho, aunque le costaba admitirlo.

—Tenemos que hablar de algo que me contó Yrre.

—No quiero saber nada más de él.

Se desmaterializó y evitó que Storm la siguiera.

## Capítulo 22

France conducía el todoterreno con cuidado, había nieve y hielo en la carretera. Normalmente no lo usaba, pero desmaterializar a su hijo era demasiado. Con seis años ni lo intentaría, no hasta que fuera adulto.

En la radio sonaba *Do I Wanna Know?* de Arctic Monkeys.

—¡Mamá! —gritó Junior por encima de la música, a pesar de no llevar un volumen alto.

—¿Por qué gritas, Junior? —preguntó mirando por el retrovisor.

Iba sentado en una sillita de esas que evitaban que los pequeños se estamparan en caso de accidente. Ella nunca permitiría que algo así le ocurriera a Junior. Tenía poderes, no era una simple e inútil humana.

Le gustaba recordárselo continuamente, se regodeaba en ello. Su raza era superior; ella era superior.

—Tú les gritas a todos —soltó el pequeño sacándola de sus divagaciones.

—*Touché*. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué?!

—Nada, pronto llegaremos, cariño.

Acababan de dejar atrás el ferry y aún quedaban unas horas de camino.

—¿A dónde?

—Quiero que conozcas un lugar muy bonito. El lugar en donde nací.

—¿Cuándo naciste, mami?

Miró su regordeta cara. Pronto empezaría el colegio de nuevo, y su hijo no podía ir diciendo por ahí que su madre tenía más de mil años.

—Tengo treinta y dos años —mintió para desviar el tema del año de su nacimiento.

—¿Es una broma? —preguntó Junior inocentemente.

—No.

—El abuelo dijo que tenías cuarenta y cinco.

—¡Niño!

Maldito cabrón hijo de puta. Iba a darle una paliza a Storm en cuanto lo viera.

De repente, la infantil risa de Junior inundó el habitáculo.

—Vaya, ¿ahora te ríes?

—El abuelo también me dijo que si te enfadabas es que era verdad.

Definitivamente, Storm necesitaba morir.

—No le hagas caso, cielo —sonrió dulcemente—. Desde que lleva pañal ya no se acuerda de la edad que tenemos.

Junior abrió los ojos como platos.

—El abuelo Storm, ¿se hace pis encima?

—Sí, cariño, eso les pasa a veces a las personas mayores. Pero si se lo dices, se enfadará.

Observó la reacción de su hijo, el niño miraba el paisaje pensativo.

—Como tú.

Apretó los dientes.

—Sí, se enfadará como yo. —Intentó no gruñir.

De pronto, Junior aplaudió, haciendo que Hela y Thor, que iban uno a cada lado de su pequeño, dieran un respingo.

—Yo ya no llevo pañales porque soy mayor.

—Exacto.

—¿Por qué no ha venido papá? —preguntó frunciendo el ceño, como si acabara de recordar que Viggo no estaba allí.

Porque se estaba tirando a dos italianas, aunque tampoco lo había invitado a este viaje. Pero, tal como dictaban las leyes, había ido a informarle de que se iba y el lugar exacto. Alistair pondría el grito en el cielo y ordenaría su búsqueda si no sabían nada de ella y de su hijo.

—Está ocupado.

—Ah.

El tipo de música que ahora sonaba iba a un ritmo más lento y su hijo empezó a cerrar los ojos. Ella se centró en la carretera mientras pensaba en Yrre. El tío había intentado por todos los medios sacársela de encima, había confiado en una humana que ni siquiera valoraba su vida, y había antepuesto el placer de matar a su primo a su reciente vínculo. Así que ella también había cortado por lo sano.

Ellos no podían elegir, cuando encontraban a su compañera se veían abocados a esa relación. Pero ella sí podía hacerlo y si él no quería ese vínculo no iba a ser France quien lo obligase.

Era su problema.

Pero entonces la carretera empezó a desdoblarse. ¿Qué coño? ¿Estaba llorando? Maldita sea. Era su conciencia la que lloraba, sabía que Yrre, hombre tozudo donde los haya, se estaba marchitando, no se había dignado a aparecer por Alaska. No había ido a disculparse. Pero sus almas tiraban una

de la otra.

Mierda.

Cuando llegaron a la cabaña que había alquilado, sacó al pequeño aún dormido y entró, era pequeña pero acogedora. Después encendió la chimenea. Y se recostó en el pequeño sofá que había enfrente del fuego.

Despertó poco antes del amanecer.

Hoy se había vestido con unos vaqueros, un jersey de lana marrón oscuro de cuello vuelto y botas de montaña. Quería pasar desapercibida, iba con su hijo y no necesitaba llamar la atención de nadie.

—¿Vamos? —preguntó a su hijo.

—Sí —contestó peleándose con su anorak de plumón.

Lo ayudó y salieron hacia el camino. Caminaron un buen rato hasta llegar al río.

—Mamá, ¿cómo se llama este sitio?

—Delta Junction.

—Ah.

Cuando ella nació aquí, este lugar ni siquiera tenía nombre, era un gran río rodeado de abetos enormes y frondosos que no dejaban ver el horizonte. Más tarde, sus padres se mudaron a Juneau, pactaron con otro clan y tuvieron trabajo. Intentaba recordar sus rostros, pero era imposible. Cuando ellos murieron ella era solo una cría, no había fotos ni nada para poder recordar. Todo había desaparecido en la revuelta.

—Es bonito.

—Sí, lo es —respondió a su pequeño.

No hacía demasiado frío y algunos pescadores estaban pescando en las

heladas aguas.

—Mira que pez más grande.

—Es un salmón.

—Baila.

«Se está muriendo» hubiera debido responder, pero Aisha siempre le decía que ante su pequeño debía suavizar esos arranques suyos de sinceridad.

—Sí, baila —contestó sintiéndose idiota.

Su pequeño corría avanzando unos metros y después volvía para señalar algo que había llamado su atención: un barco de recreo, un ave enorme, un camión. Cualquiera cosa despertaba la curiosidad de su hijo. Y los lobos iban detrás de él.

—¡Abuelo! ¡Abuela!

¿Qué?

—Junior, no creo que te oigan, están lejos. En Juneau.

—Mira, mamá, allí.

Siguió la dirección de su dedo y efectivamente, Storm y Susan avanzaban hacia ellos cogidos de la mano. Había creído que su hijo estaba jugando o algo así.

—¿Qué hacen aquí? ¿Es que no puede una chica irse de vacaciones con su hijo?

—¡Mamá! Yo estoy contento de que hayan venido.

Ellos estaban aún a unos cien metros de distancia. Susan no podía oírlos, pero la sonrisa de suficiencia de Storm le dijo claramente que él sí.

«No te cabrees, solo hablaremos un momento y nos iremos, estamos de paso», aclaró Storm en su mente.



«¿De paso? Y una mierda».

—Hola —saludó Susan.

Junior se tiró a sus brazos.

—Hola enano. —Storm revolvió el pelo de su nieto que estaba en los brazos de su abuela.

—Viggo nos dijo dónde estabas —dijo a modo de disculpa al ver que ella no abría la boca.

—Vuestro hijo es un bocazas, le dije que no se lo soltara a nadie.

—Siempre le he sacado las cosas, ¿Qué te hace pensar que ahora no podría?

—¿En serio? Pues los tiene negros ya.

—¡France! —exclamó Susan sin poder contener una carcajada.

Miró a Junior, pero este estaba señalando una hamburguesería.

—Tengo hambre, mamá.

Storm cogió al pequeño y lo sentó en sus hombros.

—Vamos, os invito.

Todos empezaron a caminar menos ella. Joder, ¿cómo había llegado a esto? Tres días, solo quería tres días con su hijo. No era tan complicado, solo debían dejarla en paz.

—France, vamos —Susan se puso a su lado.

—Está bien, no tardéis en largaros —susurró para que Junior no la oyera.

—Chica, que impaciente. —La miró de reojo—. Te sientan bien los vaqueros, creo que es la primera vez que te veo vestida con ropa informal.

—Ajá.

Se sentaron en una de las mesas y pidieron sendas hamburguesas, su hijo tragaba como un camionero ruso. Después comieron postre y Junior pidió ir al parque infantil que había al otro lado del cristal. Podía vigilarlo desde donde estaba, aun así, le pidió que no se alejara.

Miró a los abuelos de su hijo que estaban frente a ella.

—¿Por qué habéis venido?

Storm y Susan se miraron.

—Cuanto misterio... —En su voz se reflejaba lo que la aburría la situación.

Susan sonrió.

—Hace tiempo que queremos decirte algo, darte las gracias por lo que hiciste.

Storm había cerrado la mente, así que no pilló ni un atisbo de lo que quería decir Susan. Ella buscó la mirada cómplice de su compañero y puso una mano sobre las de ella, que estaban una apoyada sobre la otra en la mesa.

—¿Darme las gracias?

—Soy humana —dijo Susan bajando la voz e inclinándose sobre la mesa.

—Vaya, ¿y cuándo lo has descubierto? Debería darte el pésame —contestó imitando su voz tenue.

—France, esto va en serio —dijo Storm.

—Vale, sigue. —Agitó la mano mientras echaba un vistazo a su hijo que acababa de bajar por un tobogán.

—Se suponía que no podía tener hijos con Storm, sin embargo, los tuve.

Se envaró en su silla.

—Eso es una buena noticia, ¿no? Deberías agradecer a los cielos...

—Basta, France. Algún día, tarde o temprano, lo iba a descubrir.

No contestó.

—Las chicas nunca han dejado de preguntar cómo había sido posible. Lidia, Nora y Ariadna, no se lo explicaban. Hasta que una dijo que tal vez yo tenía genes de vuestra raza. Y ahí terminaron las preguntas.

—Buena explicación —dijo sin ninguna inflexión en su voz.

—Lo hiciste tú —decretó Storm.

Lo miró con ojos acerados.

—Tú hiciste que Susan y yo pudiéramos tener descendencia. No te vamos a preguntar por qué, tus razones tendrás...

—Por Viggo —cortó Susan—. Soy mujer, soy humana, pero no soy idiota, France.

Mierda.

Apoyó las manos en la mesa para levantarse.

—No, no te vayas. No te estoy acusando de nada. Con el tiempo he logrado entenderlo; cuando comprendí que sentías algo por Storm.

Storm miró a su compañera con la frente arrugada.

—No me habías dicho nada.

—No. No hacía falta que esto te lo dijera a ti. Siéntate de nuevo por favor.

—Ya no siento nada por Storm —contestó solo para que se quedara tranquila, ella no era muy dada a dar explicaciones.

—Lo sé, el corazón de una mujer puede albergar muchos secretos. Por eso sé que estás enamorada de Yrre.

—Oh, eso sí que no. —Volvió a levantarse.

—Estate quieta —Storm cogió sus manos—. Tú hiciste esto por ti no por nosotros, pero siempre estaremos agradecidos, por eso hemos hecho algo a cambio.

No quería saberlo.

—Me voy con mi hijo a la cabaña, ya habéis soltado lo que queríais soltar.

Storm levantó una mano e hizo una señal con los dedos para que alguien que debía estar detrás de ella se acercase.

Se giró y vio a Yrre entrar en el local en toda su envergadura. Era más alto que el resto de la gente que lo rodeaba y aunque lo notaba algo más débil y su forma de caminar no era tan sólida como antes, destilaba confianza y seguridad. Todas las cabezas del local se giraron para admirarlo, sobre todo las mujeres. Aunque debía reconocer que también lo habían hecho con Storm.

—Sois unos cabrones —dijo ante las sonrisas petulantes de sus amigos, cuando los miró de nuevo.

—Que te vaya bien, cielo —dijo Susan levantándose.

—Nos llevamos a Junior durante unas horas —informó Storm.

## Capítulo 23

—Storm, Susan. —La grave voz de Yrre llegó hasta ella y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Ya nos marchamos.

Ella no se molestó en mirarlos, a ninguno. Observaba todos los movimientos de Junior. Vio como Storm le cogía la mano y el pequeño daba saltos. Le acababa de decir que iban a subir a un barco.

Era consciente de que Yrre se había sentado en el lugar que habían dejado ellos, pero siguió observándolos.

De pronto, su hijo apuntó con un dedo el trasero de su abuelo. Las voces se mezclaban con la de la gente que pasaba por allí y ya no entendía lo que decían, pero la palabra «pañal» le llegó claramente. Storm se volvió para mirarla cabreado. Cogió a Junior y volvió a subirlo sobre sus hombros. Iba a dejar de mirar cuando la mano de Storm fue a su propia espalda, por debajo de su hijo y levanto el dedo medio.

Soltó una carcajada.

«Que te jodan», dijo mentalmente. Pero Storm solo se rio en su mente.

—Tenéis mucha complicidad.

Miró esos ojos tristes, negros y profundos y asintió.

—Storm y yo siempre hemos sido muy cercanos. También hemos protagonizado las discusiones más grandes de la historia —dijo con una media sonrisa melancólica.

—Estabais juntos —afirmó él.

—Eventualmente.

—Yo también estaba así con Wica.

Se enderezó y cruzó los brazos bajo su pecho para mirarlo expectante.

—Te ha dolido.

—Me ha dolido —corroboró él.

—Pues no sabes cuánto lo siento, ella...

—Me ha dolido que ella me utilizara para ayudar a mis primos. Me ha dolido que no confiaras en mí y lo que más me ha dolido es que hayas renunciado a nosotros —la cortó.

—Estoy acostumbrada a resolver mis propios problemas, Yrre. Y tú decidiste quitarme eso.

Él soltó el aire por la nariz.

—Si piensas que lo hice para volver con mi pueblo y liderarlo, estás muy equivocada. Renuncié a eso, ahora mi hermano Aart es el líder.

Eso sí que no lo esperaba.

—¿Por qué harías algo así? Intentaste ponerlos a salvo, luchaste por ellos. No entiendo...

—Por ti, lo hice por ti. Te conocí y me enamoré.

—Sin darme opción a opinar.

—Esto funciona así —dijo con una sonrisa triste.

—Storm nos explicó como terminó Agor. Supongo que debió ser duro para ti —murmuró reconduciendo la conversación.

—Hace tiempo que lo estaba pidiendo a gritos. Primero fue su padre

contra el mío, y a pesar de que su propio padre los maltrató a él y a sus hermanos, quisieron seguir sus pasos.

—Lo de su rostro...

—Fue su padre, sí. Estaba bastante loco.

Se quedaron en silencio un buen rato, hasta que ella desvió la atención del paisaje y lo encaró.

—¿Para qué has venido, Yrre?

Él soltó el aire.

—Porque quería dejar claro que nunca te traicionaría con Wica, que hice lo que hice porque tenía que hacerlo. No para fastidiarte.

Se levantó.

—¿Te vas? —preguntó preocupada.

—Al norte, sí.

Porque cuanto más frío, menos sufriría cuando ya no pudiera ni moverse.

—Tengo un coche de alquiler...

—¿Necesitas un coche?

—Sí. Adiós, France. Espero que la vida te dé lo que sea que estés buscando.

Cuando se marchó hacia la salida, cayó en la cuenta; estaba más débil, sus movimientos eran más lentos.

¡Y no podía desmaterializarse! Por eso se desplazaba en coche.

Salió corriendo de la hamburguesería; si nadie gritaba es que Storm habría pagado la cuenta. Aunque no le importaba.

Dos chicas que venían por la acera frenaron en seco y lo miraron con la

boca abierta. Entrecerró los ojos mientras las observaba babear. Podría cerrar sus gargantas y ahogarlas allí mismo, pero las muertes sin sentido no estaban bien vistas entre los puñeteros humanos. Así que optó por atragantarlas.

Yrre ya había llegado a su coche cuando lo alcanzó. Dejando atrás a las pobres incautas tosiendo como si estuvieran tragando pimienta.

—¿Cuándo has llegado a Delta Junction? —le preguntó.

Quería ganar tiempo.

—Llegué ayer por la noche.

—¿Y no me dijiste nada?

Él abrió la puerta y se metió dentro.

—Storm me pidió tiempo, y se lo he dado.

Joder, no podía dejar que se marchara así.

—Ven a la cabaña que he alquilado, descansa un poco antes de irte.

La sonrisa torcida en el rostro de Yrre la hizo apretar los muslos. Aún lo deseaba, sí. Y el modo en que siempre la miraba seguía ahí, envolviéndola, conquistándola. Pero las palabras que debería decirle no salían de su boca.

—No. Voy a emprender el viaje. —Su semblante era firme, arrogante.

Cerró la puerta y arrancó el motor. Le guiñó un ojo y salió a la carretera.

«¡Maldita sea!».

Estaba enamorada de ese idiota. Y ahora él se marchaba de su lado, Yrre la estaba abandonando. Poniendo tierra de por medio para morir en poco tiempo a causa de su negativa a vincularse.

Un momento, ¿acababa de abandonarla?

«¡A mí no me planta nadie!».



Iba a desaparecer en el aire, pero miró a su alrededor, había demasiada gente. Y hoy en día, todo el mundo subía vídeos a *YouTube*. Cabrones.

Entró de nuevo en la cafetería y entró en los lavabos para mujeres. Por suerte, no había nadie. Se miró al espejo y recorrió su rostro con la mirada, pero algo más abajo llamó su atención; le temblaban las manos. Bajó la vista y las observó como si no le pertenecieran.

Nunca había tenido semejante reacción, ¿qué era esto? ¿Una crisis sentimental?

\*\*\*

Yrre iba escuchando la música del coche con la esperanza de que ahogara sus pensamientos. Ya empezaba a anochecer y no se cruzaba con demasiados vehículos.

Ella lo había dejado marchar, Y su jodido corazón parecía morirse al mismo ritmo que su cuerpo, por no mencionar a su mente que estaba en blanco, casi. Había decidido irse al norte, buscar un refugio y pescar, así de simple, así de patético. Quería vivir un poco más. Tal vez ella entrara en razón.

Había intentado desmaterializarse, pero sus moléculas no respondían y se negaban a hacer el esfuerzo. Todo era mucho más fácil antes de conocer a France. Aun así, no se arrepentiría jamás de nada de lo que había sentido por ella. De haberla tenido, aunque fuera por un corto espacio de tiempo.

Los faros de un camión que venía de frente lo deslumbraron un momento y perdió de vista la carretera, pero enseguida volvió a verla.

—¡Qué coño! —dijo en voz alta al ver la figura de una persona en medio.

Dio un volantazo saliendo del asfalto y vio venir el tronco de un árbol a toda velocidad hacia él, o era al revés, no estaba muy seguro, pero tuvo claro que se iban a encontrar. No iba a morir, pero sería suficiente dolor por un largo tiempo.

Esperaba el golpe sin poder evitarlo cuando fue arrancado del coche. Oyó y vio el estruendo a cámara lenta, la carrocería abrazando el árbol hacía el chirriante sonido de hierros retorciéndose. Y de repente, el rostro de France apareció ante él.

—Y después dicen de las mujeres —soltó frunciendo el ceño.

Lo tenía cogido por la solapa del abrigo y dio un paso atrás.

—France.

—Supongo que te alegras de que esté aquí, ¿no?

Se pasó la mano por el pelo echándolo hacia detrás y soltó el aire.

—Podía haberte atropellado.

—No lo creo.

Se giró para mirar el coche, uno de los faros seguía alumbrando mientras colgaba por el cable que aún lo unía a la carrocería.

—No te has despedido adecuadamente, Yrre.

—¿En serio?

—Yo nunca bromeo.

Empezó a caminar por el asfalto, ya encontraría a alguien que lo llevase hasta algún lugar habitado.

—¿Me vas a dejar aquí? —Oyó a su espalda.

—No eres ninguna damisela en apuros, encontrarás la forma de volver —contestó sin girarse.

La oyó golpear el suelo con una de sus botas y casi sonrió, casi.

—¡Yrre!

No respondió, aunque se moría de ganas.

—No te atrevas a marcharte de nuevo.

—Como he podido comprobar, me encuentras con facilidad. Darás conmigo.

No, no era cierto, aún tenía el poder de ocultar su estela, pero no lo hacía. Simplemente, no quería esconderse de France.

—Yrre, por... favor. —Ahora sí sonrió.

Se dio la vuelta en la oscuridad, solo el faro alumbraba la figura de France a unos cincuenta metros de distancia. Pero estaba seguro de que ella lo veía perfectamente, así que compuso el semblante a otro más severo.

—France, ¿qué quieres? —preguntó con voz cansada.

«Vamos, dime lo que quiero oír, las palabras que deseo que salgan de tus preciosos labios».

Ella no abrió la boca, así que esperó. Pasados un par de minutos no le pareció que ella tuviera intención de hablar. Parecía estar teniendo una lucha interna.

—Me agotas, nena. —Volvió a emprender la marcha.

—Te quiero.

Esta vez creyó que se le rompería la cara a causa de la amplia sonrisa que no pudo evitar.

—¿Qué? ¡No te oigo! —gritó sin dejar de caminar

—Maldita sea. —La oyó mascullar, pero no se detuvo.

—¡Te quiero, Yrre! Y te perdono —exclamó al fin.

Un rayo surcó el cielo cuando volvió a mirarla, iluminando momentáneamente la carretera.

—Te amo, estoy enamorada de ti, y quiero... quiero...

—¿Ser mi compañera de vida? —preguntó en medio de otra sonrisa de triunfo.

—Sí. Quiero estar contigo. Pero seguiré siendo la líder de mi clan, ningún hombre, ni siquiera tú, me dará órdenes y...

En un último esfuerzo se desmaterializó y se detuvo a dos centímetros de su rostro, cogió su cara y miró sus bellos ojos mientras hablaba. La besó, la besó con fuerza, cortando su verborrea.

Ella abrió los labios mientras abrazaba su cuerpo y sus lenguas entraron en una firme batalla. Era un beso tosco, necesitado. La necesitaba tanto que dolía.

—Te amo, France —dijo separándose.

En ese mismo momento empezó a llover, una importante cantidad de agua caía sobre ellos y los estaba empapando.

—Te quiero hasta el punto de respetarte. Jamás te obligaría a abandonar a tu gente, ni me entrometería en tus asuntos —explicó contra sus labios mojados por su beso y por la lluvia.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué?

—De entregarme, de perder mi libertad.

—No la perderás. Soy tu compañero, no tu carcelero, France.

Ella asintió repetidas veces.

—Aunque deberé buscar algo que hacer... —continuó él.

Ella sonrió, y era una sonrisa dulce que encajaba en su rostro. Una sonrisa que estaba casi seguro de que no había visto nadie más que él. Se sentía desfallecer, estaba débil a causa de su último movimiento por acercarse a ella. Solo por obligar a su cuerpo a obedecer a su mente

«France, mi preciosa compañera».

—No te preocupes, te mantendré ocupado.

—Hazlo ya.

Volvió a besarla, esta vez de manera más suave, disfrutando de su sabor y de la suavidad de su piel. Recorriendo su figura con las manos, recordando cada curva.

Cada rincón de su alma que le pertenecía, aunque ella había intentado negársela.

Dejó de llover repentinamente.

Cuando abrió los ojos estaban de pie en medio de una cabaña, y la chimenea estaba encendida. Miró los ojos de France y vio la preocupación en su mirada antes de perder la consciencia.

# Epílogo

*Diez años después.*

—Ah, estás aquí. —La voz de Yrre llegó por su espalda.

Estaba de pie sobre el pico más alto que había en el territorio de las razas. Mirando la ciudad de Juneau a lo lejos y disfrutando del frío.

—Sí, estaba admirando el paisaje y a Loren.

Él la abrazó por la espalda y ella apoyó la cabeza en su hombro mientras Yrre besaba su cuello. Track, el lobo de su compañero, merodeaba cerca con Hela.

—¿Loren? —preguntó Yrre, envarándose de repente—. ¿Dónde está?

Su hija estaba dando saltos de un peñasco a otro, se alzaba a unos diez metros de altura y se dejaba caer. Las carcajadas de la niña retumbaban en el valle.

—¡France, es demasiado pequeña!

—Tiene nueve años, yo a su edad ya había recorrido toda Alaska.

Se apartó de ella y se asomó al borde.

—¡Loren! —gritó preocupado.

—¡Hola, papá! ¡Mira lo que hago! —se lanzó al vacío, pero aterrizó con maestría sobre una roca.

—Oh, joder —susurró.

—Cariño, está protegida, no puede pasarle nada.

Yrre la miró.

—Es una insensata, igual que su madre.

France se rio.

—Ya ves, te elegí como compañero —dijo dándole un empujón en el hombro que lo desplazó diez metros.

—¿Qué has dicho? —inquirió avanzando hacia ella.

Yrre seguía siendo tan atractivo como la primera vez que lo vio. Su gran altura y sus anchos hombros la hacían parecer pequeña, y ahora que lo miraba mientras caminaba despacio, con sus negros ojos clavados en ella, le recordaba a un depredador.

—Es la cosa más estúpida que he hecho en mi vida, y he hecho muchas —soltó riéndose.

—¿Te arrepientes?

—Yo no he dicho eso, amor mío. —Se carcajeo mientras él se acercaba más y más.

—Ah, ¿no?

—Solo necesito que me recuerdes más a menudo lo bueno que eres con esa maldita lengua.

La cogió por detrás de las rodillas y se la cargó al hombro.

—No hay problema, nena.

Aparecieron en la habitación del sótano de la casa que había sido de France y que ahora también le pertenecía a él. France estaba atada a una madera completamente desnuda. A una altura de unos dos metros.

—Ohhh eso se llama eficacia. —France miró hacia abajo, su compañero

también estaba desnudo y lucía una sonrisa lobuna.

—Desde aquí te ves preciosa.

—Oh. ¡Haz algo!

La carcajada de Yrre no se hizo esperar. Se acercó a ella y su boca fue a parar directamente a su sexo.

—¡Sí!

Yrre sonrió mientras usaba la lengua con maestría, sabía lo que le gustaba a su compañera y oírle gemir lo estaba calentando más de lo que ya lo estaba. Utilizó los dedos sin separar la boca mientras con la otra mano alcanzaba sus pechos; llenos, exuberantes.

France gritó cuando alcanzó el orgasmo y él siguió lamiendo su centro lentamente hasta que se calmó.

Levitó en el aire y levantó sus piernas para que ella las apoyara en su cintura.

—¿Sigo siendo bueno? —preguntó desatándola.

—Te lo diré dentro de trescientos años. —Su voz sonó ronca.

Envolvió el masculino cuello con las manos y lo besó con furia. Abrazada a él el tiempo parecía detenerse. Como si solo ellos existieran sobre la faz de la Tierra.

—Te quiero, nena. Aunque me hagas sudar para obtener un cumplido.

Se rio contra sus labios.

—Los cumplidos están sobrevalorados.

—¿En serio? —preguntó entrando en ella.

—Ajá. —Cerró los ojos ante la invasión, la placentera invasión.

—Te necesitare siempre, France.



Las manos de Yrre estaban ancladas en su trasero guiando los movimientos y profundizándolos cada vez más. Lo que hacía que el placer se construyera de nuevo.

—Córrete para mí.

Y lo hizo, se dejó llevar, voló muy alto y se dejó caer cuando él empezaba a apretar los dientes y a inclinar la cabeza hacía atrás. Besó su cuello y absorbió el aroma de Yrre, ese que siempre llevaba consigo y que la hacía estremecer.

No era muy dada a las muestras de cariño, pero él ya la conocía y lo aceptaba. También estaba el hecho de que si Yrre daba el primer paso ella lo seguía. Junior y Loren crecían sanos y fuertes, y toda la felicidad que sentía se la debía a él, que había demostrado ser un gran padre y mejor compañero. La adoraba y nunca lo ocultaba.

—Al final acabas acatando órdenes. —Sus palabras la sacaron de su mente de golpe.

—Solo en el sexo —contestó levantando una ceja.

—Sé de otras cosas que también te gusta acatar —dijo dando una sonora palmada en su culo.

—¡Ja! Y algunas que no sabes —se burló.

—Maldita hembra, eres una caja de sorpresas. Te quiero tanto que tengo miedo a perderte.

Su sonrisa se borró de golpe.

—Eso nunca, Yrre. Estoy aquí, no me iré a ninguna parte. Te quiero.

Terminaron abrazados sobre la cama de la habitación donde solían dar rienda suelta a su amor. Sus hijos no conocían su existencia, ni lo sabrían jamás. Hizo un barrido mental y supo que los dos estaban bien.

—Están bien. —Yrre sabía siempre cuando ella buscaba a sus hijos.

—Lo sé.

\*\*\*

Aunque Alistair era el líder del clan de los hermanos, era ya tradición celebrar las fiestas navideñas en casa de Neoh. Las humanas se negaban a dejar esas costumbres y aunque ella no lo diría en voz alta, le había acabado gustando eso de reunirse todos en la misma mesa. Una mesa que cada vez era más grande.

—Bienvenidos —los saludó Ariadna cuando abrió la puerta.

—Hola, Ariadna —Yrre la besó en la mejilla y entraron. Loren iba dando saltitos en busca de Aaron, el hijo de Ylva y Alistair.

Entrecerró los ojos mirándolos.

—¡Eh! Debéis besaros debajo del muérdago —advirtió Ylva con sorna.

La niña, porque por muy adulta que fuera siempre sería «la niña», tocándole los ovarios no tenía rival. Puso los ojos en blanco y besó a Yrre.

—¿Contenta? —preguntó pasando por su lado.

—Te estás ablandando, tía France.

Algunos se rieron y ella la fulminó con la mirada.

—Dile a tu hijo que mantenga las manos quietas cuando esté cerca de Loren.

La carcajada de Alistair inundó el salón.

—Joder, France. Que tienen diez años.

—Yo solo te aviso, algún día querrás ser abuelo, ¿verdad?

En cuanto hacía alusión a dejar a machos capados las cosas se calmaban.

—Está bien, no sufras.

Pero la risa de Ylva seguía ahí, no temía por su hijo, Aaron. No la tomaba en serio, tal vez si algún día pillaba a Aaron a solas...

—Olvídalo, nena. Vamos a cenar.

La comida era deliciosa. Lo cierto era que cuando Ariadna, Lidia y Nora se unían en la cocina hacían verdaderos manjares.

Todos se iban pasando los abundantes platos de comida y parloteaban al mismo tiempo. La verdad era que habían llegado a formar una gran familia, aunque no de sangre. Pero como había visto infinidad de veces a lo largo de su vida, no siempre eran los lazos familiares los que triunfaban.

Cuando era casi medianoche salieron todos a la terraza, la casa de Neoh quedaba muy alta, por encima de los abetos y se veía la ciudad de Juneau en la lejanía totalmente iluminada.

—Mamá. —Junior apareció por un lateral de la casa y dando un salto subió a la terraza.

—¿De dónde sales?

—He ido a abrir la puerta, ha venido papá.

Viggo entró llevando de la mano a Lira, su compañera. Una hembra muy guapa, morena y exótica. Al padre de su hijo le había dado por viajar. Ella sabía que le había dolido que terminase uniéndose a Yrre, ya que tenía la esperanza de que ellos dos llegaran a algo más. Pero en uno de esos viajes aterrizó en Japón, y allí encontró un clan de su mismo linaje, y a su compañera de vida. Su verdadera compañera.

Se alegraba por él, era feliz y se reflejaba tanto en su mirada como en la de Lira.

Se repartieron botellas de vino espumoso y copas, después de los pertinentes saludos, y todos esperaron a que los fuegos artificiales, que se lanzaban desde la ciudad, ascendieran y surcaran el oscuro cielo.

Kaira, la chica que había ayudado a Storm en Noruega cuando este fue apresado, también acudió a casa de Neoh. Ahora era una mochilera que iba de ciudad en ciudad y parecía disfrutarlo. France y ella habían tenido una relación hacía años y guardaba un buen recuerdo.

Tollak, el primogénito de Storm, había dejado sus obligaciones de líder noruego para acudir con su compañera y sus hijos a la cena de fin de año. Storm, Viggo y él parecían tres copias exactas.

Miró a Storm y no dejó de admitir que se sentía bien verlo tan contento, rodeado de los suyos. Sus miradas se cruzaron, y él guiñó un ojo con complicidad, esa que siempre estaría allí.

Observó a Liliana, la única hembra que había sobrevivido en el clan de Storm tiempo atrás, ahora tenía compañero y dos hijos. Después de todo, su linaje no caería en el olvido.

El primer estallido se oyó en la distancia y todos aplaudieron, menos ella, que le seguía pareciendo una soberana idiotéz lo que hacían esos humanos.

De repente, Loren, que estaba delante de la baranda de madera junto a Aaron levantó su manita y posicionó sus dedos como si mantuviera una pistola en la mano.

—¡Pum! —dijo moviendo el pulgar y fingiendo que había dado en el blanco.

Todos se quedaron mirando a Loren y unos segundos después estallaron

en carcajadas.

—Desde luego, no se puede negar que es tu hija —dijo Storm.

—Esto es increíble —se carcajeó Elm.

—¿Qué pasa? —preguntó Yrre.

—Es una larga historia —contestó Susan ante el cachondeo general.

Ella miró a su hija fijamente.

—Algún día le enseñaré a hacerlo.

—Conmovedor —resopló Neoh.

Yrre, a pesar de no saber de qué estaban hablando, se rio ante el tono de Neoh. France se giró y lo abrazó, escondiendo el rostro en su cuello.

—Feliz año nuevo, cariño.

—Feliz año nuevo, nena.

Fin

# Agradecimientos.

Gracias lector/a por leer a France y darle una oportunidad.

A mi grupo, Locas por los chicos de Slade, que siempre está en plena ebullición. Dándome ideas e intentando que las escuche jajaja. Sois magníficas.

Digamos que, a veces, también sois muy insistentes, así que me lie la manta a la cabeza y me dije: *¿por qué no?* Y aquí está. France me ha hecho disfrutar mucho mientras escribía su historia. Me acordaba de todas vuestras risas y eso me animaba a no dejar el proyecto, deseado por muchas y descartado por otras. A estas últimas: espero que os haya convencido un poquito al menos.

Gracias a mi familia; a mi marido y a mis hijas, que siempre me están animando. En los momentos buenos y en los malos, que también los hay.

Os quiero.

Os deseo unas felices fiestas en  
compañía de vuestros seres queridos.

Sed inmensamente felices y  
disfrutad todo lo que podáis.

Con mucho cariño.

N. Q. Palm.



## ***Biografía***

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente. Es una gran devoradora de libros a la que le gustan todos los géneros, en especial, la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música, y una enamorada de la informática y la edición gráfica.